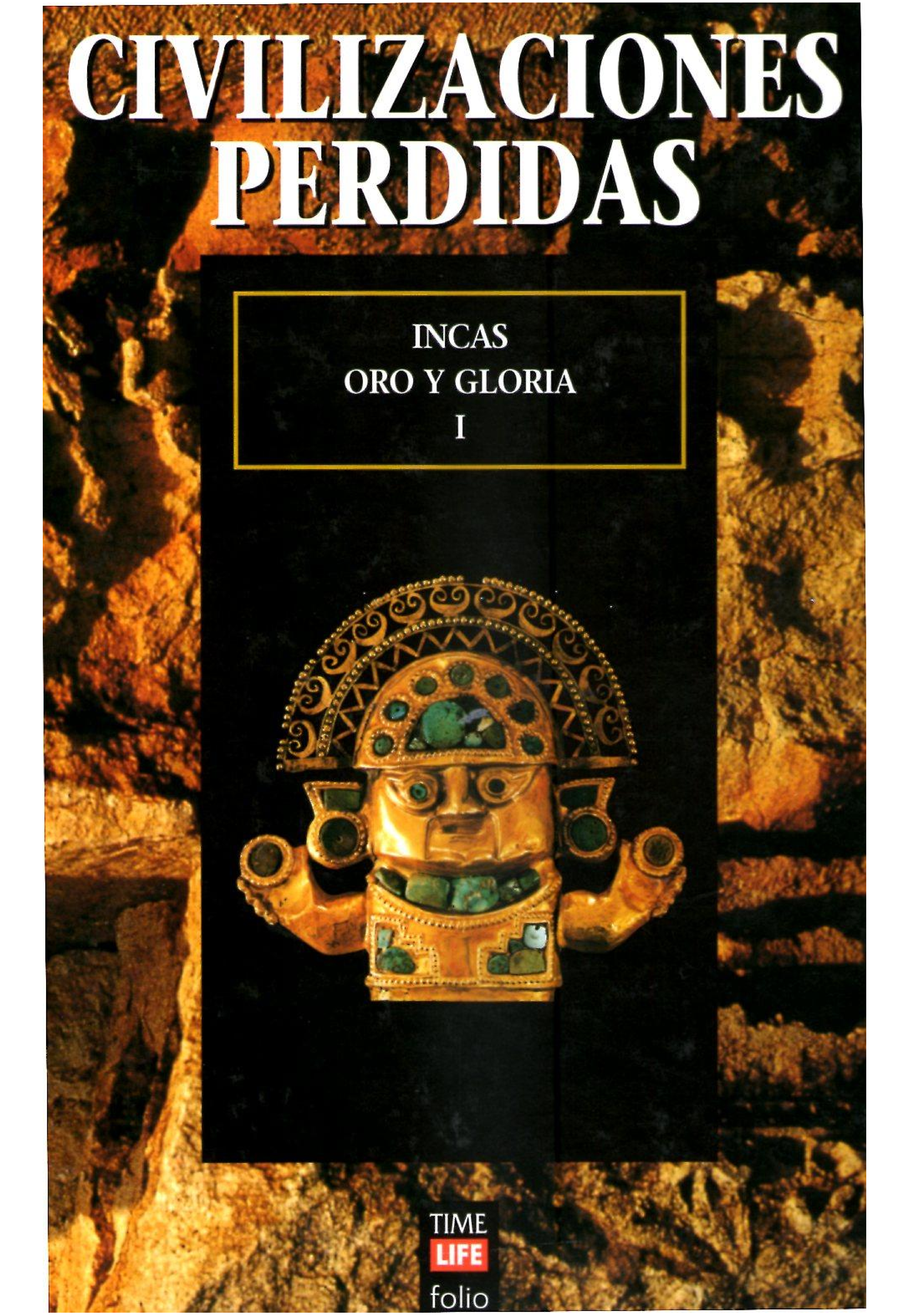

CIVILIZACIONES PERDIDAS
INCAS
ORO Y GLORIA
I
TIME
LIFE
folio

INCAS

ORO Y GLORIA

INCAS

ORO Y GLORIA

PRIMERA PARTE



Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Supervisores científicos: Wilhelmina F. Jashemski, James Packer, Robert W. Wallace
Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
Coordinación editorial: Pilar Mora
Coordinación técnica: Miguel Ángel Roig
Diseño de la cubierta: Singular

Título original:
Incas: Lords of gold and glory

Traductor:
Domingo Santos

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

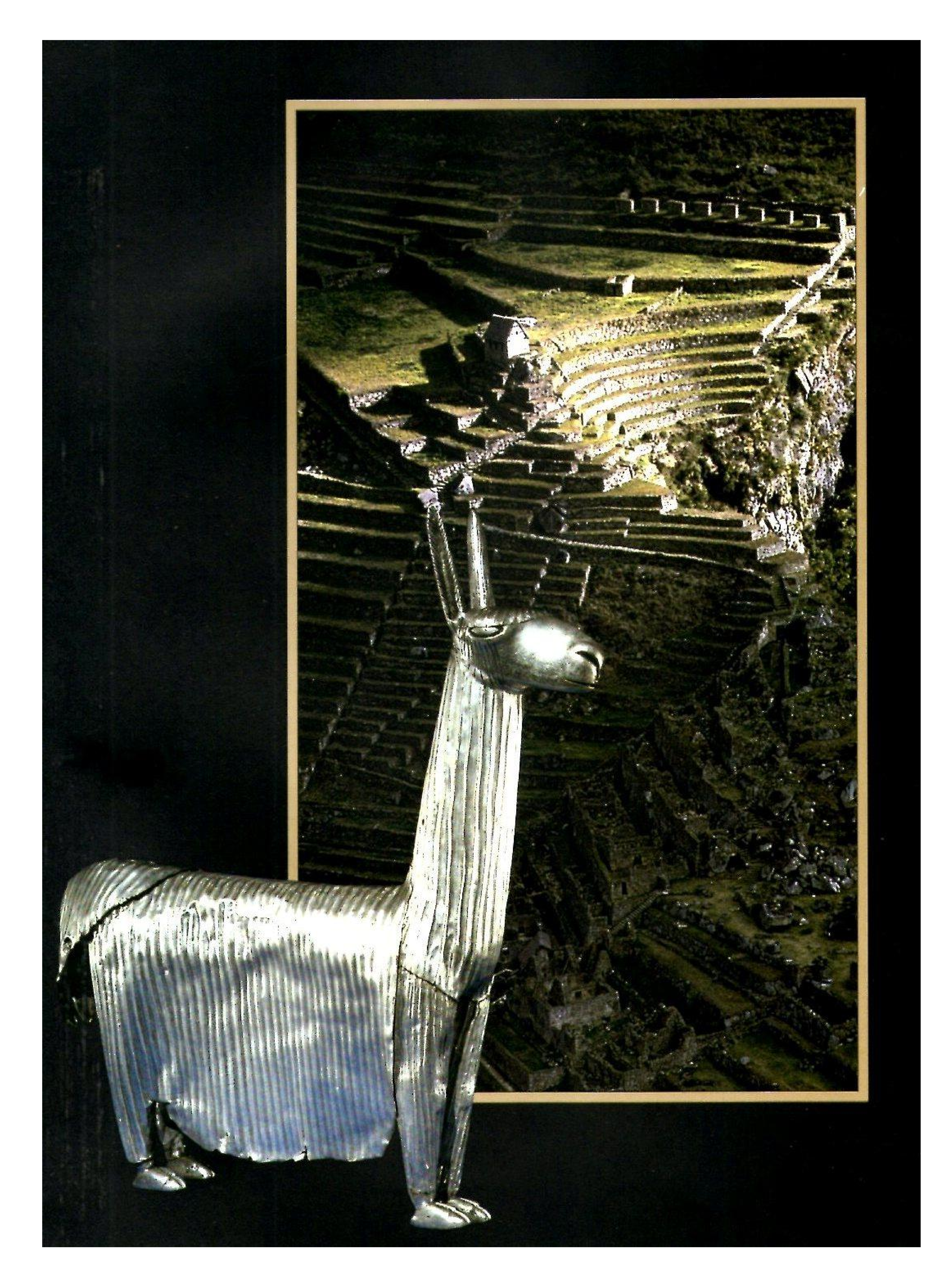
ISBN: 84-413-0155-7 (obra completa)
84-413-0162-X (volumen 7)

Impresión:
GRAFOS S.A. Arte sobre papel
Sector C calle D nº 36
08040 Barcelona

Depósito Legal: B. 38054-95

Printed in Spain

SUMARIO



1

UN CHOQUE VIOLENTO DE CULTURAS DISTINTAS

Hiram Bingham no iba a permitir que un poco de mal tiempo lo detuviera; pese a todo, no fue hasta las diez que emergió de su tienda a la llovizna de la mañana del 24 de julio de 1911, en lo más profundo del corazón de los Andes peruanos. La noche antes, un tabernero local –si puede usarse este nombre para describir a alguien con un establecimiento tan humilde como el suyo– había aguijoneado la imaginación del explorador con su relato sobre unas cercanas ruinas incas. Pero mientras el alto y delgado hombre inspeccionaba el torrente hinchado por la lluvia que recorría ruidosamente el cañón del río Urubamba, no esperaba demasiado de aquello. Sabía que relatos similares le habían conducido ya en otras ocasiones a nada más excitante que unas cuantas paredes de antigua albañilería que marcaban el lugar de alguna choza semienterrada. Sin embargo, estas decepciones no lo habían desviado de su propósito, que era hallar la perdida ciudad de Vilcabamba, que según las crónicas históricas había sido la última fortaleza de los incas. Allí, en su semiaislamiento, aquellos orgullosos señores de los Andes habían mantenido durante casi 35 años un resto de reino como un desafío a los españoles, los vencedores de su, en su tiempo, poderoso imperio.

Bingham se había visto ayudado en su búsqueda por una recientemente descubierta crónica autobiográfica, dictada por uno de los últimos gobernantes incas, que proporcionaba nuevos indicios sobre la ubicación de Vilcabamba. Su corazonada era que el fabuloso refugio se hallaba oculto en aquel densamente arbolado valle, «diseñado por la naturaleza

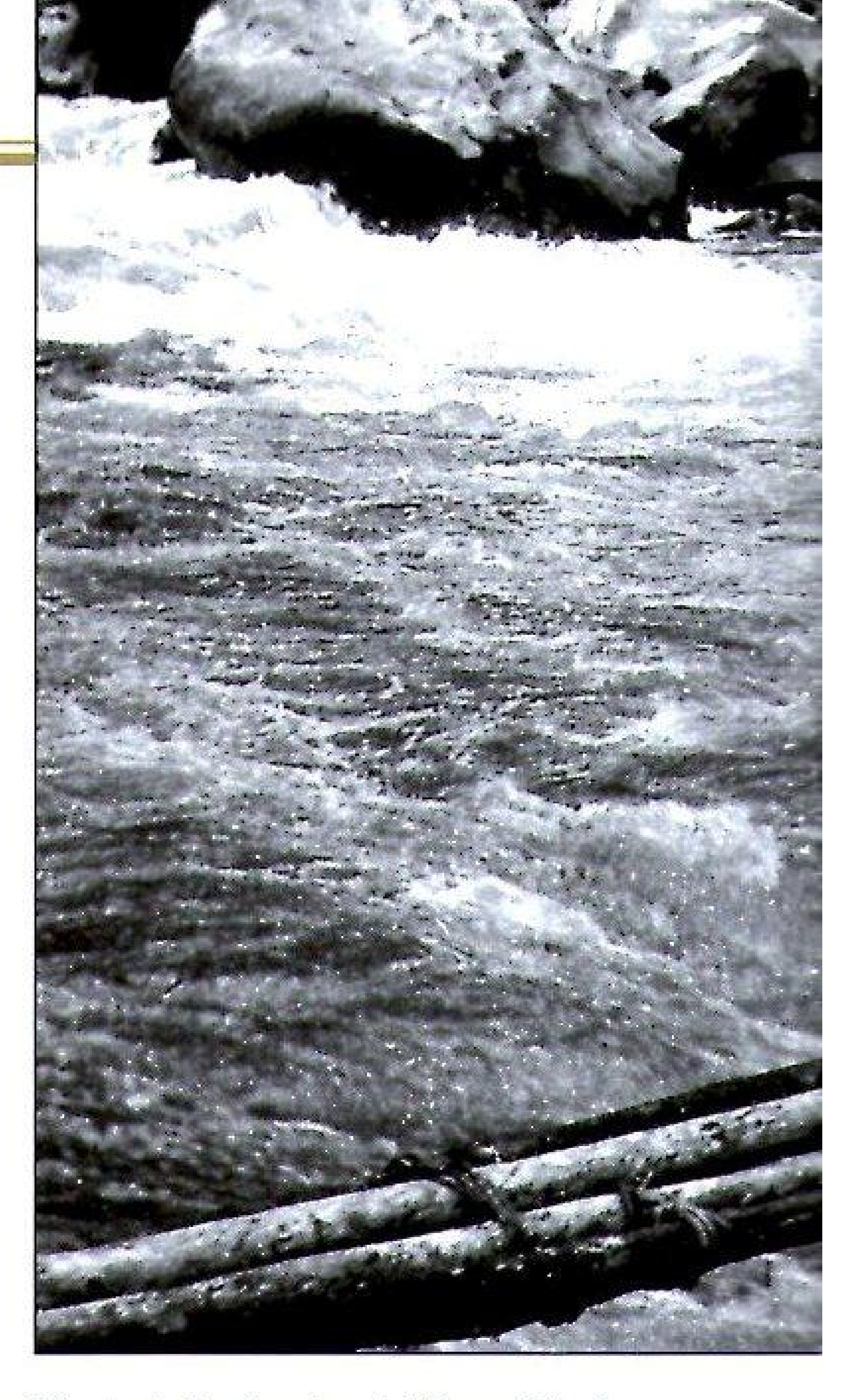
Una alpaca de plata, utilizada como ofrenda ceremonial, honra al lanudo animal que medró en las empinadas laderas de los Andes, hechas habitables y productivas por los incas mediante la construcción de terrazas. Los gigantescos campos escalonados de Machu Picchu proporcionan un elocuente testimonio de la habilidad de los ingenieros del imperio.

–meditó– como un refugio para los oprimidos». Hombre de múltiples recursos, el aventurero de 35 años que enseñaba historia latinoamericana en la Universidad de Yale, su alma mater, había acudido a Perú a estudiar su historia, botánica y geografía. Su firme entusiasmo, nacido de una visita anterior al país, había dado origen a la expedición que ahora encabezaba, financiada por Yale y algunos de sus ricos ex condiscípulos.

Sólo tres semanas antes, Bingham y su equipo habían partido de Cuzco, la antigua capital inca, para explorar el montañoso reino del noroeste, donde los picos andinos se alzan a alturas de hasta 5.500 metros. Aquí la línea conductora es el río Urubamba, que corta un profundo valle a través del denso bosque tropical amazónico. Las enormemente empinadas laderas de la región, algunas de ellas pura roca, y la densa vegetación, habían desanimado a muchos viajeros a la hora de alejarse demasiado de sus pocos y difíciles carreteras. Bingham tenía la ventaja de una nueva ruta abierta a lo largo de la orilla del río dos años antes. Tras atravesarla había llegado a esta salvaje y desolada ciudad, a 2.100 metros por encima del nivel del mar. «No conozco ningún lugar en el mundo que pueda compararse con éste en la variedad de sus encantos y en el poder de su evocación –escribiría–. No sólo tiene sus grandes picos nevados que gravitan por encima de las nubes a más de tres kilómetros sobre nuestras cabezas, sus gigantescos precipicios de granito multicolor que se alzan casi verticales durante miles de metros por encima de los espumeantes, resplandecientes y rugientes rápidos, sino que, en un sorprendente contraste, también posee orquídeas y helechos arborescentes, la delectable belleza de la lujuriante vegetación, y el misterioso embrujo de la jungla.»

El explorador escuchó atentamente cuando el tabernero habló de las ruinas incas situadas en la silla de un sobresaliente risco al otro lado del río donde habían instalado el campamento de la expedición. Tras anotar los nombres de los dos picos de aquella montaña en su bloc de notas –el Huayna Picchu y el Machu Picchu–, Bingham persuadió al reacio tabernero de que le condujera hasta el lugar con la promesa de un dólar de plata. Pero ahora, en medio de la lluvia, sus colegas de expedición –que se mostraban escépticos hacia la historia del campesino– tenían ya sus mentes puestas en lavar sus camisas y quizás en cazar mariposas, y declinaron el ir con él. Así, mientras sus compañeros de equipo permanecían atrás en el relativo confort del campamento, Bingham se adentró en la llovizna en compañía sólo del guía y del escolta nombrado por el gobierno.

Caminaron hasta un improvisado puente de largos y delgados troncos de árbol, atados entre sí con lianas, que cruzaba precariamente el turbulento Urubamba entre roca y roca. Un sólo paso en falso, y un



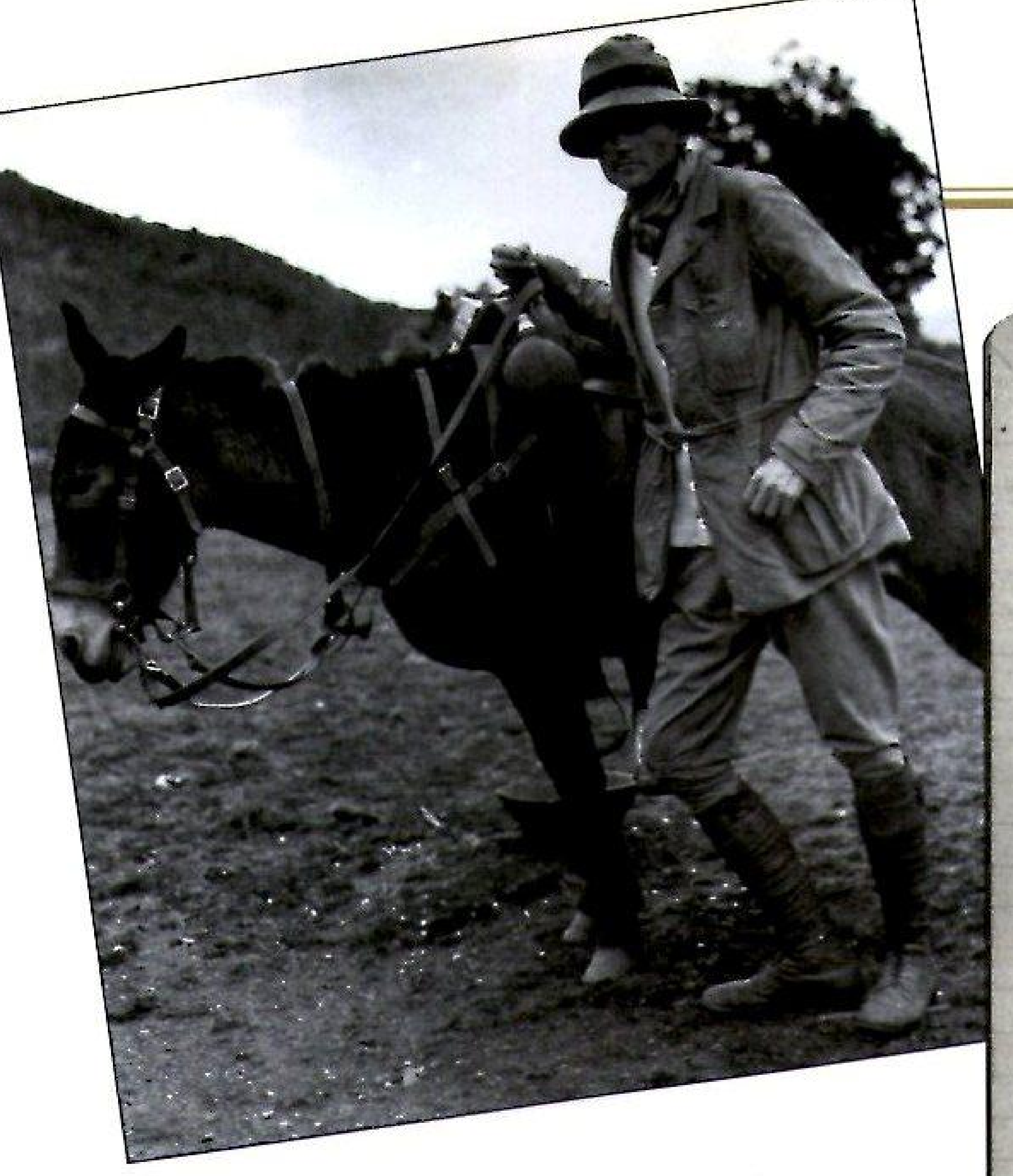
El guía indio descalzo de Hiram Bingham, Melchor Arteaga, cruza un puente de troncos de fabricación casera sobre el turbulento río Urubamba en esta fotografía tomada por el explorador el 24 de julio de 1911. Momentos más tarde, el propio Bingham se arrastraría a lo largo del mismo puente, aterrado, en su camino al descubrimiento de Machu Picchu, otros 600 metros por encima del valle del río. En su diario anotó sucintamente la hora, tema y velocidad de obturación de ésta, su segunda fotografía del día: «10:45. #2. Puente. 1/25».



hombre podía caer al río. «Nadie podía sobrevivir ni un instante en aquellos helados rápidos», recordaría Bingham. Mientras sus compañeros cruzaban cuidadosamente el puente con los pies descalzos, Bingham se puso sobre manos y rodillas y lo hizo casi arrastrándose, centímetro a centímetro. En la orilla opuesta el trío ascendió un empinado sendero, agarrándose a enredaderas para trepar por las resbaladizas rocas y manteniéndose ansiosamente atentos a las amarillas y venenosas serpientes mapanare que se sabía que infestaban la zona. Tras ascender unos 600 metros, llegaron a la choza de una familia peruana. El tabernero se lo pensó mejor acerca de continuar y decidió quedarse atrás chismorreando con el propietario de la cabaña, mientras Bingham y su guardia continuaban hacia arriba, conducidos ahora por un muchachito de no más de 10 años.

Tras rodear un promontorio y ascender una montaña profundamente aterrazada en tiempos de los incas, Bingham se vio recompensado por sus esfuerzos. «De pronto me hallé frente a las paredes de casas en ruinas construidas con piedras en el más fino estilo inca –escribiría más tarde–. Resultaban difíciles de ver porque estaban parcialmente cubiertas con árboles y musgo crecidos a lo largo de siglos, pero en las densas sombras, ocultas entre bosquecillos de bambú y marañas de enredaderas, aparecían aquí y allá paredes de sillería de granito formadas por piedras cuidadosamente talladas y exquisitamente encajadas unas con otras *(págs. 35-45).*» Bingham apenas podía creer en su buena suerte mientras caminaba por entre las ruinas llenas de maleza y hallaba maravilla tras maravilla: un mausoleo real, un templo al sol, templos más magníficos aún, una amplia plaza, docenas de casas. «Parecía como un sueño increíble», exultó.

Pero, ¿era aquello Vilcabamba? No podía estar seguro. Por el momento, con su entusiasmo al máximo por el descubrimiento, decidió proseguir su búsqueda de la ciudad perdida. A la mañana siguiente el explorador levantó el campamento y, tras varios días de arduo caminar, tropezó con una serie de imponentes ruinas, entre ellas un emplazamiento urbano más vasto aun en tamaño que su anterior descubrimiento, Ma-



chu Picchu, y enterrado bajo siglos de enmarañada vegetación en una zona conocida como Espíritu Pampa. Aunque se hallaba tan sólo a 100 kilómetros al este de Machu Picchu, estaba 1.800 metros más bajo y su acceso era difícil. A su regreso a Yale tras un par de fructíferos meses en el campo, Bingham identificó tentativamente aquel lugar de las tierras bajas como Vilcabamba, porque de hecho algunos pasajes en las evidencias documentales que había examinado parecían sugerir exactamente un lugar tropical como aquél.

Sin embargo fue Machu Picchu, anidado entre los picos andinos, lo que atrajo a Bingham de vuelta para una estancia más prolongada al año siguiente, bajo los auspicios conjuntos de la Universidad de Yale y la National Geographic Society. Tras pasar el verano de 1912 limpiando las ruinas de piedra, llegó a la convicción de que aquella pintoresca ciudadela –y no la misteriosa ciudad enterrada en la jungla– era después de todo Vilcabamba. Irónicamente, la opinión de los estudiosos apoya hoy el pensamiento original de Bingham.

Accesible en la actualidad desde Cuzco por un ferrocarril que sigue la ruta que tomó Bingham en 1911, el retiro montañoso de Machu Picchu, edificado 100 años antes de la conquista española por un soberano llamado Pachacuti Inca Yupanqui, se ha convertido en las ruinas más conocidas de la fabulosa civilización inca. En la cúspide de su poder a principios del siglo XVI, los incas, una aristocracia de unos pocos miles de individuos, todos ellos miembros de un solo grupo étnico, rigieron uno de los más grandes imperios de la era. Su territorio se extendía más de 4.000 kilómetros a lo largo de casi toda la longitud de los Andes, desde

Camino de Machu Picchu en 1911, Hiram Bingham posa junto a su mula. Entre sus pertenencias llevaba un cuaderno de notas encuadernado en piel (arriba)*, en el que anotó los detalles de su aventura: el tiempo y la topografía, sus impresiones de cada uno de los edificios de piedra del lugar, un tosco mapa del emplazamiento, y la secuencia en la que tomó sus fotografías, las primeras de la olvidada ciudad, hechas con una cámara Kodak 4 x 5* (derecha).



la frontera sur de la actual Colombia hasta lo que es hoy Santiago de Chile, incorporando todos los actuales Ecuador y Perú, así como partes de Bolivia y el noroeste de Argentina. El corazón de su territorio se hallaba en la escarpada espina dorsal de los Andes, la segunda cordillera montañosa más alta del mundo después del Himalaya. Sus límites orientales rozaban el bosque tropical de las fuentes del Amazonas, los occidentales, las arenas de los desolados desiertos costeros. Los incas llamaban a su dominio Tahuantinsuyu, la «tierra de los cuatro cuartos», un nombre que reflejaba los segmentos en los que estaba oficialmente dividido el imperio, con Cuzco en su centro. Dentro de él –y muy debajo del pulgar dominador de los incas– vivían, aproximadamente, siete a nueve millones de personas, que comprendían tantos como 100 grupos étnicos.

En claro desafío a las suposiciones convencionales acerca de lo que hace posibles las civilizaciones altamente desarrolladas, los extraordinarios incas tuvieron éxito sin el beneficio del transporte sobre ruedas o la escritura. A través de la pura fuerza de voluntad y la aplicación de su aguda inteligencia al dominio de la energía humana, crearon en menos de 100 años una de las sociedades más intrincadamente organizadas que el mundo ha conocido. Pero la meteórica ascensión de los incas fue seguida por su aún más precipitada caída. Tahuantinsuyu fue gobernado por una sucesión de grandes reyes-guerreros, cada uno de los cuales era conocido, en su reinado, como el Sapa Inca, el «único inca». Estos monarcas, que extendían su reinado sobre un territorio cada vez más amplio, ganaron un prestigio que condujo a sus súbditos a concederles el exaltado título de Hijo de Inti –Inti era el dios sol inca–, junto con la deferencia y las riquezas debidas a su *status.*

Pese a todo su poder, sin embargo, esta imponente civilización fue conquistada en poco tiempo por menos de 200 españoles. El valor de los invasores e incluso sus avanzadas armas hubieran significado muy poco contra un enemigo tan numeroso y formidable si los acontecimientos

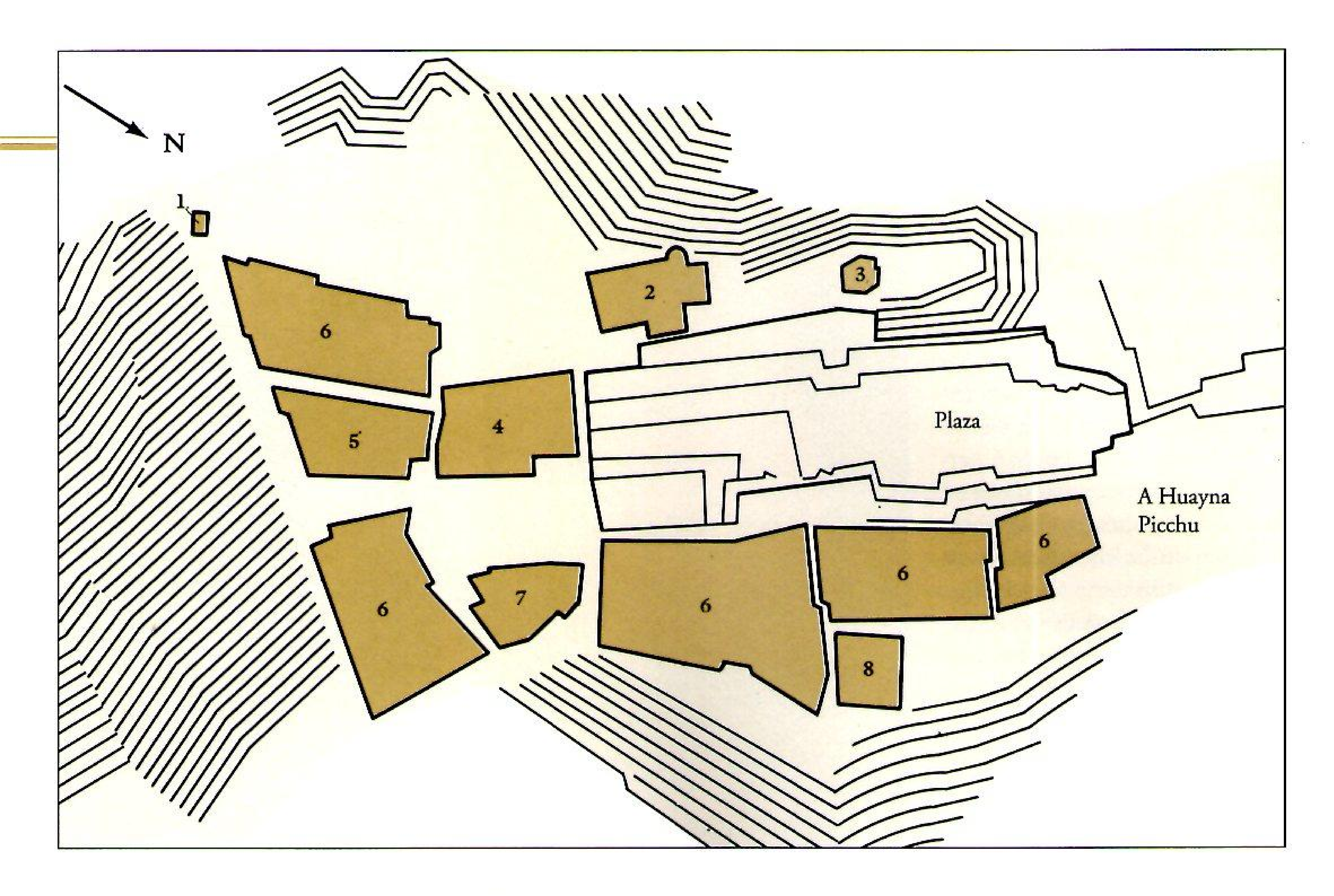
hubieran seguido un rumbo distinto. Pero el destino de los incas fue que los españoles se vieran ayudados en su victoria por acontecimientos que tuvieron lugar dentro del propio imperio.

A principios del siglo XVI llevaban circulando desde hacía tiempo entre los españoles en el Nuevo Mundo rumores de una tierra de oro, y fuertes evidencias señalaban que se hallaba en algún lugar al sur del ecuador. Tentado por estas historias, un veterano de las campañas italianas de España llamado Francisco Pizarro decidió descubrir por sí mismo la verdad. Ilegítimo y analfabeto, había acudido al Nuevo Mundo en 1502 en busca de fortuna. Vio siete años de duro servicio en el Caribe, donde ayudó a reprimir a los indios taínos de la isla de la Española, hoy la República Dominicana y Haití. En 1513, acompañó a Vasco Núñez de Balboa a través del istmo de Panamá para convertirse en uno de los primeros españoles en contemplar el océano Pacífico. Asentado en Panamá, se convirtió en terrateniente, recibió su cuota de obreros indios, y adquirió una posición acomodada. Pero este éxito le dejó inquieto. Uniendo sus fuerzas a las de Diego de Almagro, otro soldado de fortuna, y Hernando de Luque, un sacerdote, organizaron una expedición que en 1524 partió desde Panamá, en un difícil y frustrante viaje, hacia los territorios inexplorados del sur.

Una segunda expedición partió en 1526, y en ella Pizarro cambalacheó baratijas por oro, y ello le proporcionó un atisbo suficiente de riquezas en perspectiva como para inspirarle sueños de abundancia y gloria. Uno de sus barcos capturó a un grupo de comerciantes incas en una almadía de madera de balsa dotada con velas de algodón finamente tejido. Los españoles retuvieron astutamente a tres de los cautivos para entrenarlos como intérpretes, y dejaron libres a los otros. «Llevaban muchas piezas de plata y oro como adornos personales», informó más tarde Pizarro a su emperador, Carlos V, y estimuló el apetito de su emperador relacionándole algunos de los objetos, entre ellos «coronas y diademas, cintos y brazaletes, armaduras para las piernas y petos; tenacillas y sonajeros y tiras y racimos de cuentas y rubíes».

Esta expedición fue aún más ardua que la primera, y condujo a muchos de sus hombres a la desesperación a medida que el hambre, la enfermedad y la muerte daban cuenta de ellos. Pero Pizarro no se dejó desanimar por la adversidad. Extrajo su espada y trazó una línea en la arena. «Camaradas y amigos –dijo, apuntando a un lado–, ésta es la parte que representa la muerte, las dificultades, el hambre, la desnudez, las lluvias y el abandono; este lado representa el confort. Ahí, regresáis a Panamá para ser pobres; aquí, podéis seguir hasta Perú para ser ricos. Elegid lo que os convenga como buenos españoles.» Trece eligieron permanecer con su líder, y por eso pasaron a ser conocidos como «los 13 de la gloria».

En 1527, Pizarro alcanzó la ciudad inca de Tumbes. Allá los españoles fueron recibidos con amistosa curiosidad por los habitantes de la



Como revela este mapa esquemático basado en la hipotética identificación de Bingham de los lugares, las terrazas descienden por el lomo de los Andes, donde una herbosa plaza divide Machu Picchu en dos distritos. La puerta de la ciudad (1) *permite la entrada al extremo sur, cerca de los templos de la Plaza Sagrada* (2) *y el* intihuatana (3), *la gran piedra donde los incas adoraban al dios sol. El palacio conocido como el Grupo del Rey* (4) *y el templo llamado El Torreón* (5) *se hallan entre los más espléndidos de los aproximadamente 200 edificios de piedra, que también incluyen racimos de pequeñas casas* (6), *las llamadas prisiones* (7) *y los almacenes* (8). *Huayna Picchu se vislumbra desde el borde septentrional de la ciudad.*

ciudad, que les hablaron de templos tierra adentro revestidos con metales preciosos, y de jardines donde las plantas vivas crecían al lado de finamente elaboradas réplicas de oro y plata. Estos relatos despertaron aún más el deseo de Pizarro. Carente tanto de hombres como de recursos para intentar una invasión inmediata del territorio inca, decidió regresar a la cabeza de una fuerza invasora en un próximo futuro. Pero pese al incentivo de las riquezas al alcance de la mano, necesitaría tres años y un viaje a España antes de poder efectuar todos los arreglos necesarios.

En su país natal, Pizarro habló orgulloso a Carlos V de sus descubrimientos y del tesoro inca que podía ser suyo. Excitado ante la perspectiva de beneficios territoriales y financieros, Carlos concedió al aventurero el derecho a explorar y conquistar aquel, hasta entonces desconocido, imperio al otro lado del mundo. Pizarro recibiría el título de gobernador y capitán general de las tierras que quedaran bajo su control. Como pronto se haría evidente a Pizarro y sus cohortes, el retraso en iniciar su aventura, por frustrante que hubiera sido, en realidad trabajó a su favor.

La historia de la trágica caída de los incas es conocida sobre todo por los relatos de los españoles. Con la notable excepción de Pizarro, los conquistadores –entre cuyas filas estaba Hernando de Soto– poseían un alto grado de alfabetización, y las crónicas que dejaron atrás ofrecen descripciones testimoniales de los primeros encuentros entre las dos civilizaciones. Una vez consumada la conquista siguieron otros cronistas más favorable-

mente dispuestos, que usaron los conocimientos que recogieron de los propios incas para describir sus tradiciones. Ambos conjuntos de relatos, y las observaciones de funcionarios conscientes enviados a la nueva colonia por los gobernantes españoles, han permitido a los etnohistoriadores recomponer un cuadro de los incas durante sus últimos días. Es un cuadro triste.





Enzarzados en una feroz batalla por conseguir la suprema posición de Sapa Inca, los hermanos reales Huáscar (arriba a la izquierda) *y Atahualpa –ilustrados en acuarela de un álbum español del siglo* XVI*– sumieron el imperio inca en el caos. Llegados en el punto álgido de la guerra civil en 1532, los conquistadores supieron explotar su enemistad, y finalmente aniquilaron su civilización. Los españoles creían que sus acciones eran «a mayor gloria de Dios, porque, ayudados por Su santa guía, hemos conquistado y traído a nuestra sagrada fe católica un número tan enorme de infieles».*

En 1524, cuando el imperio de los incas estaba en la cúspide de su gloria, llegaron a la corte del Sapa Inca rumores de acontecimientos extraordinarios. «Fortalezas flotantes» habían navegado a lo largo de la costa norte, llevando a unos extranjeros de piel blanca y pelo en el rostro, que fueron llamados «los barbudos». La noticia fue inquietante para muchos; en años posteriores, los nobles incas dijeron a un cronista español que el propio Sapa Inca, un gran guerrero llamado Huayna Cápac, había visto el peligro y había predicho que un día los extranjeros amenazarían su trono.

Al cabo de uno o dos años el Sapa Inca estaba muerto. Aunque es imposible verificar la enfermedad que se llevó su vida, parece probable que fuera la viruela, introducida en las Américas por los conquistadores. Adelantándose a los conquistadores, esta enfermedad alcanzó a las poblaciones nativas incluso en territorios que los españoles todavía no habían explorado, y probablemente llegó a la parte occidental de Sudamérica en 1525, procedente del Caribe vía Venezuela y Colombia, donde los europeos ya habían puesto el pie. La enfermedad se extendió tan rápidamente entre los incas, que no poseían inmunidad contra ella, que sus ejércitos se vieron diezmados y familias enteras afectadas. Se ha dicho de la viruela que una taza de agua ofrecida en el momento preciso puede salvar una vida, pero a menudo no había nadie lo suficientemente bien de salud en una casa como para proporcionar un trago al agonizante. La moral se hundió entre los supervivientes, la mayoría de los cuales habían perdido numerosos familiares y amigos. La epidemia no sólo mató a Huayna Cápac; también se llevó consigo a su probable heredero, sentando las bases para los disturbios.



Empujado por la codicia del oro y los sueños de gloria, el aventurero español Francisco Pizarro –en esta pintura del siglo XIX *vestido con sus galas de batalla– conquistó y saqueó el rico imperio inca con un ejército de menos de 200 hombres. En 1541, a la edad de 63 años, fue mortalmente apuñalado por los partidarios del en su tiempo aliado Diego de Almagro, a quien el hermano de Pizarro había ejecutado después de que los dos rivales guerrearan por la supremacía de Perú.*

Era costumbre que el Sapa Inca nombrara a su sucesor. Aunque el honor recaía normalmente en uno de los hijos de su esposa principal, la *coya*, el elegido no era necesariamente el mayor, sino el considerado más apto para gobernar. Un nuevo Sapa Inca, Huáscar –cuyo nombre, «gentil colibrí», no debía ser tomado como un reflejo ni de su carácter ni de su estatura–, fue proclamado sucesor en Cuzco por los nobles incas de allí.

Sin embargo, buena parte de la corte no estaba en Cuzco, sino en la ciudad septentrional de Quito, que Huayna Cápac había conquistado, y donde había decidido pasar los últimos años de su vida. Fue allí donde empezaron los problemas. Quito se había convertido casi en una segunda capital, lo cual había escindido los hasta entonces unidos líderes del imperio en dos facciones contendientes. El ejército, que estaba acuartelado en Quito, prefería a otro hijo de Huayna Cápac, Atahualpa, cuyo nombre significa pavo macho, un pájaro que imponía respeto en los Andes. Había probado más que suficientemente su valía, tras pasar la mayor parte de su vida al lado de su padre en el campo de batalla.

Un veterano español describió a Atahualpa como «de excelente personalidad, altura mediana, no demasiado grueso, agraciado de rostro y grave, con ojos rojos, un hombre muy temido por su pueblo». Como evidencia del impacto que tenía su porte en su pueblo, este observador describió haber visto a un importante noble «temblar de tal modo que no conseguía mantenerse en pie» ante la presencia real, por miedo de desagradar a su emperador. El temor no era enteramente irracional; Atahualpa podía ser despiadado. También mostraba una rápida inteligencia que impresionó a los españoles, que observaron la rapidez con la que se convertía en un experto en el ajedrez.

Aunque había proclamado repetidamente su lealtad al nuevo Sapa Inca, Atahualpa sabía que Huáscar debía considerarlo como un rival. Alerta a la posibilidad de que uno de los partidarios de su hermano intentara asesinarlo si abandonaba su base de poder en Quito, ignoró todos los esfuerzos por persuadirle de que acudiera a Cuzco a presentar sus respetos al nuevo emperador. Durante cinco inquietos años se mantuvo un punto muerto. Finalmente, Huáscar rompió la situación exigiendo la presencia de su hermano. Cuando Atahualpa tampoco se presentó, enviando a cambio embajadores que portaban regalos en su nombre, Huáscar –incitado por cortesanos hostiles a su hermano– hizo torturar y matar a los emisarios, luego envió un ejército a traer a Atahualpa a Cuzco por la fuerza. Furioso, Atahualpa llamó a su facción a las armas, y el territorio –que ya lloraba la pérdida de tantos de sus ciu-

dadanos a causa de la epidemia de viruela– se vio pronto abocado a una guerra civil.

Fue un conflicto sangriento y sin cuartel, y puso en movimiento el proceso de destrucción que la invasión europea acabaría de completar. Al principio los hombres de Huáscar se alzaron con el triunfo, y Atahualpa fue capturado. Sin embargo, escapó y se reunió de nuevo con su ejército. Enfrentado a sus anteriores captores en batalla, los derrotó; siguiendo la costumbre militar inca, hizo que el cráneo del comandante oponente, otro de sus hermanos, fuera revestido interiormente con oro y convertido en una jarra para beber, y su piel utilizada para un tambor. Huáscar envió un segundo ejército; pero sus poco entrenadas tropas demostraron no ser enemigo para los veteranos que rodeaban a Atahualpa, y tras dos días de batalla fueron derrotadas.

Ahora fue el turno de Atahualpa de tomar la ofensiva. Sus generales avanzaron hacia el sur en dirección a Cuzco. Se enfrentaron a un tercer ejército real reclutado para proteger la ciudad. Esta vez los hombres de Huáscar tomaron la iniciativa; prendieron fuego a los matorrales, lo cual rompió las líneas enemigas y alejó del campo a los soldados. Reagrupados, los generales de Atahualpa prepararon una emboscada en un barranco cerca del campo de batalla. Capturaron la mayor de las presas: el propio Huáscar, vivo. Tras derrotar a su ejército, y los hombres de Atahualpa entraron triunfantes en Cuzco.

No mostraron piedad hacia el derrotado enemigo. Atado a un armazón de madera, Huáscar fue obligado a presenciar cómo sus numerosas esposas eran asesinadas. Sus amigos y consejeros fueron masacrados también, y sus restos dejados atados a postes a lo largo de la carretera que salía de la ciudad como una sangrienta advertencia del peligro de oponerse a la voluntad de Atahualpa. Huáscar fue mantenido prisionero en la fortaleza de Jauja, a la espera de su destino.

Fue durante este período de trastornos, en 1532, que Pizarro y Almagro, que lo había acompañado en las dos expediciones anteriores, regresaron a la ciudad de Tumbes. Esta vez Pizarro llevaba consigo 160 aventureros, 67 de los cuales eran jinetes, y todo un surtido de armas, entre ellas mosquetes, ballestas, picas, lanzas y artillería, todo ello proporcionado por Carlos V. No halló la próspera ciudad que había visitado antes, sino una devastada ruina; como buena parte del imperio inca, había sufrido enormemente en el transcurso de la guerra civil y se había visto asolada por la viruela. Aunque aquel espectáculo descorazonó a los hombres de Pizarro, su comandante fue lo bastante astuto como para darse cuenta de que la desgracia de los indígenas podía ser la suerte de los españoles. Se demoró durante cinco meses cerca de la costa, sostenido en parte gracias al saqueo de los almacenes del emperador en aquel lugar, mientras intentaba descubrir todo lo posible sobre el estado de los asun-



Este cráneo –probablemente los restos de un oponente derrotado– pudo estar en su tiempo revestido interiormente de oro y ser usado para beber chicha, *una bebida alcohólica comúnmente destilada del maíz. Estos cráneos-copa servían como símbolos de victoria para los líderes incas que habían triunfado en la batalla.*

tos incas. Cuando le llegaron noticias de que Atahualpa estaba acampado en Cajamarca, a menos de quince días de marcha, partió hacia el interior con su pequeño ejército, unos cuantos lacayos indios, y dos traductores indios que había tomado de la almadía algunos años antes.

Era una empresa desesperada, casi loca. De hecho, nueve de los hombres de Pizarro, amedrentados por la perspectiva de entrar en los montañosos dominios del Inca, dieron media vuelta. El resto de la pequeña banda siguió adelante, trepando más y más, cruzando tumultuosos torrentes sobre peligrosamente estrechos puentes suspendidos hechos con cuerda de icho y colgados de pilastras de piedra. No podían evitar sentirse impresionados por las evidencias de las habilidades de los ingenieros incas a todo su alrededor, incluidas las carreteras pavimentadas con losas de piedra, bordeadas con árboles que proporcionaban sombra, y con el agua circulando por canales de piedra a lo largo de ellas para uso de los viajeros. «Estas magníficas carreteras no pueden verse en ninguna parte de la cristiandad, en países tan abruptos como éste», admitió uno de ellos.

Mientras los españoles proseguían su arduo camino hacia arriba, y el tenue aire de las alturas hacía que les fuera cada vez más y más difícil respirar, el victorioso Atahualpa estaba descansando con su ejército en Cajamarca, un lugar favorecido por los emperadores incas por sus saludables manantiales de agua caliente. Hacía poco que había recibido la noticia de que los hombres blancos barbudos, cuya llegada tanto había turbado a su padre, habían regresado en sus barcos de madera. Pronto los corredores procedentes de la costa le informaron de que los extranjeros avanzaban tierra adentro. Atahualpa respondió mandando a un enviado para invitar a Pizarro y a sus hombres a visitarle. La respuesta que el embajador inca trajo de vuelta a su amo contenía la primera de una serie de fatales malinterpretaciones respecto a las intenciones de los españoles. Como Atahualpa reveló más tarde, el emisario le dijo que los barbudos no eran guerreros, y que 200 incas serían suficientes para contenerlos, si de hecho llegaban a presentar alguna amenaza. El Inca no podía saber que Pizarro había dado esta impresión recibiendo al embajador de una manera cortés, entregándole como regalos una camisa y dos copas de cristal veneciano y hablándole de paz. Gracias a ello, el pequeño ejército de extranjeros recibió permiso para cruzar sin ser molestado las montañas.

Los españoles jadeaban en sus armaduras subiendo senderos que se abrían vertiginosos a laderas casi verticales. Obligados a desmontar por lo empinado de la ascensión, los soldados conducían sus caballos, cargados con cañones, armas y provisiones, a lo largo de senderos tan estrechos

que un solo paso en falso podía enviar a hombres y bestias a su muerte en el fondo de barrancos sobrevolados por los cóndores. Hallaron aquellas impresionantes alturas amenazadoramente dominadas por fortalezas de piedra que, para alivio de los exhaustos soldados, resultaron estar desiertas.

Tras una semana en las montañas, el ejército de Pizarro descendió al valle de Cajamarca el 15 de noviembre, sólo para ser recibidos por un alarmante espectáculo. Según un testigo presencial, tan numerosos eran los guerreros incas dispersos por la colina «que nos sentimos llenos de temor. Nunca creímos que los indios pudieran ocupar una posición tan orgullosa, ni tantas tiendas, ni tan bien instaladas. Nos llenó a todos los españoles de confusión y miedo. Pero no nos atrevimos a exhibirlo, y mucho menos a dar la vuelta, porque si captaban en nosotros la menor debilidad los mismos indios que llevábamos con nosotros nos hubieran matado».

Pizarro aposentó a sus hombres en la plaza principal, un espacio abierto rodeado en tres de sus lados por largos edificios, cada uno con varias puertas. Despachó a un grupo de jinetes conducidos por Hernando de Soto para presentar sus respetos a Atahualpa y atraerlo a una reunión. Tensos pero resueltos, los enviados españoles cabalgaron por entre las silenciosas filas del ejército inca a lo largo del camino pavimentado hasta la residencia real, situada cerca de los manantiales de agua caliente a unos pocos kilómetros de la ciudad. En el patio del palacio real «se había construido un estanque, y dos tuberías de agua, un caliente y una fría, entraban en ella; las dos tuberías procedían de los manantiales», informó más tarde uno de los hombres. Allá encontraron al nuevo emperador sentado en un taburete dorado, «con toda la majestad del mundo, rodeado por todas sus mujeres y con muchos jefes cerca de él».

Siguió una guerra de nervios entre las dos partes. Atahualpa buscaba impresionar a Pizarro con el poder militar a su mando, y lo había conseguido. Los españoles también intentaron desconcertar a sus oponentes. Comprendiendo lo notables que parecían los caballos a los indios, que no poseían animales domésticos más grandes que las llamas, de Soto cargó directamente contra Atahualpa, luego frenó su montura en el último momento, tan cerca de él que la banda borlada que llevaba el monarca como corona se vio agitada por el resuello del animal, al tiempo que la espuma de su boca salpicaba sus ropas. Pero Atahualpa se mantuvo sentado inmóvil, un perfecto modelo del guerrero inca frente al peligro. Esperaba una fortaleza militar parecida de sus seguidores; aquellos que se echaron hacia atrás fueron ejecutados más tarde.

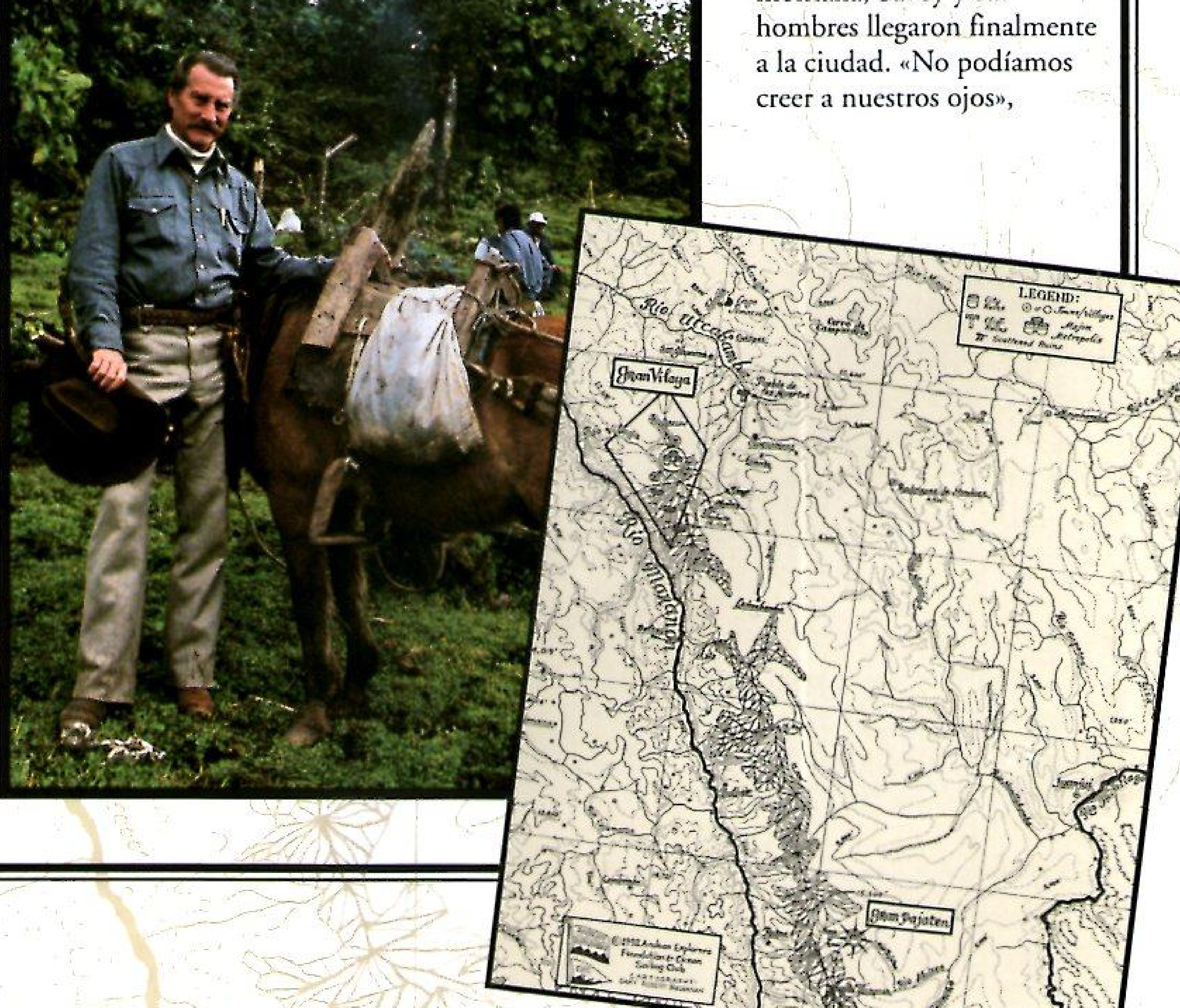
Atahualpa permaneció en silencio durante un tiempo, luego se dirigió a los recién llegados a través de uno de los intérpretes que éstos habían traído consigo. Regañó a los españoles por haber robado de sus

EL EXPLORADOR GENE SAVOY Y LAS CIUDADES PERDIDAS DE LOS ANDES

Ocultas a menudo fuera de la vista, cubiertas por la jungla o perchadas sobre distantes picos, al parecer mucho más allá de todo alcance, algunas –pero no todas– de las ciudades perdidas de los antiguos pueblos andinos se han ido revelando a unos pocos individuos valerosos que han tenido la paciencia, la fortaleza y los medios necesarios para ir en su busca. El explorador norteamericano Gene Savoy *(abajo)* es una de estas personas, y en las tres décadas que ha estado recorriendo los Andes ha hallado más de 40 asentamientos previamente desconocidos que nos cuentan excitantes revelaciones de la sociedad que los construyó y luego desapareció.

Savoy se mostró fascinado desde hacía tiempo por Vilcabamba, la última fortaleza de los incas. Los intentos de localizarla no se habían visto jamás coronados por el éxito. Ya en 1834, el conde francés de Sartiges soportó semanas de agotamiento y sed buscando las ruinas. Le siguieron otras almas intrépidas, cada una a su vez segura de haber encontrado la escurridiza ciudad. En 1912, Hiram Bingham se unió a sus filas cuando declaró que Machu Picchu era el refugio final de los incas. Aunque durante los siguientes 50 años la mayoría de estudiosos aceptaron su afirmación, no todo el mundo estaba convencido. Tras los talones de un fracaso intento en 1963 de un equipo norteamericano que descendió en paracaídas sobre las profundidades de la inexplorada jungla, Gene Savoy se encaminó hacia el lugar más probable, uno con el que irónicamente había tropezado Bingham cuando descubrió Machu Picchu pero que había desechado, a 150 kilómetros al noroeste de Cuzco.

Savoy se había preparado bien; tras estudiar cuidadosamente las crónicas históricas en busca de indicios, había obtenido el respaldo del gobierno peruano y organizado un equipo de apoyo. Tras días de lucha con la densa vegetación de los bosques tropicales de la montaña, Savoy y sus hombres llegaron finalmente a la ciudad. «No podíamos creer a nuestros ojos»,



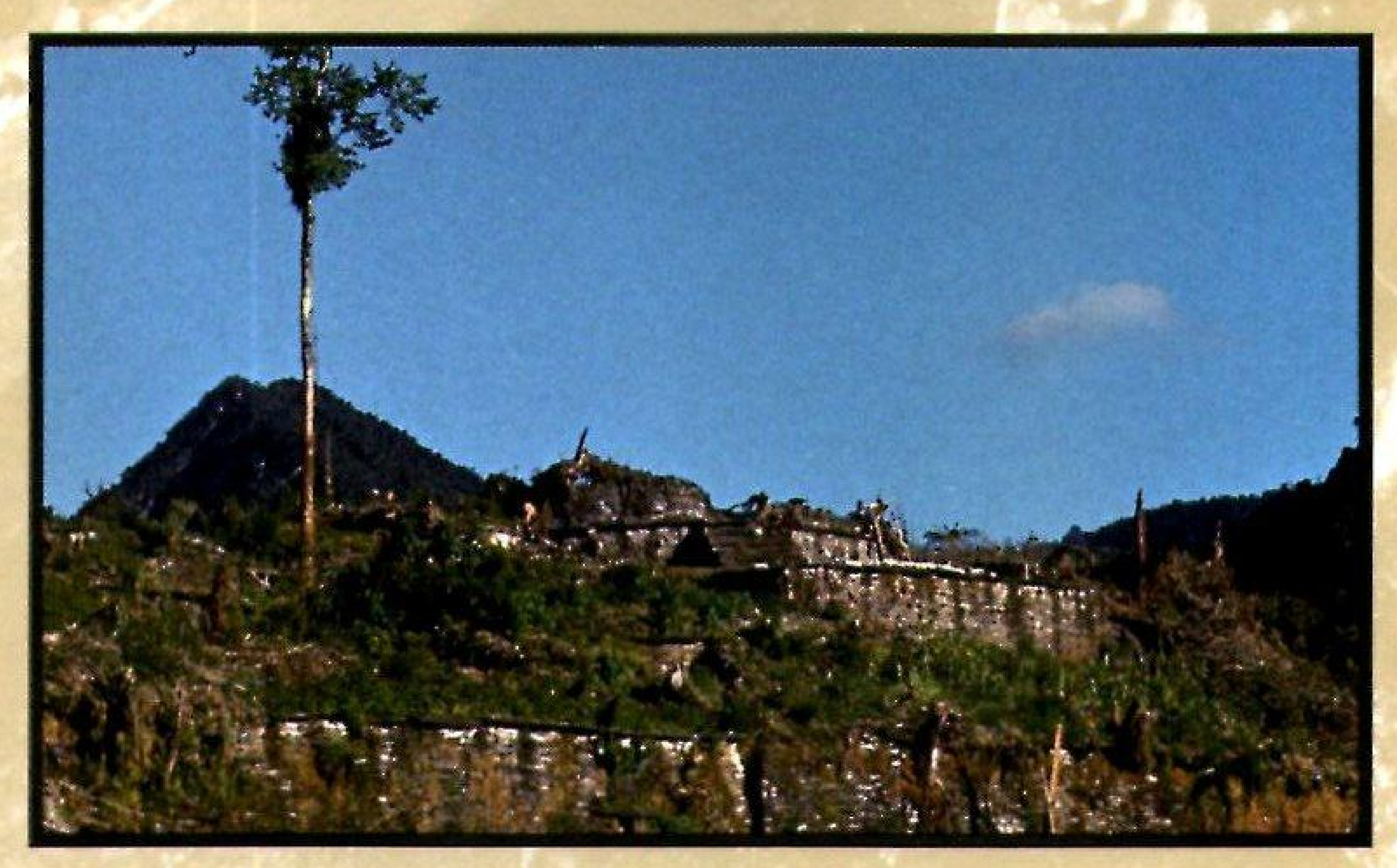
Gene Savoy, cabeza de la Fundación de Exploradores Andinos y del Club de Navegación Oceánica, aparece aquí en ruta hacia Gran Vilaya, una ciudad olvidada que encontró en la ominosa región de los chachapoyas en Perú. El mapa recuadrado a la derecha, que fue dibujado por el cartógrafo de su propio equipo, detalla la zona del descubrimiento.

recuerda. Las ruinas, situadas entre dos ríos sobre una plana llanura de aluvión cubierta de árboles y enredaderas, ocupaba un área de cinco kilómetros cuadrados.

Savoy, que no era arqueólogo, dejó las excavaciones a otros. Y pronto puso sus miras en la búsqueda de otra ciudad perdida, una a la que llamaría Gran Vilaya. «Estaba seguro de una cosa –escribe Savoy–. Existió algo en las junglas orientales, pero nadie ha conseguido descubrirlo.» En Vilcabamba había visto edificios circulares que creía que eran obra de los chachapoyas, un pueblo que había habitado el extremo más septentrional de Perú. Sus dominios, a unos 800 kilómetros al noroeste de Vilcabamba, se hallaban a 2.500 o 3.000 metros por encima del nivel del mar, en las montañas envueltas en nubes en medio de la densa selva tropical. La región era tan remota que supuestamente los incas añadieron el reino a su imperio tan sólo en 1480, tras emplear, se cree, 40 años en dominar a sus habitantes. Con sus sofocantes junglas, sus casi perpetuas lluvias y la falta de habitación humana, la zona había desalentado a los arqueólogos durante décadas.

En 1965, el equipo de Savoy rastreó desde el aire las carreteras incas que conducían desde Vilcabamba hasta el reino de los chachapoyas. Una expedición preliminar necesitó días para localizar las primeras ruinas, a 2.800 metros por encima del nivel del mar. Savoy llamó al lugar Gran Pajatén, por las famosas ruinas coloniales cercanas de Pajatén. Allá el equipo exploró un complejo de estructuras circulares de pizarra y mortero, muchas de las cuales estaban cubiertas con piedras como mosaico que representaban figuras de seres humanos, animales y pájaros, al parecer cóndores *(fondo)*.

Un día, mientras volaba en un helicóptero, Savoy y algunos de sus compañeros de equipo divisaron cuevas en las caras de unos riscos relativamente cerca de Gran Pajatén. Sorprendentemente, unas tallas de madera de un metro de alto halladas en las cuevas se hallaban todavía en espléndidas condiciones, pese a los siglos de exposición a la humedad. Como consecuencia de ello, un equipo de investigación siguió por tierra las carreteras incas hasta 150 kilómetros al noroeste y tropezó con docenas de tumbas en los riscos con cajas conteniendo momias colocadas



La principal estructura circular de Gran Pajatén, que aparece a la izquierda, se alza sobre una plataforma y mide 14 metros de diámetro y unos 3,5 de altura. Su fachada está dividida por la mitad por una moldura, y su parte superior está cubierta con frisos geométricos. Las raíces y plantas trepadoras que se enrollan alrededor de la piedra ornamental amenazan con derribar la gigantesca estructura, que quizás en sus tiempos pudo ser un templo.

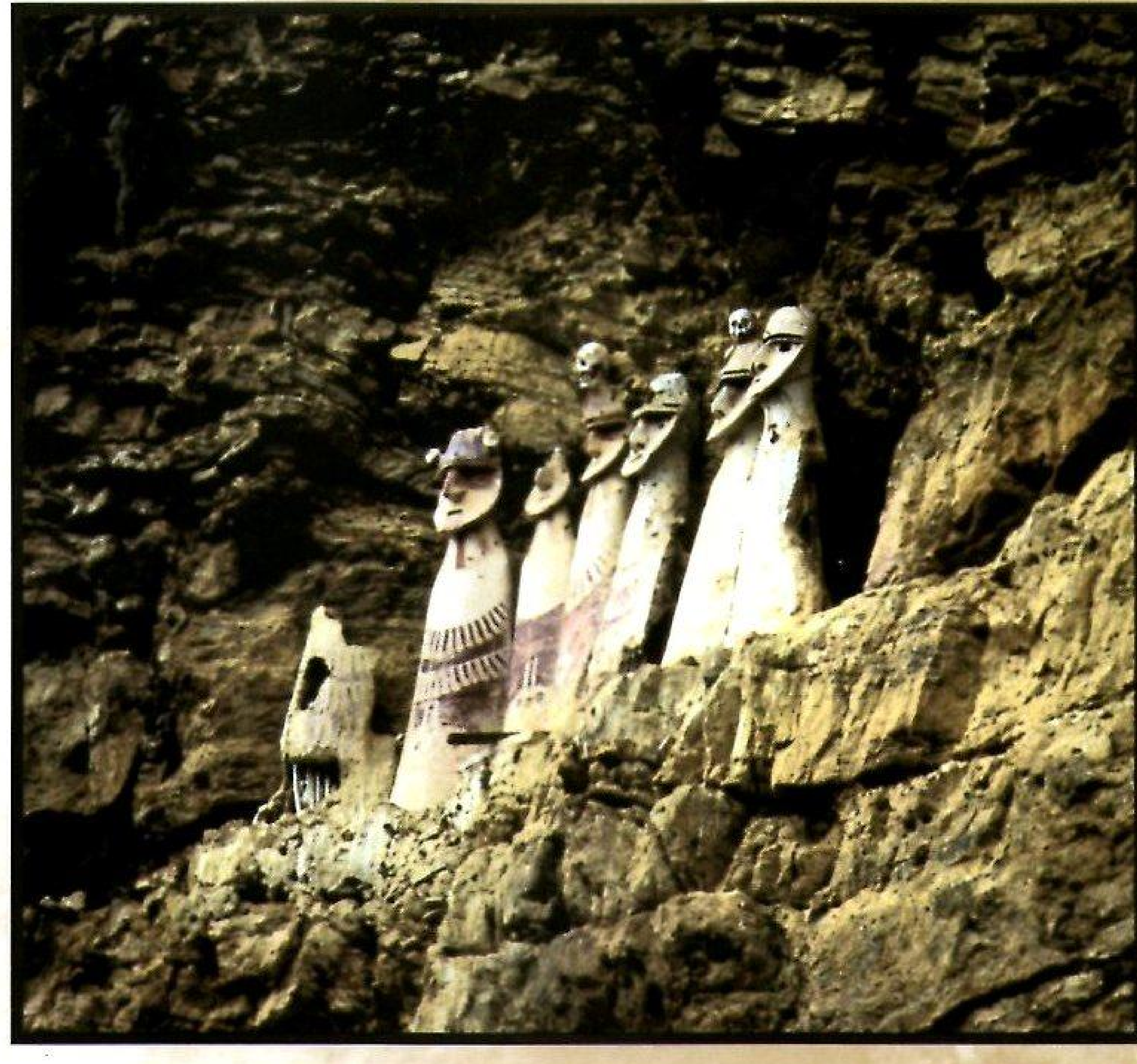


Las imponentes ruinas de Gran Pajatén están compuestas por miles de piedras individuales compactadamente encajadas como las que aparecen arriba. Las figuras humanas de la izquierda están hechas con largos bloques de pizarra negra. Una cabeza está coronada con rayos parecidos a los solares; las otras dos tienen alas.

de pie en hileras dentro de las cuevas *(fondo)*. Algunas habían sido derribadas por los saqueadores, y las cajas rotas y su esparcido contenido de huesos y textiles yacían abajo en el suelo. Sospechando que se trataba de una necrópolis chachapoya, Savoy llamó al lugar Pueblo de los Muertos. Una exploración sistemática reveló siete lugares similares dentro de un área de 100 kilómetros cuadrados.

Tras abandonar la región de los chachapoyas por otras áreas más accesibles, Savoy no regresó durante 15 años. Durante este tiempo se mostró decidido a encontrar el centro administrativo de los chachapoyas, mencionado por los cronistas españoles, y acompañado por casi 100 macheteros, 70 mulas y 20 miembros de equipo lo hizo. Resultó ser una colección de asentamientos unidos entre sí que se extendían por un área de 250 kilómetros cuadrados de bosque tropical lleno del sonido de los monos y los papagayos. Durante los siguientes cinco años, condujo cinco expediciones a la zona, explorando miles de restos arquitectónicos perchados en unas 40 cimas importantes de montañas, con los picos conectados por carreteras rotas. Entre las ruinas había lo que muy bien podían ser edificios administrativos, templos, moradas, y una red de fortificaciones en lo alto de las crestas. «Gran Vilaya», dice Savoy, que dio al lugar el nombre de un cañón fluvial cercano, puede resultar ser «la mayor ciudad precolombina de las Américas. Sus ruinas empequeñecen Cuzco y todo lo que los incas llegaron a construir».

Gran Vilaya es ciertamente el más espectacular hallazgo de Savoy, y ha sido un imán para los arqueólogos, que esperan resolver finalmente sus muchos misterios. En cuanto a qué más puede permanecer escondido ahí fuera en las junglas, aguardando todavía su descubrimiento, Savoy tiene preparada una respuesta: «Mucho».



Estas cajas antropomórficas para momias estuvieron en su tiempo decoradas con pinturas de vívidos colores. Hechas de barro y fibras vegetales, se cree que las cajas contienen los restos de gobernantes.

En Diablo Huasi, justo al sur de Pueblo de los Muertos, docenas de tumbas marcan la cara del risco. Una cueva contenía numerosas momias con las rodillas dobladas sobre sus pechos, envueltas en un material parecido a la red, y rodeadas por artículos funerarios. Siguiendo su política, el grupo de Savoy dejó la cueva tal cual estaba para los arqueólogos.



Gran Vilaya está formada por miles de estructuras de piedra caliza blanca como éstas. Los edificios, muchos de los cuales se alzan sobre terrazas, llegan hasta los 12 metros de altura y tienen entre 7,5 y 9 metros de diámetro.

almacenes «algunas de las telas de mi padre» al entrar en el país y por haber tratado mal a varios de sus jefes. Los conquistadores respondieron alardeando de sus proezas como soldados, menospreciando a algunos indios costeros con los que habían luchado realmente por comportarse «como mujeres», y añadiendo que un solo caballo sería suficiente para conquistar «todas sus tierras». Pero, cautamente, los españoles ofrecieron también aplicar sus conocimientos militares en beneficio de Atahualpa. Antes de que terminara el breve encuentro, Atahualpa, en su segundo y trágico error de apreciación, aceptó acudir a Cajamarca al día siguiente para visitar a Pizarro.

Aquella noche fue una noche ansiosa para los españoles. Contemplando las fogatas de los incas, «tan numerosas como las estrellas en el cielo» en palabras de un soldado, se dieron cuenta de que no había forma de echarse atrás. Durante toda la noche rezaron y confesaron sus pecados a sus sacerdotes.

Los dos campamentos estaban a la espera del amanecer, cada uno liderado por un guerrero veterano en busca de una legitimación personal dentro del imperio al que servía. Atahualpa deseaba sobre todo ser coronado oficialmente como rey-dios de los incas, eliminando así el desafío de su hermanastro encarcelado. Por su parte, Pizarro, de humilde origen, esperaba que convirtiéndose en gobernador de la más nueva colonia española alcanzaría finalmente prestigio y consideración. Los dos, por la mañana, se enfrentarían a un decisivo encuentro con un mundo que les era extraño. Pizarro, de todos modos, tenía una ventaja: durante años había tratado con otros pueblos en el Nuevo Mundo, y había estudiado sus fortalezas y sus debilidades. Y sus lecciones de conquista habían procedido del propio maestro cuando, en España, había escuchado a Hernán Cortés, su primo, contar la historia de cómo había arrancado México de manos de los aztecas. Atahualpa, aunque capaz de reunir a su alrededor a centenares de miles de feroces guerreros endurecidos por la batalla, no sabía nada del carácter europeo.

En aquel momento clave, Pizarro estampó decisivamente la marca de su liderazgo sobre sus fuerzas. Por tosco e insensible que pudiera ser, nadie lo acusó nunca de falta de valor. Se ha dicho que se sintió complacido por la desesperación de sus hombres, que consideró un bienvenido estímulo para la lucha que esperaba. «Haced fortalezas de vuestros corazones, porque no tenéis nada más», les dijo. Basándose en el ejemplo de Cortés, que había conquistado el poderoso imperio azteca secuestrando a su emperador, preparó una emboscada.

Mientras tanto, Atahualpa planeaba su propia estrategia militar. Durante la noche, envió a 5.000 soldados al mando de su general, Rumiñavi, a sellar la carretera al norte de Cajamarca. Su plan, dijo más tarde a los españoles, era tomar a Pizarro y a sus hombres vivos y sacrificarlos

a Inti, el dios sol, reteniendo sus caballos para la cría. Al amanecer del día siguiente, Pizarro estacionó sus fuerzas dentro de los edificios alrededor de la plaza para aguardar la llegada de Atahualpa. Cuando la mañana se convirtió en tarde, la espera se apoderó de los nervios de los soldados, enormemente superados en número. Más tarde, uno de ellos señalaría: «He oído decir que muchos de los españoles se hicieron aguas sin darse cuenta de ello de puro terror».

Finalmente, al atardecer, se acercó el cortejo imperial. Parece que Atahualpa eligió ese momento en la creencia de que los españoles eran incapaces de cabalgar en la oscuridad. Proporcionó un espectáculo magnífico e intimidante. En una litera de madera, forrada con multicolores plumas de papagayo y decorada con placas de plata y oro incrustadas con joyas, Atahualpa fue transportado por 80 servidores vestidos con túnicas azules, su insignia del honor. El monarca llevaba un collar de esmeraldas sobre una túnica tejida con hilo de oro, y sostenía un escudo de oro blasonado con una imagen del sol.

«Todos los indios llevaban discos de oro y plata como coronas sobre sus cabezas –señaló más tarde un maravillado español–. Delante iba un escuadrón de indios portando un uniforme de colores a cuadros como un tablero de ajedrez.» Los músicos tocaban flautas, tambores y trompetas de concha para acompañar a los bailarines y grupos corales que, mientras avanzaban, cantaban una canción de alabanza a Atahualpa. «Oh gran y poderoso señor, Hijo del Sol, único emperador, que toda la tierra te obedezca.» Un español recordaría que «no carecía en absoluto de gracia para quienes lo oíamos». Pero otro soldado indicó que «sonaba como las canciones del infierno».

Atahualpa había dejado el grueso de su ejército –unos 80.000 hombres– fuera de la ciudad, pero su séquito personal comprendía pese a todo más de 5.000 guerreros. Sorprendentemente, llegaron desarmados, vestidos ceremonialmente antes que militarmente. Cuando entraron en la plaza, la encontraron vacía excepto la extraña figura de un fraile dominicano vestido con sus hábitos, que llevaba una cruz en una mano y una Biblia en la otra. El consejo real en España había especificado que había que proporcionar a los paganos la posibilidad de aceptar voluntariamente el cristianismo antes de recurrir a cualquier derramamiento de sangre, y los conquistadores se mostraban ansiosos de no quebrantar la letra de la ley. Cuando el fraile expuso la fe cristiana al pensativo emperador, el traductor le transmitió que se le pedía que se convirtiera a la religión de los extranjeros. «Decís que vuestro dios fue ejecutado, pero mi dios –respondió Atahualpa, al tiempo que señalaba el sol poniente– todavía vive.»

Tomó el misal que se le tendía, y al principio mostró interés en la escritura que contenía. Comprendió que los españoles creían que era lo que los incas llamaban un *huaca*, un talismán donde residía el espíritu de los dioses. Sin embargo, puede que pareciera una insignia trivial comparada con los grandes huacas de piedra que adoraban los incas, y lo desechó arrojándolo al suelo. «Esto no me dice nada», dijo despectivamente. El fraile se volvió hacia Pizarro, y las crónicas señalan que les dijo a él y a sus hombres: «Lanzaos sobre ellos inmediatamente. Os doy toda mi absolución».

Pizarro dio la señal para el ataque. Dos cañones dispararon contra la masa de indios. Los jinetes españoles salieron a la carga desde los edificios con sus armaduras y abrieron un surco de guadaña por entre las filas de desarmados hombres. Los soldados de a pie siguieron al sonido de resonantes trompetas, atronando el aire con su grito de batalla de «Santiago», el nombre del santo que los españoles creían que les ayudaba en las batallas.

El foco del ataque era el propio Atahualpa. Sus nobles intentaron protegerle pero, no familiarizados con el filo del acero templado, muchos perdieron sus manos al golpe de las espadas mientras luchaban en vano por mantener la litera alta en el aire. Los españoles convirtieron la plaza y la llanura circundante en una carnicería, y sólo la intervención de su líder salvo a Atahualpa, cuando Pizarro rugió por encima del estrépito: «¡Que nadie hiera al indio bajo pena de muerte!». Luego arrastró a Atahualpa a un edificio, donde lo dejó bajo guardia. Mientras tanto, la masacre continuó sin tregua. En las dos horas anteriores a la llegada de la noche, 6.000 tropas indias murieron en o alrededor de Cajamarca, y ni un solo español resultó muerto. Entre los pocos que resultaron heridos estaba Pizarro, que recibió accidentalmente una ligera herida de uno de sus propios hombres mientras luchaba por tomar vivo a su real prisionero. «Esto no se logró por nuestras propias fuerzas –comentó más tarde un español–, porque éramos tan pocos. Se logró por la gracia de Dios, que es grande.»

A partir de aquel momento, los españoles fueron a todos los efectos los dueños del imperio inca, y nada volvería a ser de nuevo como antes. Los comentaristas han intentado desde entonces comprender por qué Atahualpa cometió el mortal error de entrar desarmado en Cajamarca. Quizá fue engañado por las afirmaciones de los españoles, que sólo le habían hablado de amistad y alianzas. Y cuando oyó de sus espías que los barbudos se ocultaban dentro de los edificios de la ciudad, probablemente aquello no le sugirió una emboscada sino cobardía.

Dado el abrumador número de sus tropas, al parecer Atahualpa ni siquiera tomó en consideración la posibilidad de que las insignificantes fuerzas de menos de 200 hombres de Pizarro intentaran atacarle, en medio de su enorme ejército, en el corazón mismo de su imperio. Esta falta de perspicacia hacia la mentalidad de los invasores no le proporcionó ningún indicio acerca de la confianza de Pizarro y sus hombres deri-

UNA PODEROSA FUERZA GUERRERA CON UN ARSENAL DE LA EDAD DE BRONCE

CABEZA DE MAZA

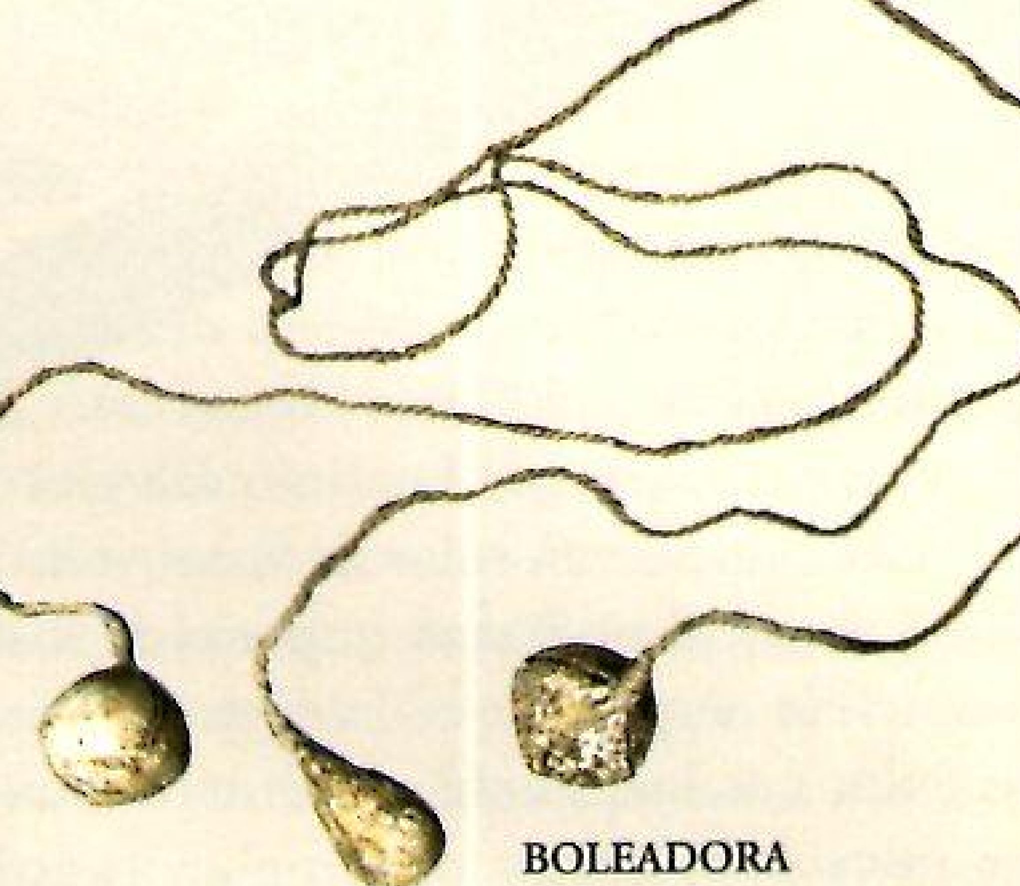
Gracias al potencial humano que podían reunir –a menudo cientos de miles de hombres– y a su impresionante arsenal de armas de corto y largo alcance, los incas poseían las fuerzas armadas más formidables de Sudamérica antes del advenimiento de los españoles.

El suyo era primariamente un ejército ciudadano. Todos los hombres capaces con edades comprendidas entre los 25 y los 50 años podían ser reclutados durante hasta cinco años. Cada provincia proporcionaba tanto tropas como oficiales. En la parte inferior de la jerarquía, cada 10 guerreros formaban un grupo, mandado por un líder responsable de los suministros y la disciplina. El siguiente nivel de mando era de cinco de tales grupos, y dos unidades de estos grupos de cinco eran situadas bajo el dictado de un oficial de graduación aún más alta. El liderazgo ascendía así en pirámide hasta el comandante en jefe, el Sapa Inca.

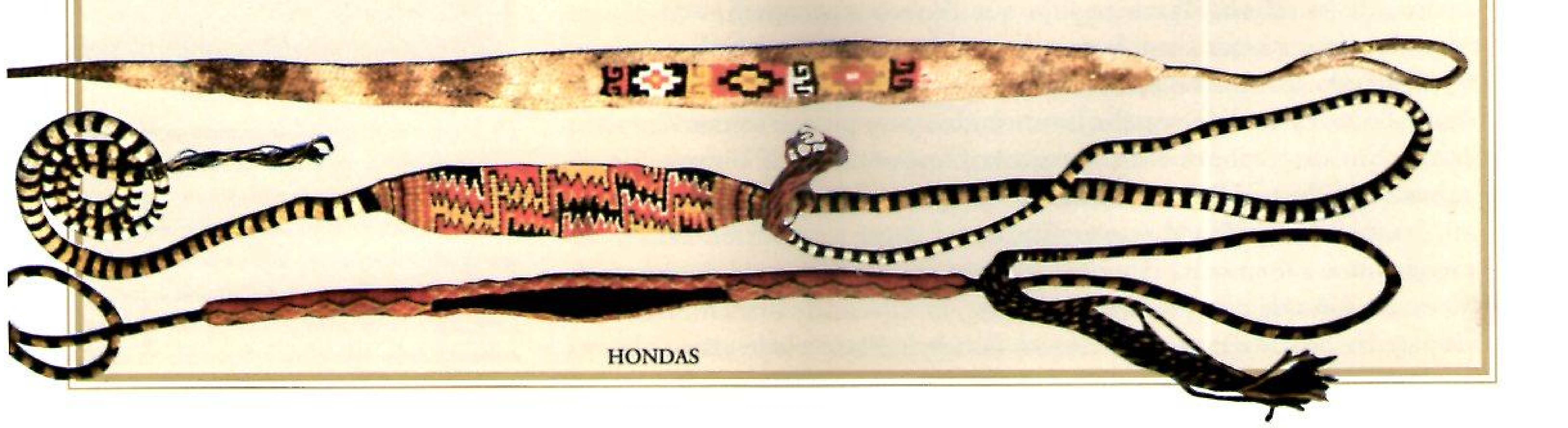
Esta fuerza altamente organizada estaba respaldada por un sistema de comunicaciones y suministros eficiente. Los incas podían trasladar a sus soldados a lo largo de miles de kilómetros de carreteras, salpicadas con almacenes llenos de comida, ropas y toda una variedad de armas de bronce. De estas armas, la honda, o *huaraca (abajo)*, era a menudo la que se empleaba primero, puesto que la lucha solía empezar a distancia. El soldado deslizaba una piedra del tamaño de un huevo a la parte central de tela. Tras hacer girar el cinturón por encima de su cabeza, soltaba un extremo, propulsando el proyectil hacia un oponente que podía estar hasta a 30 metros de distancia.

MAZA CON HACHA

Una vez más cerca, el guerrero utilizaba una jabalina. Y en el combate mano a mano, podía hacer girar una cuerda, en cuyo extremo había atada una maza de cobre con púas *(arriba a la izquierda)* que estrellaba contra el cráneo de su enemigo. Alternativamente, los guerreros empleaban mazas en forma de estrella, con cabezas de cobre, bronce o piedra atadas a mangos de madera, a veces con una hoja de hacha unida a ellas *(centro)*.


BOLEADORA

Cuando los españoles invadieron los Andes, sus caballos, espadas y armas de fuego ofrecieron nuevos blancos. Adaptando sus tácticas, los incas confiaron más intensamente en las boleadoras *(arriba a la derecha)*, tres piedras unidas a tiras de tendones de llama. El artilugio era hecho girar en el aire y luego lanzado hacia el enemigo. Se enredaba en sus patas, y derribaba al suelo a monturas y hombres.


HONDAS



vada de su sensación de superioridad hacia todos los pueblos del Nuevo Mundo, a los que veían sólo como salvajes paganos. Extrajeron valor de la convicción de que Dios, y el poderoso imperio de Carlos V, y el imparable empuje de la civilización europea, estaban de su lado. Los incas habían exhibido una fe similar en su destino, pero la epidemia de viruela y la guerra civil habían conseguido que se tambaleara.

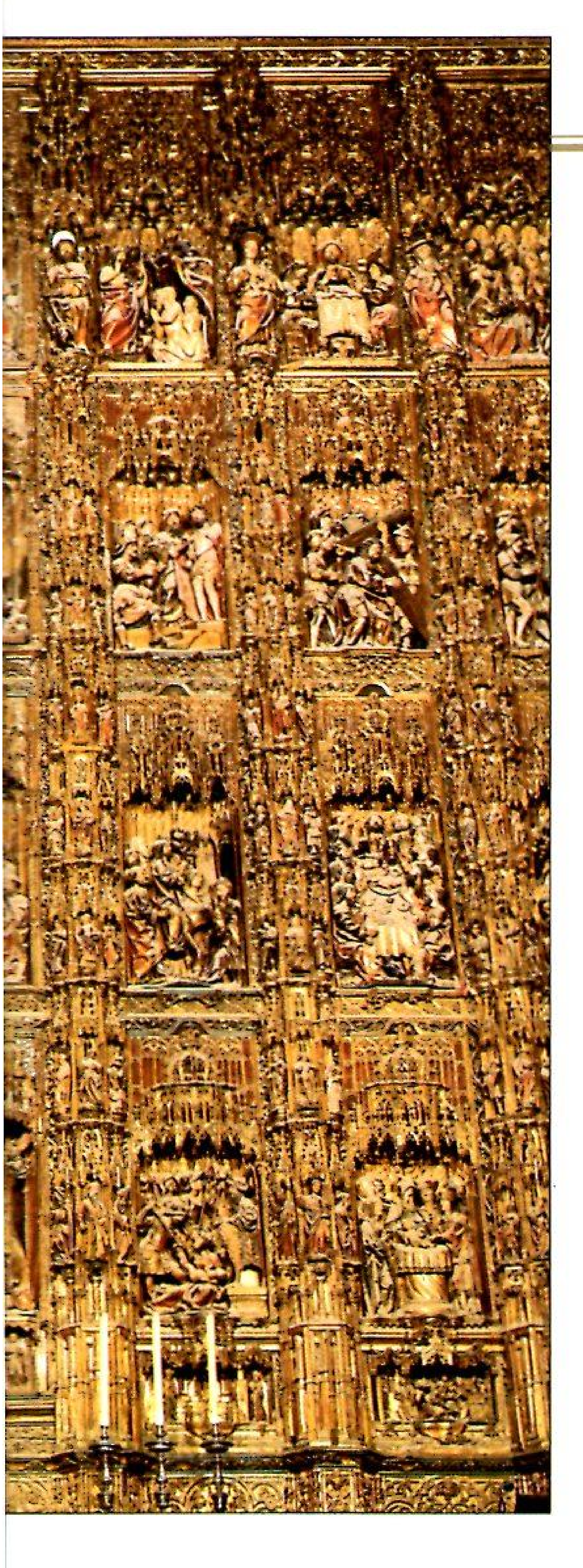
Al saber de la captura de Atahualpa y la masacre de tantas de sus tropas, el general al mando, Rumiñavi, huyó con sus hombres al norte, a Quito. Los otros dos generales veteranos estaban en Cuzco. El propio Atahualpa estaba ansioso por mantener sus fuerzas a distancia, temeroso de que los españoles lo mataran si eran atacados por los incas.

Mientras permaneció en cautividad, se permitió a Atahualpa mantener la dignidad de un rey. Sus mujeres y sirvientes vivían en los estrechamente vigilados aposentos que le habían sido asignados, y su pueblo podía acudir todavía a él para recibir sus órdenes, que eran escrupulosamente obedecidas. En consecuencia, sabía todo lo que ocurría en su imperio y podía transmitir a sus oficiales, cuando quería, instrucciones secretas. En el espacio de 20 días, aprendió a hablar español y también a leer un poco, un logro que lo situaba mucho más allá del analfabeto Pizarro.

Tras observar perspicazmente el brillo que el oro hacía nacer en los ojos de los barbudos, Atahualpa resolvió comprarlos con la promesa del rescate más espectacular de la historia. Acordó llenar la habitación en la que era retenido –una cámara de casi 7 metros de largo por algo más de 5 de ancho– con oro, apilado hasta donde pudiera llegar con la mano por encima de su cabeza. También dijo que llenaría una cabaña «de dos veces estas dimensiones con plata».

Cuando los españoles oyeron por primera vez la notable oferta de Atahualpa creyeron que estaba bromeando, pero pronto se convencieron de que sus intenciones eran genuinas. Después de que Pizarro hiciera redactar un documento legal con esta proposición, se sentaron a esperar mientras les era traído el tesoro. Empezó a llegar a lomos de llamas: vasos, jarrones y finamente labrados adornos, entre ellos un ídolo del tamaño de un niño de cuatro años, así como 700 placas de oro arrancadas de las paredes de los templos de Cuzco, donde habían estado montadas sobre la piedra. Todo aquello fue arrojado de cualquier manera, junto con

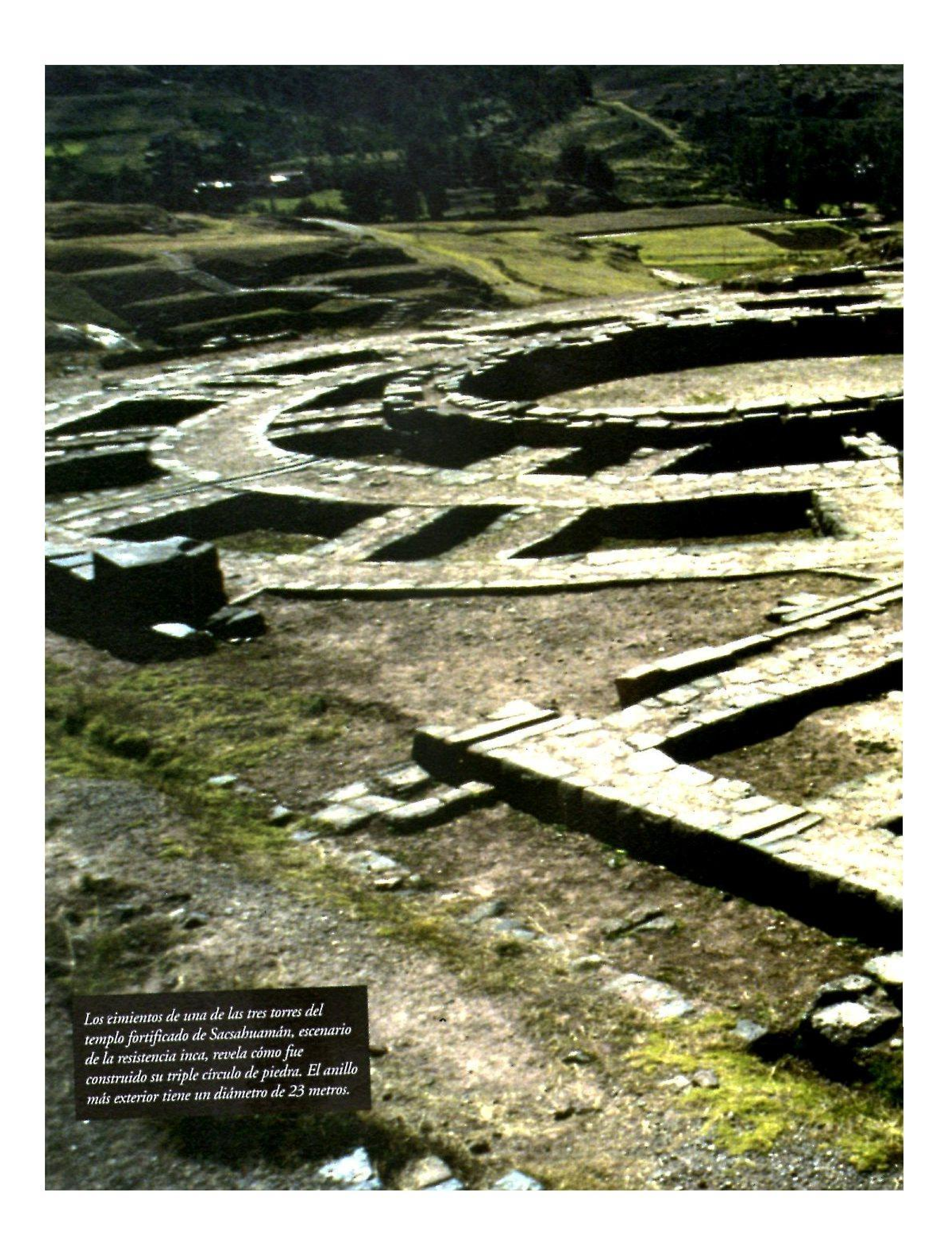
De la enorme cantidad de preciosa orfebrería elaborada por el imperio inca, sólo quedan unas pocas piezas, como esta escultura de oro de 25 centímetros de largo de siete aves marinas, que aparece arriba a la izquierda. Casi toda fue fundida en lingotes y embarcada a España para pagar su creciente deuda, y para elaborar extravagancias tales como este retablo revestido con pan de oro de la catedral de Sevilla.



modelos delicadamente trabajados de plantas y animales, incluso una fuente de la que brotaba un chorro sólido de oro con pájaros y animales de oro jugando en la taza de abajo. Un observador informó haber visto llegar 200 cargas de oro procedentes de Cuzco, cada una en una litera llevada por cuatro porteadores, mientras que una de las literas iba tan cargada con el precioso metal que tenían que sostenerla 12 personas.

Pese a cumplir con su oferta, Atahualpa había firmado su sentencia de muerte, de nuevo por un error de cálculo hacia sus adversarios. Para los incas, el oro tenía muy poco valor intrínseco. Lo llamaban el «sudor del sol» (la plata era las «lágrimas de la luna»), y veían el resplandeciente metal tan sólo como algo estéticamente agradable y venerado que podía ser modelado en hermosos objetos o estatuas de dioses para adornar sus lugares santos. Respetaban el trabajo y depositaban mucho más valor en sus extraordinarios tejidos, puesto que cada tela representaba miles de horas pasadas ante el telar. Estas telas, más que los lingotes, eran la auténtica moneda del imperio. En consecuencia, resulta muy poco probable que Atahualpa llegara a comprender la profundidad del ansia de oro europea. Al dictar órdenes de vaciar Cuzco de sus tesoros, poco imaginaba que nada que no fuera toda la riqueza del imperio satisfaría a los españoles. La principal preocupación de Atahualpa era que el cautivo Huáscar pudiera ofrecer a los barbudos una cantidad de oro aún mayor que la suya para comprar su propia libertad. Así que envió órdenes secretas a sus generales de que mataran a su hermanastro, que pereció junto con su esposa y su madre; sus cuerpos, se dice, fueron despedazados.

El último acto de la tragedia de Atahualpa tuvo lugar antes de que los españoles abandonaran Cajamarca. La noticia de las riquezas del imperio se había filtrado hasta fuera del país, atrayendo a nuevos recién llegados en busca de su parte del botín. Pero, para salvaguardar el tesoro para sí mismos, Pizarro y sus seguidores habían acordado que el rescate fuera dividido entre ellos como precio por su valor, con la parte del león para los hombres que habían estado presentes en la captura de Atahualpa. Sólo el oro, una vez fundido, alcanzó los 6.000 kilos, y la plata aún pesó más, casi 12.000. Puesto que todo botín del que se apoderaran mientras Atahualpa todavía seguía con vida podía ser considerado como parte del rescate, los recién llegados se mostraron ansiosos por acabar con él a fin de poder echar mano a su parte de futuros pillajes. Difundieron el rumor de que Atahualpa estaba planeando un asalto del ejército inca para rescatarle, lo cual instiló el temor en los corazones de los españoles, que se sabían enormemente superados en número. Atahualpa, dándose cuenta de que se estaba gestando un plan, se reconcilió con la muerte y derivó su atención hacia un objetivo más noble, la inmortalidad. La versión cristiana no tenía ningún significado para él, pero dentro de su propia religión el Sapa Inca tenía garantizada la vida eterna si su cuerpo era ade-



Los cimientos de una de las tres torres del templo fortificado de Sacsahuamán, escenario de la resistencia inca, revela cómo fue construido su triple círculo de piedra. El anillo más exterior tiene un diámetro de 23 metros.



OBSESIONANTES RUINAS DE LA DERROTA INCA

En un intento por recuperar el control de su destino, unos 100.000 incas asediaron a 190 españoles y sus partidarios dentro de Cuzco en 1536. Como parte de su estrategia, arrojaron piedras al rojo vivo a los techos de paja de la ciudad, prendiéndoles fuego y casi asfixiando al enemigo. Atrapados, muchos de los desesperados españoles pidieron a sus líderes abandonar la ciudad, pero se tomó la decisión de presentar batalla.

Los ataques incas contra Cuzco procedieron principalmente del enorme templo fortificado en las colinas de Sacsahuamán *(izquierda)*. Los españoles lanzaron una carga de caballería de 50 caballos contra la fortaleza, resistiendo lluvias de jabalinas y proyectiles de piedra lanzados con hondas. A última hora de la tarde, Juan Pizarro, hermano de Francisco y líder del asalto, recibió un golpe mortal. Al día siguiente, el gobernante inca, Manco Inca, envió 5.000 refuerzos. Los españoles recurrieron entonces a la táctica europea del asedio, escalando las murallas y finalmente empujando a los defensores al interior de las torres de la fortaleza. Las provisiones se hicieron escasas. De todos modos, la resistencia prosiguió durante varios días más. Aunque los españoles habían ganado Sacsahuamán, los indios al mando de Manco mantuvieron su propio sitio de la ciudad, que siguió durante un año. Quizá debido a la llegada de refuerzos españoles o a la pérdida de voluntad por falta de sus hombres, Manco se retiró a las zonas salvajes al noroeste de Cuzco para organizar la resistencia desde allí. Pero el destino de los incas ya había quedado sellado.

cuadamente momificado, y a este fin dirigió Atahualpa sus últimos esfuerzos.

Pizarro intentó evitar que sus hombres emprendieran alguna acción apresurada contra el prisionero, pero finalmente consiguieron infundirle el pánico suficiente como para aceptar la ejecución del Inca. Las crónicas de la época señalan que no hubo más juicio que una reunión del consejo de Pizarro, que llegó al acuerdo de que Atahualpa tenía que ser quemado vivo. Éste se echó a llorar cuando le fue comunicado su destino, porque la destrucción de su cuerpo le negaría la inmortalidad. «¿Qué hemos hecho yo o mis hijos para merecer este destino?», le preguntó a Pizarro.

Atado a la estaca, escuchó mientras un fraile hacía un último esfuerzo de conversión. Dándose cuenta de que, si era bautizado, sería agarrotado en vez de quemado, aceptó los ritos, suponiendo que su cuerpo sería entregado a su pueblo para la momificación. En una última traición, tras estrangularle en el garrote, los españoles quemaron parte de su cuerpo y ropas. Luego lo enterraron, como gruñó alguien, «con tanta pompa como si hubiera sido el español más importante de nuestro campamento».

Pese a todas sus suspicacias sobre Atahualpa, Pizarro no estaba ciego a las ventajas de tener un gobernante nativo bajo control español como una forma de asegurarse la obediencia de la gente del extenso imperio. Su elección, Manco Inca, un hijo superviviente de Huayna Cápac, que había apoyado a Huáscar contra Atahualpa, era popular entre la gente de Cuzco, la fortaleza de la facción Huáscar. De todos modos, los residentes de Cuzco no corrieron riesgos; antes de que los españoles entraran en su ciudad, tomaron mucho cuidado de ocultar no su oro sino su más preciosa posesión, las momias de los anteriores emperadores. Cuando llegaron los hombres de Pizarro, muchos les dieron la bienvenida como los restablecedores de la línea Inca legítima.

Pronto vieron los incas lo equivocados que habían estado. Ellos, cuando conquistaban algunos pueblos vecinos, permitían normalmente que los jefes locales retuvieran su dignidad además de sus títulos en tanto que aceptaran gobernar junto con los gobernantes incas. Pero los conquistadores demostraron ser mucho menos generosos. Abusaron de Manco y no mostraron ninguna consideración hacia las costumbres incas. Lo peor llegó cuando Pizarro abandonó Cuzco para fundar en la costa una nueva capital, Lima. Dejó a su hermano menor, Gonzalo, a cargo de las cosas, con otro hermano, Juan, para que le ayudara. Gonzalo

En un feroz desafío a sus conquistadores, unos guerreros incas armados tradicionalmente luchan aquí contra los soldados españoles. La resistencia inca, reflejada en este kero de madera del Perú de la posconquista, prosiguió desde 1532 hasta 1572, cuando el virrey Toledo apeló al uso «del fuego y de la sangre» contra la última fortaleza del imperio inca, Vilcabamba.

trató a Manco con no disimulado desdén, hasta el punto de raptar y violar a su esposa favorita.

Ante los informes de las atrocidades españolas que le llegaban desde todas partes del imperio, el hasta entonces sumiso Manco se negó a seguir obedeciendo. Intentó escapar de Cuzco, pero fue capturado y traído de vuelta encadenado. Encarcelado, fue sometido a más humillaciones por sus captores que, afirmó más tarde, orinaron sobre él y le quemaron las pestañas con velas. A partir de entonces ya no hubo ninguna posibilidad de entendimiento con los españoles.

Poco después de que Gonzalo partiera en una misión de represalia por el asesinato de varios de sus compatriotas, Manco persuadió a Hernando Pizarro, otro de los hermanos de Francisco, que había llegado recientemente a Cuzco procedente de España, de que lo liberara a fin de poder acudir a rezar a un santuario donde había una efigie de oro de su padre. Dijo que deseaba presentar la estatua a Hernando como un regalo, y al parecer el español le creyó. Una vez fuera de Cuzco, Manco llamó a su pueblo a la revuelta. Finalmente tenían un campeón que les liderara contra los invasores, y acudieron en número de decenas de miles a unirse a él. En un momento de triunfo que confirmó el genio organizativo inca, se reclutaron, alimentaron y transportaron guerreros hasta las afueras de Cuzco sin alertar a los españoles de sus movimientos. Las alarmantes noticias llegaron a Francisco Pizarro en su nueva ciudad: Cuzco estaba bajo asedio.

El asedio iba a durar casi un año, durante el cual la capital inca se encontró a todos los efectos aislada del resto del país. Una feroz batalla de dos semanas por el control del templo de Sacsahuamán, que era casi una fortaleza, fue ganada por los españoles. Durante el asedio, colaboradores indios en y alrededor de Cuzco pasaron de contrabando comida a los españoles. Esos traidores incluían a algunos de los propios familiares de Manco que, como otros, temían las represalias por su anterior apoyo a los europeos si Manco se alzaba con la victoria. El sitio fracasó cuando llegaron los refuerzos españoles. Los seguidores de Manco vieron que su mejor oportunidad había desaparecido, y la mayoría huyeron.

Los resultados de la conquista para los pueblos del imperio inca fueron realmente terribles. El shock de la derrota fue más de lo que podían soportar, y muchos perdieron su voluntad de vivir a medida que el imperio se deterioraba a su alrededor. Las estimaciones sugieren que la población de Tahuantinsuyu pudo verse reducida en tres cuartas partes en medio siglo tras la llegada de los españoles, de quizá siete millones a unos 500.000. Sobre aquellos que no sucumbieron a la viruela y al sarampión, que también había sido introducido por los europeos, los trabajos forzados se cobraron su cuota. Los habitantes de la costa expiraban de agotamiento y frío cuando se les obligaba a transportar pesadas

cargas a las altas montañas, y otros murieron trabajando en las minas de oro y plata.

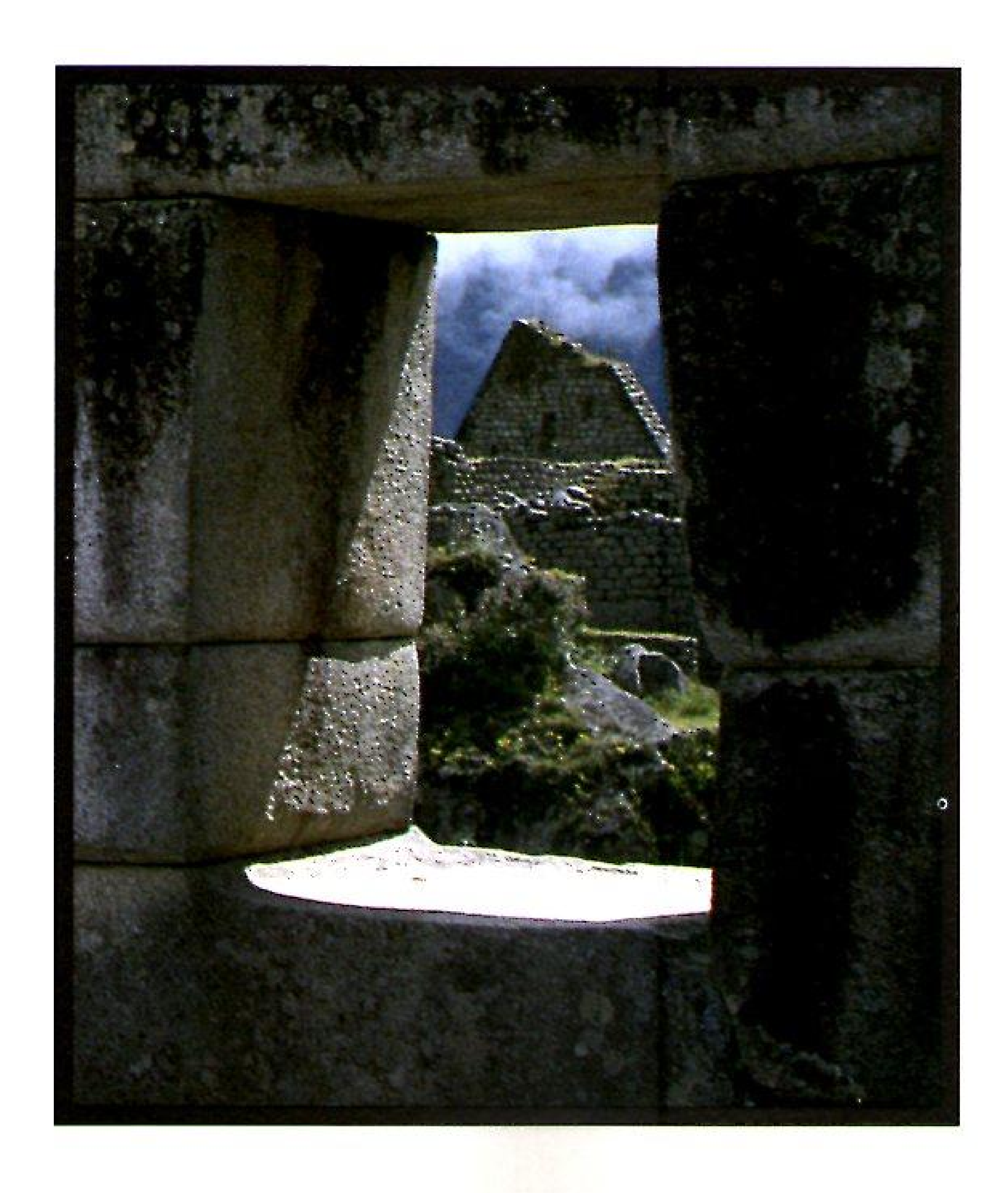
Todos los aspectos de la cultura nativa se vieron sometidos al ataque de los europeos. Los palacios fueron profanados, y los templos del sol destruidos. Las momias reales fueron halladas y quemadas. La mayoría de las obras maestras de los orfebres y plateros incas fueron transformadas en lingotes. Algunos de los más hermosos objetos se enviaron a Europa como presentes para Carlos V. Allá fueron expuestos en Sevilla, ante la maravillada sorpresa de todos aquellos que los vieron. Luego, en un egregio acto de vandalismo, el emperador, corto de efectivo para sus campañas militares, ordenó que fueran fundidos.

Un remanente de los incas prefirió seguir la lucha. Tras el fracaso del asedio de Cuzco, Manco condujo a 20.000 partidarios a una remota zona de la jungla. Allá, él y sus seguidores crearon, en poco tiempo, la ciudad que buscaría Bingham. Formada por 60 edificios monumentales de piedra y 300 más pequeños, y entrecruzada por caminos y canales, Vilcabamba se extendía más de cinco kilómetros cuadrados. Los incas reinarían allí durante otras tres décadas y media. Desde su fortaleza en los bosques, golpearían ocasionalmente a los conquistadores del imperio, librando una guerra de guerrillas contra los puestos de avanzada españoles. Tras la muerte de Manco, tres de sus hijos, en sucesión, gobernaron en Vilcabamba.

En 1572, los españoles decidieron eliminar aquel último vestigio de hegemonía nativa. Al llegar a Vilcabamba, la hallaron casi desierta; los nativos habían prendido fuego a la ciudad para negársela a sus vencedores antes de huir. Pero los españoles prosiguieron su persecución hasta las profundidades de la jungla, y allí el último líder inca, Túpac Amaru, cayó en sus manos. Fue llevado de vuelta a Cuzco, sometido a un remedo de juicio, y decapitado en la plaza de la ciudad. Con él terminó la dinastía Inca.

El silencio cayó sobre Vilcabamba. La jungla regresó, ocultando los templos y palacios de la ciudad bajo una capa de vegetación, y el único indicio de su ocupación pasada quedó sólo en el nombre que los campesinos de habla española dieron más tarde a la zona del valle, Espíritu Pampa, la llanura de los espíritus. Desde el viaje de Hiram Bingham de 1911, arqueólogos y exploradores han regresado a Vilcabamba varias veces, invasores pacíficos en busca de arrancar los últimos secretos de los incas del abrazo de la vegetación. Mucho se ha descubierto, pero nadie puede decir todavía que la ocultadora jungla haya cedido todos los secretos de la ciudad, o que la historia de los últimos días de los incas haya sido contada en su totalidad.

MACHU PICCHU REVELADO



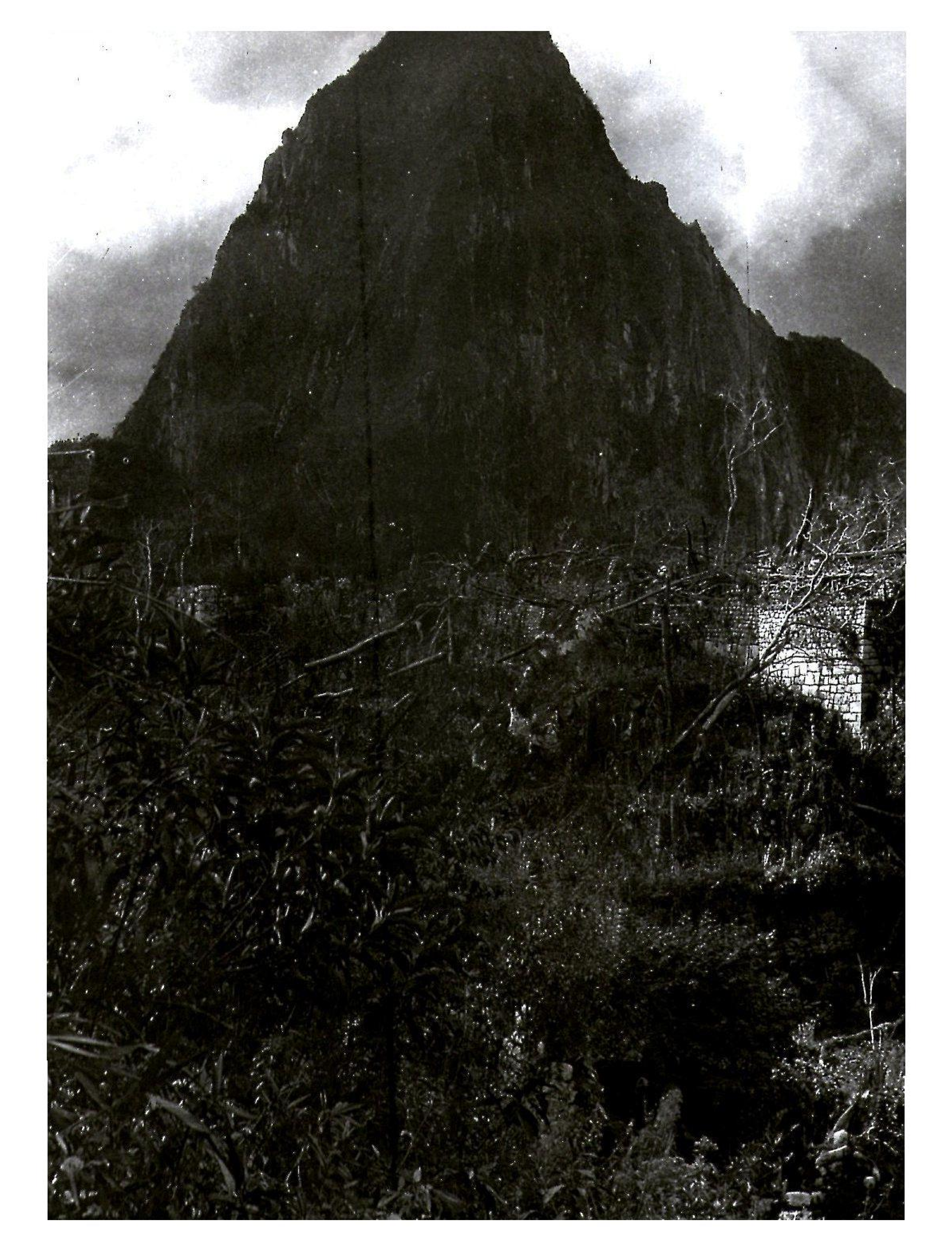
Hay algo oculto! –escribió Rudyard Kipling–. ¡Id y encontradlo! Id y mirad detrás de las sierras..., algo perdido detrás de las sierras. Perdido y aguardándoos. ¡Id!» E Hiram Bingham, el explorador norteamericano, acudió, inspirado por los versos del poeta inglés, en busca de las maravillas ocultas de Perú. Sus descubrimientos fueron numerosos, pero ninguno atrajo más la imaginación del mundo que su descubrimiento de Machu Picchu.

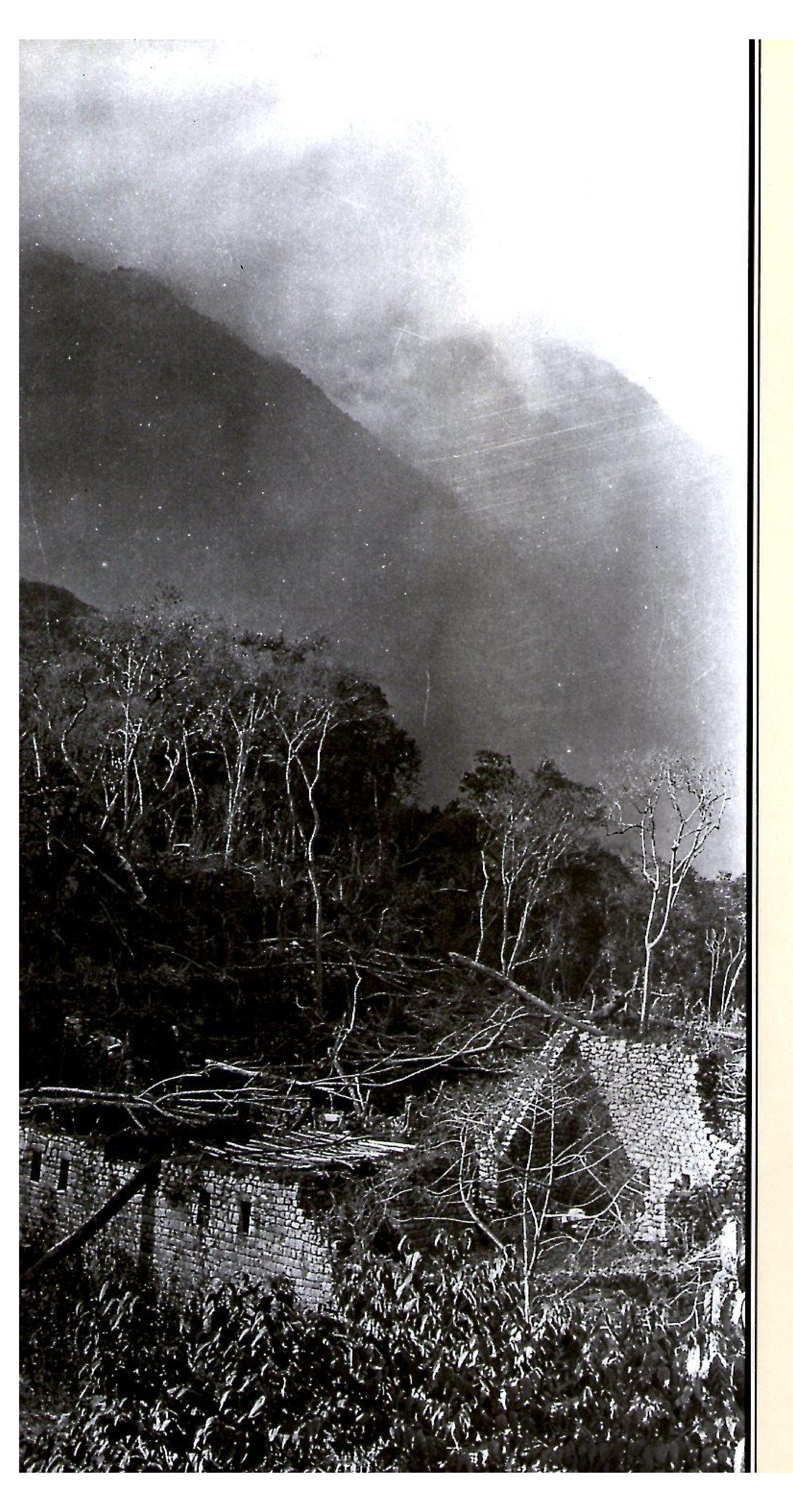
Abundan las teorías del pasado de Machu Picchu. El propio Bingham afirmó ardientemente –aunque erróneamente– que el asentamiento en la cima de la montaña era Tambo-toco, el mítico lugar de nacimiento del primer inca, así como Vilcabamba, la última fortaleza de los incas.

Aunque su protegido emplazamiento sugiere una ciudadela, Machu Picchu carece de defensas serias construidas por el hombre. De hecho, la calidad de la sillería y el número de edificios de significado religioso condujo a los estudiosos a llegar a la conclusión de que la ciudad fue erigida como un retiro sagrado por el gran emperador Pachacuti un siglo antes de la conquista.

Apenas lo suficientemente grande para ser una ciudad, Machu Picchu contiene menos de 200 edificios –templos, residencias, estructuras para el almacenaje y otros usos públicos–, la mayoría construidos con piedras bien talladas y encajadas entre sí. Se cree que hasta 1.200 residentes pudieron vivir aquí y en la zona circundante, adorando al dios sol, Inti, y cultivando las terrazas agrícolas.

Hasta que Hiram Bingham caminó maravillado por entre las ruinas cubiertas de vegetación el 24 de julio de 1911, acompañado por una escolta nombrada por el gobierno y un muchacho del lugar, pocos extranjeros habían puesto el pie en Machu Picchu desde su misteriosa deserción, en algún momento después de 1532, y antes de que los españoles iniciaran su empuje tierra adentro. Las fotografías que Bingham tomó aquel día, la base de este ensayo, muestran un abandono de siglos. En ellas, Machu Picchu no parece muy distinto de un castillo de cuento de hadas durmiendo el sueño de los años, intocado en su capullo de zarzas. Ahora limpiadas y excavadas, las ruinas presentan un espectáculo muy distinto, pero no por ello menos imponente.





LA CIUDAD OCULTA EN LAS NUBES

Inaccesible y no cartografiada, Machu Picchu no fue sin embargo nunca una ciudad perdida en el auténtico sentido del término, aunque Hiram Bingham merece el crédito de su descubrimiento. De hecho, cuando llegó al lugar, halló granjeros que habían tomado residencia en el lugar, «libres de visitantes indeseables, funcionarios buscando "voluntarios" para el ejército o recaudando impuestos», según le confiaron. Además, unos cuantos visitantes habían pasado antes por allí, dejando sus nombres escritos con carbón en los muros de granito.

Los ennegrecidos troncos de árboles a la izquierda en la fotografía de Bingham indican dónde los granjeros habían quemado una parte de la jungla para limpiar algunas de las terrazas, que describieron como adecuadas para cultivar maíz, patatas, caña de azúcar, judías, pimientos, tamarillos y grosellas silvestres. La exuberancia del follaje salvaje presentó un frustrante desafío para Bingham y los primeros excavadores que intentaron limpiar el lugar. Retirar los *graffiti* del fino granito requirió también días de trabajo extra, una irritante pérdida de precioso tiempo para Bingham, exacerbada por la ironía de que las autoridades peruanas habían advertido a su equipo de que no «desfigurara o mutilara» las ruinas en ningún sentido.

El mayestático Huayna Picchu se alza detrás de un grupo de estructuras que miran a través del enmarañado follaje en el extremo oriental de la ciudad mirando hacia el oeste. La fotografía de 1911 de Hiram Bingham –en realidad dos de sus fotografías unidas– es la primera vista de Machu Picchu jamás captada sobre película.



UNA RECIA TORRE PARA ADORAR AL SOL

En el extremo sureste de Machu Picchu, los albañiles incas erigieron dos imponentes estructuras, una torre semicircular y un edificio adyacente a varios niveles, considerados ambos por Bingham como la «obra de un artista maestro». El parecido de la torre a una sección curvada del Templo del Sol en Cuzco le indujo a adjudicarle el mismo nombre a su hallazgo.

Puesto que la torre y sus edificios asociados evocan una fortaleza medieval, los peruanos apodaron más tarde el complejo con el nombre de El Torreón, pero su finalidad era ciertamente religiosa, como captó Bingham. La torre fue construida alrededor de una pieza de roca natural erguida tallada para servir de altar. Debajo de la torre, fuera de la vista tanto en la foto de Bingham a la izquierda como en la reciente instantánea de la zona *(abajo)* hay una gruta *(pág. 75)* que Bingham creyó que pudo albergar las momias de los emperadores incas, aunque los estudiosos creen ahora que es más probable que su función fuera la de cámara ritual. El edificio en primer plano en las dos fotografías cautivó a Bingham con sus paredes de granito perfectamente encajadas sin ningún mortero; desde su punto de vista, su construcción era «el más espléndido trabajo en piedra de todo el mundo». Teorizó que las *mamaconas* –hermosas «mujeres elegidas» sagradas que tejían atuendos, preparaban comidas y destilaban la alcohólica *chicha* para sacerdotes y nobleza– eran quienes residían en aquel complejo del templo.

«Un efecto maravilloso, mas suave y más agradable que el de los templos de mármol del Viejo Mundo», escribió Bingham de la pared de granito en esta fotografía de la izquierda. Parte de la llamada Casa de la Princesa, la pared se une a El Torreón (al fondo), *la estructura semicircular a la que llamó reverentemente el Templo del Sol.*



Hoy excavado, el complejo exhibe la belleza y la precisión que poseyó hace más de cuatro siglos. Una escalera frente a la Casa de la Princesa conduce a la torre, desde donde una ventana trapezoidal ofrece una vista del valle de abajo. La abertura pudo ser muy bien usada por los sacerdotes para observar el paso del sol en la época del solsticio de invierno.

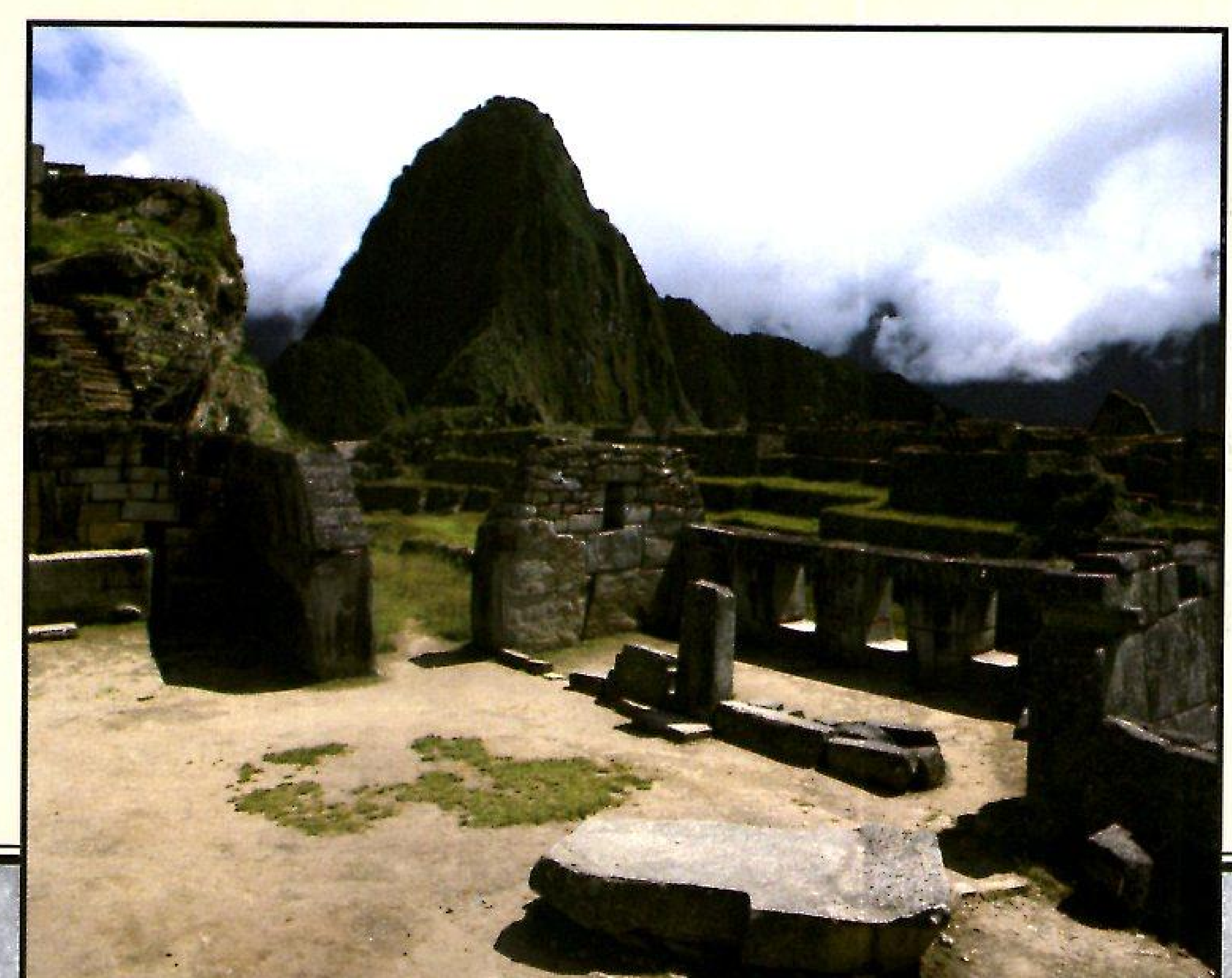
LA PLAZA SAGRADA Y SUS MARAVILLAS

«La sorpresa sucedía a la sorpresa en abrumadora sucesión», se maravilló Bingham al observar la Plaza Sagrada, que se cree que fue el centro religioso de Machu Picchu. En el lado norte de un claro se alzaba un edificio de tres lados de granito blanco que «contenía bloques de tamaño ciclópeo, más altos que un hombre». Extendido desde la pared occidental del templo, un pequeño recinto llamado la Cámara Ornamental ofrecía un vívido testimonio de la brillantez de los trabajadores de la piedra: Dos de los enormes bloques de sus cimientos están tallados con 32 esquinas en tres dimensiones cada uno, que encajan perfectamente con las piedras adyacentes. «La visión me dejó abrumado», exclamó Bingham.

Quizás el más provocativo de los edificios de Machu Picchu sea el templo de tres lados en el borde oriental de la plaza, que presenta un trío de amplias ventanas trapezoidales abiertas al sol naciente, flanqueadas por ventanas ciegas del mismo tamaño que pudieron servir como nichos. Según una crónica nativa, el primer emperador inca ordenó la construcción de un templo en su lugar de nacimiento de Tambo-toco, con tres ventanas que simbolizaran cuevas, «el hogar de los padres de los que descendía». Bingham pensó que aquél podía ser el lugar. Desgraciadamente, la incitante especulación se derrumbó ante la evidencia de que el estilo arquitectónico de Machu Picchu es inca posterior.



En una vista moderna, el Templo de las Tres Ventanas ha sido parcialmente restaurado para reflejar su en su tiempo prístina gloria. La piedra aislada en el centro del lado abierto ayudaba probablemente a sostener un techo. La losa de granito en primer término pudo ser una piedra sagrada, o simplemente parte de un muro derrumbado. A la izquierda del Templo de las Tres Ventanas es visible una porción del templo principal de la ciudad.



En la creencia de que las figuras humanas añadían interés a la escala de sus fotografías, Bingham situó a su escolta, el sargento Carrasco, sobre el masivo Templo de las Tres Ventanas (abajo). *Trabajó meticulosamente, utilizando velocidades de obturación lentas para conseguir imágenes nítidas llenas de diminutos detalles.*

LUGAR DE AMARRE DEL SOL

Serpenteando lejos de la Plaza Sagrada y ascendiendo por una afloramiento aterrazado de granito, una larga escalera conduce en una espectacular ascensión hasta una piedra poligonal tallada en la cima, el *intihuatana* o «lugar de amarre del sol», en su colorista traducción. (*Inti* significa sol; *huata* amarrar). Allá, supuso Bingham, pudieron los incas amarrar hipotéticamente al sol para impedir que se alejara en el solsticio de invierno. «Los sacerdotes –escribió–, capaces, el veintiuno o el veintidós de junio, de detener su viaje y atarlo a un pilar de piedra en uno de sus templos, eran vistos con veneración.»

La elegante piedra, esculpida de la misma montaña, pudo servir como observatorio solar, permitiendo a los sacerdotes determinar los mejores momentos para sembrar y cosechar observando la desaparición de su sombra en los equinoccios de primavera y otoño. En estas ocasiones, los sacerdotes debieron de sembrar la piedra con grandes cantidades de flores y hierbas. En particular durante los Inti Raymi –los magníficos festivales del sol celebrados en junio y diciembre–, los residentes de Machu Picchu se reunían probablemente en el intihuatana para varios días de armoniosos cantos, rituales de efigies y plegarias.





Con su casi metro ochenta por encima del suelo, el monumental intihuatana *–tallado del lecho mismo de granito– es el monumento inca más alto de este tipo que todavía existe. Al parecer el escultor inca retiró tan sólo aquellas porciones de la piedra que no poseían* huaca, *o aspecto sagrado.*

Rodeado por la jungla, el escolta de Bingham, el sargento Carrasco, apoya su mano sobre la piedra llamada intihuatana, *usada muy probablemente por los incas para adorar al dios sol, Inti. A su lado aparece el anónimo hijo del granjero que guió a Bingham y a Carrasco hasta las ruinas.*

Extendida sobre la dorsal andina, las excavadas terrazas y los edificios de granito de Machu Picchu parecen una «sábana a cuadros arrojada sobre una gran roca», en palabras del historiador del arte de la Universidad de Yale George Kubler. La belleza de la ciudad reside en su notable integración de arquitectura y entorno.







2

UN IMPERIO ERIGIDO POR UN HOMBRE LLAMADO SACUDETIERRAS

Hallada junto al cuerpo de un muchacho que probablemente fue sacrificado al dios sol, esta figurilla de plata vestida con plumas de papagayo y lujosa lana de vicuña puede que represente una deidad cuya misión era escoltar al niño al otro mundo.

Aprovechando una agradable tarde de domingo de mayo de 1950, casi un tercio de los residentes de Cuzco, unas 15.000 personas, se reunieron en las afueras de la ciudad peruana para un partido de fútbol. Otros habían ido a la iglesia, o estaban paseando por las adoquinadas calles, cuando, en un repentino y lacerante estremecimiento, un terremoto rasgó la ciudad, derribando edificios y dejando a 83 personas muertas bajo los restos. Aunque el cataclismo sacudió la ciudad durante sólo unos segundos, sus temblores políticos siguieron dejándose sentir a través de la estructura social de Cuzco durante seis años mientras eran desalojados los 400 años de dominación del pasado indio por parte de la cultura española.

Muchos de los edificios erigidos por los españoles sobre las ruinas de la capital india se derrumbaron bajo el impacto del terremoto, y las viejas y estrellas calles quedaron sembradas con bloques de granito que, para un testigo presencial, se parecían más que ninguna otra cosa a «grandes dados negros». Como en anteriores terremotos, sin embargo, la mayoría de los más antiguos cimientos de piedra de Cuzco resistieron los feroces golpes sísmicos. Se trataba de las espléndidamente elaboradas paredes que los incas habían erigido tan meticulosamente sin la ayuda de mortero alguno, cinco siglos antes, a la hora de crear lo que el conquistador Pedro Sancho admitió que era una ciudad «tan grande y tan hermosa que sería notable incluso en España».

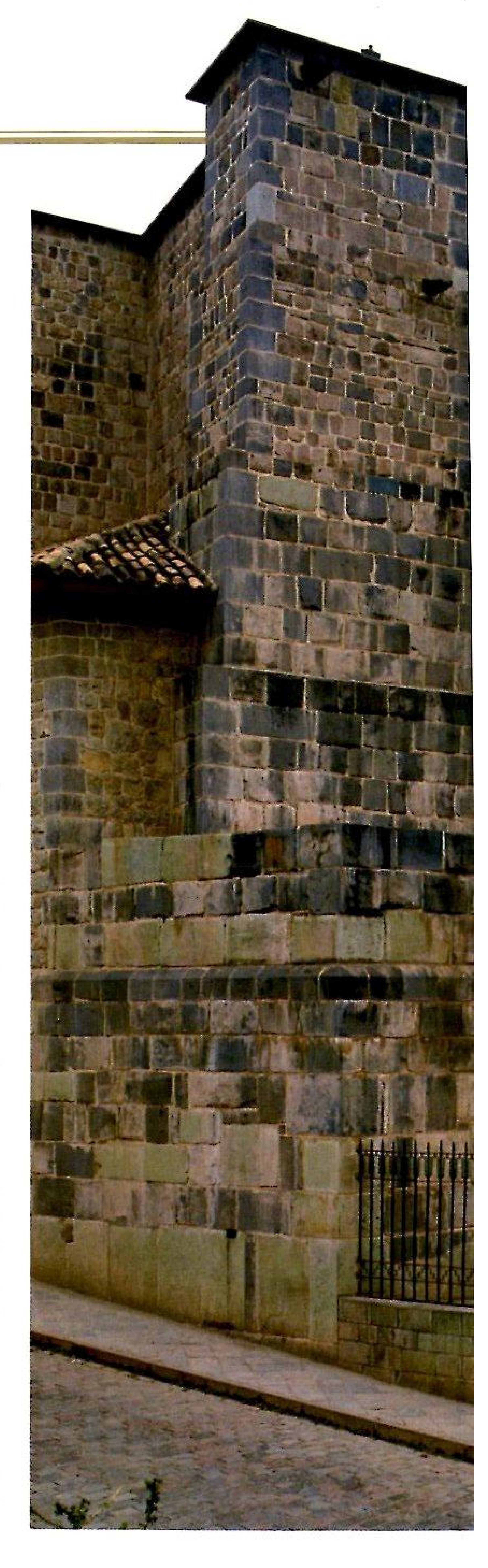
Cerca del centro de Cuzco, bajo los escombros de la iglesia del siglo XVI de Santo Domingo y una parte de su monasterio, un magnífico muro de contención curvo de 6 metros de alto de andesita gris oscura permanecía intacto, lo mismo que toda la demás sillería inca del complejo. Y para deleite y maravilla de muchos, el terremoto había dejado al desnudo tramos adicionales de imponentes muros incas previamente ocultos por las estructuras coloniales.

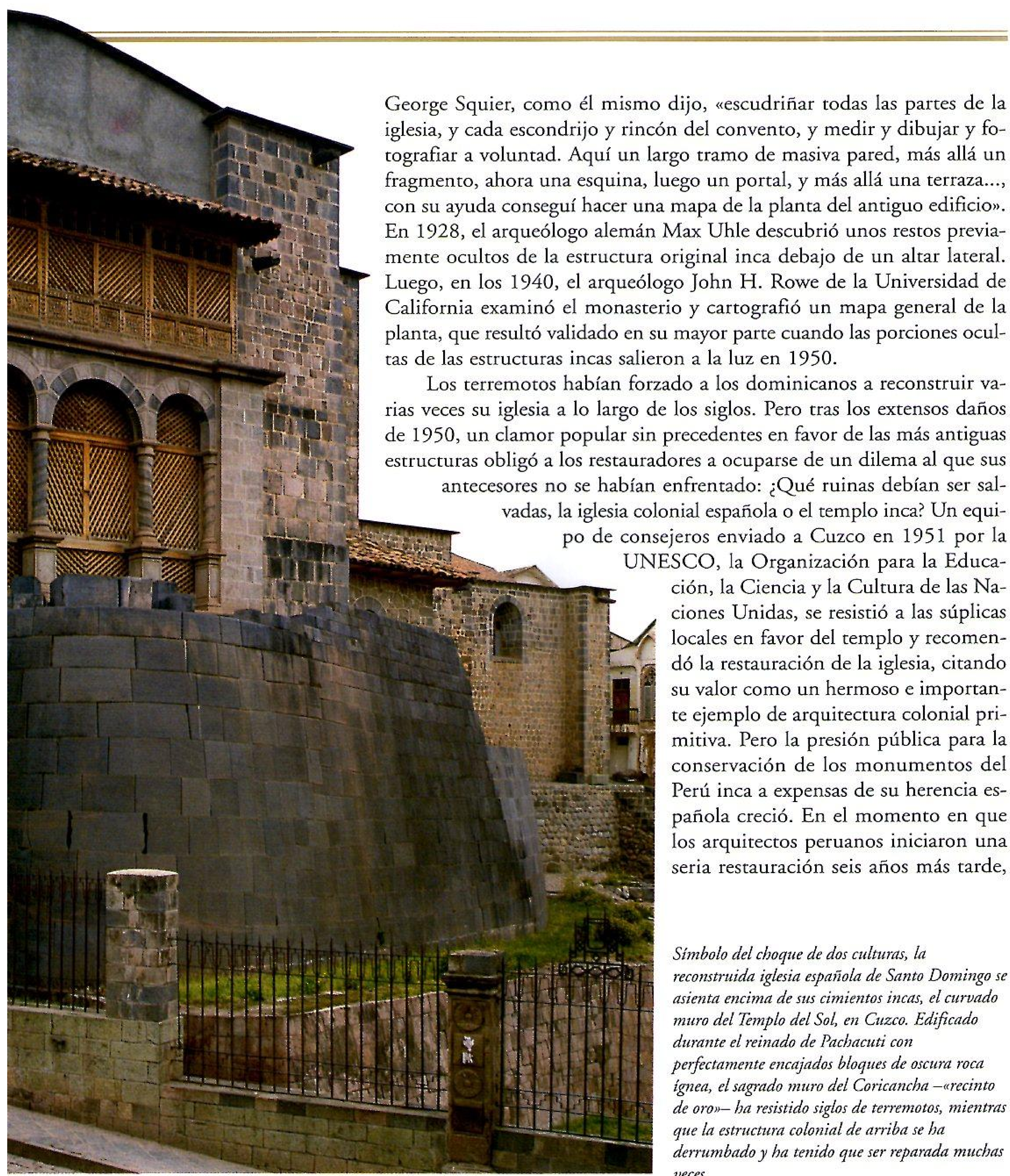
Estas espléndidas paredes, sobre las que los frailes dominicanos edificaron su iglesia y monasterio, pertenecieron en su tiempo al santuario más sagrado del imperio inca: el Templo del Sol, dedicado a Inti, la suprema deidad. Los incas llamaban a este complejo de media docena de edificios el Coricancha, el «recinto de oro». Aquí, además de la efigie del propio Inti, habían situado los ídolos de los pueblos a los que habían subyugado. En el templo principal se celebraban rituales diarios honrando al dios –como se hacía en otros templos modelados sobre el Coricancha a lo largo de todo el reino– celebrados por los sumos sacerdotes y las enclaustradas mujeres a las que los españolas apodarían memorablemente Vírgenes del Sol. Al despuntar cada día, los devotos de Inti lanzaban al sol naciente un beso ceremonial, conocido como el *mocha*.

Los españoles se sintieron desconcertados por el Coricancha. El cronista Pedro de Cieza de León declaró que el templo de Inti se hallaba «entre los más ricos en oro y plata que podían hallarse en cualquier parte del mundo». Describió cómo «a medio camino hacia arriba del muro había una franja de oro de dos anchos de mano de amplitud y cuatro dedos de grosor. El portal y las puertas estaban cubiertos con láminas de este metal. Había una imagen del sol, de gran tamaño, hecha de oro, hermosamente grabada y con muchas piedras preciosas incrustadas. Había un jardín en el que la tierra tenía terrones de oro fino, y que estaba artísticamente plantado con tallos de maíz hechos de oro: tallo, hojas y mazorcas».

Una abundante cosecha de oro y plata del Coricancha ayudó a pagar el rescate de Atahualpa después de que fuera hecho prisionero por los conquistadores. Los españoles arrancaron 700 placas de oro sólo de las paredes, «como planchas de cofres», señaló el secretario de Pizarro. Una vez fundida, cada placa proporcionaba un lingote de dos kilos. Tras saquear sus riquezas, los conquistadores entregaron el cascarón vacío del Coricancha a los dominicanos, la poderosa orden religiosa que había administrado la brutal Inquisición española.

Incluso en su estado de desnudez el Coricancha era impresionante, y aunque muy alterado a lo largo de los siglos, no dejó de atraer a los estudiosos con deseos de sondear sus secretos. A finales del siglo XIX, los frailes permitieron al diplomático y arqueólogo norteamericano, Ephraim

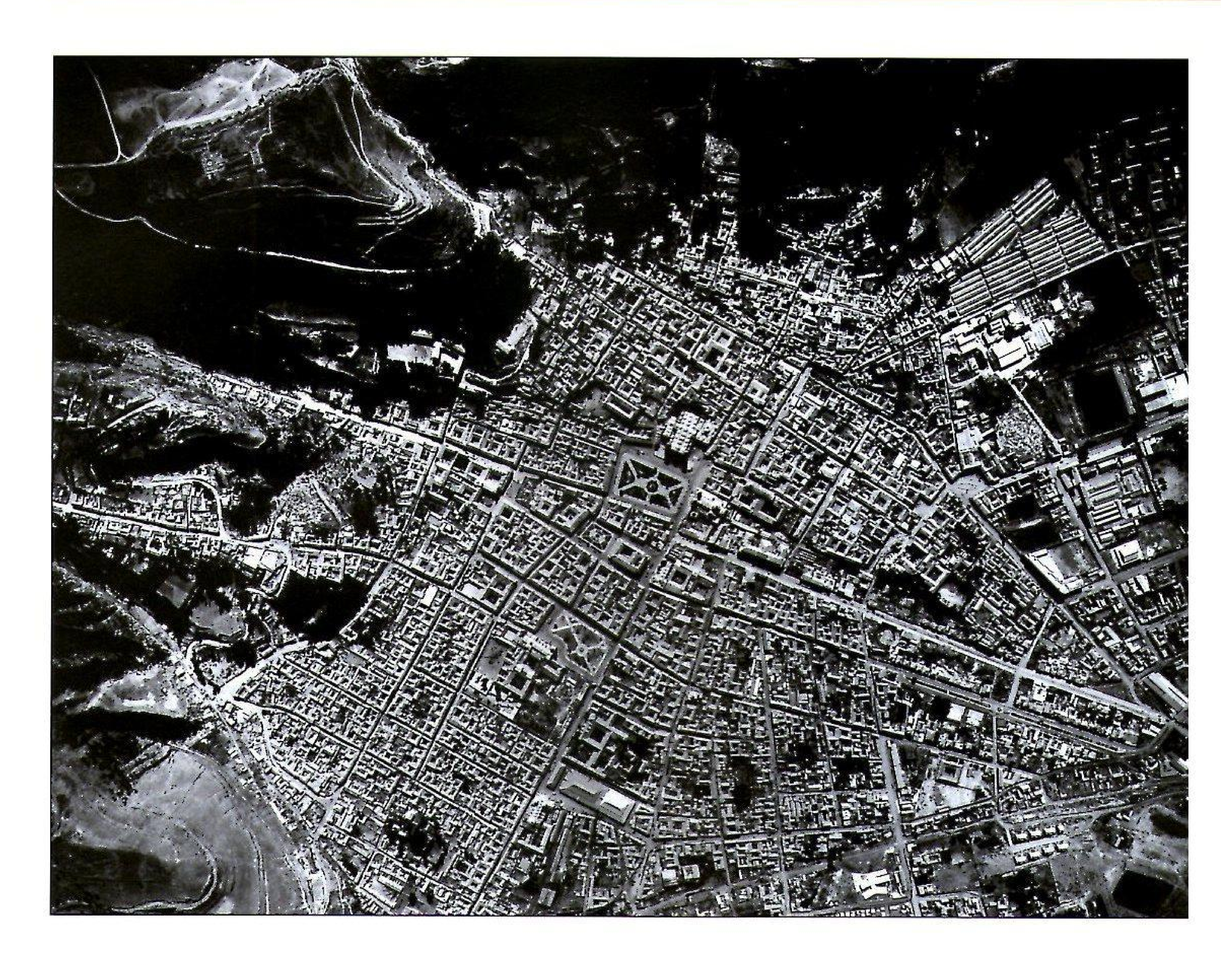




George Squier, como él mismo dijo, «escudriñar todas las partes de la iglesia, y cada escondrijo y rincón del convento, y medir y dibujar y fotografiar a voluntad. Aquí un largo tramo de masiva pared, más allá un fragmento, ahora una esquina, luego un portal, y más allá una terraza..., con su ayuda conseguí hacer una mapa de la planta del antiguo edificio». En 1928, el arqueólogo alemán Max Uhle descubrió unos restos previamente ocultos de la estructura original inca debajo de un altar lateral. Luego, en los 1940, el arqueólogo John H. Rowe de la Universidad de California examinó el monasterio y cartografió un mapa general de la planta, que resultó validado en su mayor parte cuando las porciones ocultas de las estructuras incas salieron a la luz en 1950.

Los terremotos habían forzado a los dominicanos a reconstruir varias veces su iglesia a lo largo de los siglos. Pero tras los extensos daños de 1950, un clamor popular sin precedentes en favor de las más antiguas estructuras obligó a los restauradores a ocuparse de un dilema al que sus antecesores no se habían enfrentado: ¿Qué ruinas debían ser salvadas, la iglesia colonial española o el templo inca? Un equipo de consejeros enviado a Cuzco en 1951 por la UNESCO, la Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura de las Naciones Unidas, se resistió a las súplicas locales en favor del templo y recomendó la restauración de la iglesia, citando su valor como un hermoso e importante ejemplo de arquitectura colonial primitiva. Pero la presión pública para la conservación de los monumentos del Perú inca a expensas de su herencia española creció. En el momento en que los arquitectos peruanos iniciaron una seria restauración seis años más tarde,

Símbolo del choque de dos culturas, la reconstruida iglesia española de Santo Domingo se asienta encima de sus cimientos incas, el curvado muro del Templo del Sol, en Cuzco. Edificado durante el reinado de Pachacuti con perfectamente encajados bloques de oscura roca ígnea, el sagrado muro del Coricancha –«recinto de oro»– ha resistido siglos de terremotos, mientras que la estructura colonial de arriba se ha derrumbado y ha tenido que ser reparada muchas veces.

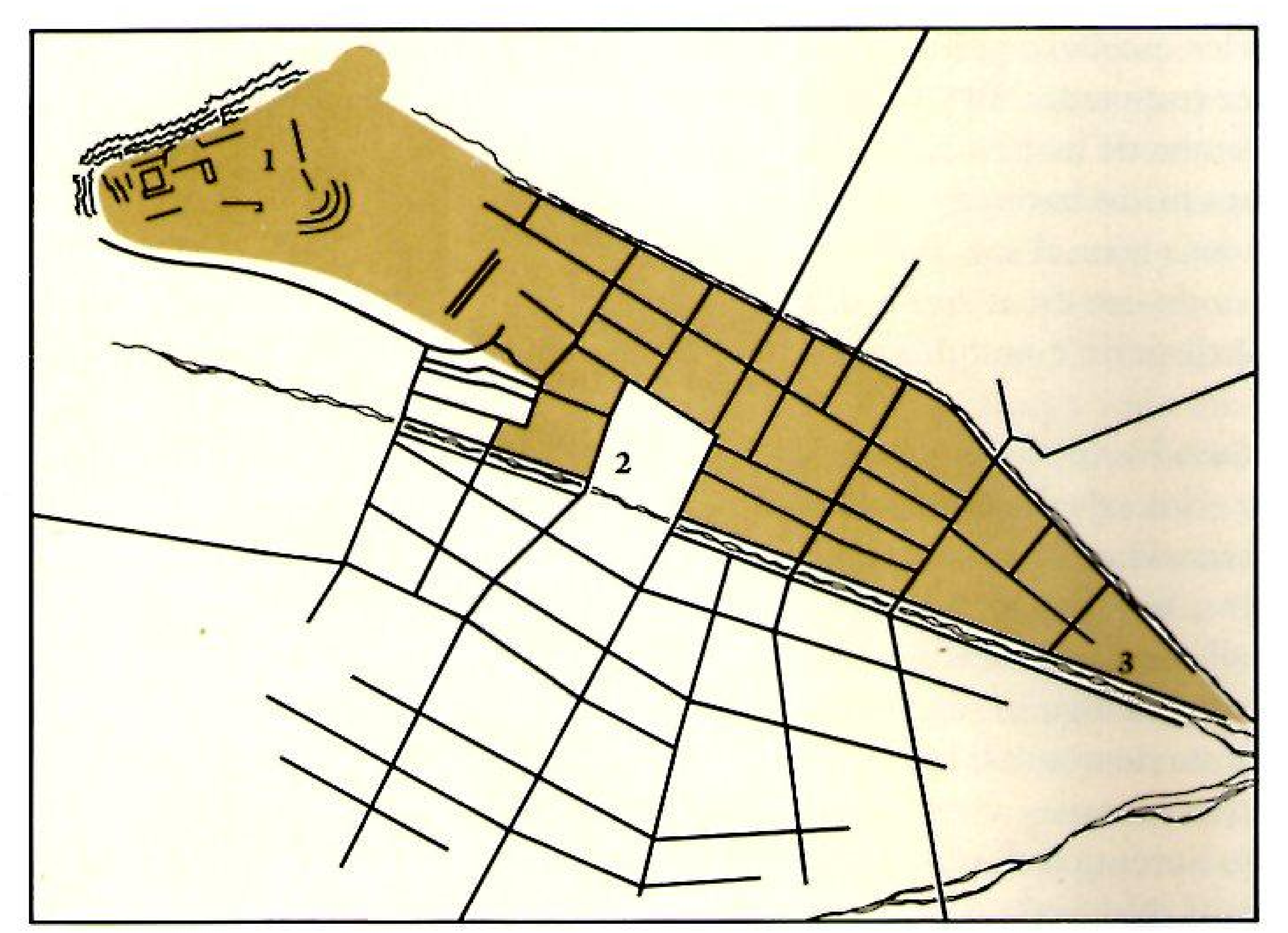


los planificadores habían decidido ignorar la recomendación de la UNESCO y dar prioridad a las ruinas incas. Desde entonces, varias secciones de la iglesia y el monasterio han sido retiradas para revelar parte del laberinto de paredes en sus tiempos recubiertas de oro, reverenciado por los incas como el «sudor del sol».

Es de lo más apropiado que este pequeño triunfo en beneficio de los vencidos incas se produjera en Cuzco. Alojada en un valle en las laderas occidentales de los Andes de nevadas cimas, a 3.300 metros por encima del nivel del mar, la ciudad había sido el núcleo político, religioso y ceremonial del mundo inca, y poseía, según el cronista Cieza de León, un «aire de nobleza». Cuzco empezó humildemente, como uno de varios pequeños poblados campesinos en el valle, y quizás hubiera languidecido

como tal de no haber ascendido allí al poder el héroe Inca Yupanqui menos de un siglo antes de la conquista española. Poseído por una visión de la supremacía inca, este hábil militar y brillante organizador político consiguió, en escasamente más de tres décadas, expandir su pequeño dominio en Tahuantinsuyu, la «tierra de los cuatro cuartos», un reino que rivalizaba en tamaño y eficiencia al imperio romano en su apogeo. El nombre real que eligió para sí fue, apropiadamente, el de Pachacuti (o Pachacútec), que significa cataclismo o sacudetierras.

Bajo el reinado de Pachacuti, el líder probablemente más importante que ha conocido la antigua América, y su hijo, Topa Inca Yupomqui, los incas conquistaron todos los pueblos y tribus andinos, alcanzando no sólo el más extenso empeño precolombino del Nuevo Mundo, sino también el mejor administrado y planificado. Su extraordinaria habilidad para la organización llegó a cautivar a los conquistadores españoles casi tanto como su oro. Muchas de sus ideas y prácticas sobreviven hoy, como las antiguas paredes de Cuzco; ante los pueblos que una vez pertenecieron a su imperio.



Como ilustra el diagrama de arriba, la antigua capital inca de Cuzco fue diseñada con la forma de un puma, símbolo sagrado de fuerza y poder; la silueta todavía es visible en el corazón de la ciudad moderna (página opuesta). *Las murallas en la cabeza del puma* (1) *contienen el complejo fortificado del templo de Sacsahuamán; los palacios reales y los edificios administrativos y religiosos rodeaban una enorme plaza situada en la parte media del puma* (2)*; y las familias nobles tenían sus hogares en el Puma Chupan, o cola del puma* (3), *una zona situada en el punto donde se unían dos ríos que habían sido transformados en canales.*

Puesto que los incas carecían de escritura y no podían registrar en palabras sus formidables logros, presentan a los modernos estudiosos el difícil problema de separar hechos de leyendas. Mucho de lo que se sabe acerca de los incas primitivos procede de historias transmitidas por el pueblo de una a otra generación. Los viajeros y misioneros europeos mezclaban a menudo las historias que oían con sus descripciones del imperio. Así, las crónicas supervivientes son una multicolor mezcla de verdad y leyenda, teñida, en algunas casos, de propaganda inca.

Aún en su infancia, la arqueología peruana ha estado luchando tanto por corregir las ambigüedades y las malinterpretaciones como por verificar la exactitud de los antiguos relatos. Uno de los cronistas españoles considerado como de mayor confianza es Pedro de Cieza de León, que durante 17 años recorrió el imperio como soldado común. Aunque veía a los incas a través de la lente de una cultura diferente –y la de un conquistador en busca de botín–, demostró ser un cuidadoso oyente y un agudo observador. Otro cronista importante, el inca Garcilaso de la Vega, era hijo de una princesa inca y un soldado español; conocía las costumbres y la lengua indígenas. Pero su *status* de media casta, que hacía que

fuera considerado inferior por los españoles, le condujo a ensalzar en ocasiones las virtudes de la herencia de su madre a expensas de la verdad.

Por todo lo que puede determinarse de las fragmentarias crónicas históricas, la existencia de los incas se remonta hasta aproximadamente el 1200 d.C. Esto se sabe a tenor de la lista cronológica de sus gobernantes. Descendían de un pequeño grupo étnico de montañeses que vivió en el valle de Cuzco, pero los detalles de su existencia primitiva se funden muy pronto en el mito. La palabra *inca* ni siquiera aparece en las historias orales de los propios incas hasta la mención de su sexto gobernante, que adoptó el título de Sapa Inca. Sólo más tarde llegarían a ser conocidos estos moradores de las montañas como incas.

Según las leyendas que todavía aprenden los escolares peruanos, el fundador de Cuzco fue Manco Cápac, el primer emperador. Él y su pueblo, como reza uno de los mitos, emergieron de una de las tres cuevas en Paccaritambo, a 30 kilómetros al suroeste. Otros mitos hacen aparecer a Manco en una isla en el lago Titicaca, mucho más lejos al sur. En Cuzco, dicen las leyendas, Manco hundió una vara de oro en el suelo, allá donde se alzaría el rutilante Coricancha. La fértil tierra engulló la vara, dando a entender así su aceptación.

Las antiguas historias sitúan a los incas como los hijos del dios sol, Inti, que les confió la tarea de domar y educar a los salvajes que encontraran. Pero, por bendecidos que fueran, su ascensión a la grandeza fue lenta, en parte porque inicialmente consiguieron la supremacía a través de matrimonios mixtos con otros grupos del valle de Cuzco. En el transcurso de dos siglos, los incas consiguieron dominar a algunos de sus vecinos, y expandieron su reino dentro del perímetro de una veintena o así de kilómetros alrededor de Cuzco.

Los incas no empezaron a cumplir con su auténtico destino hasta la aparición de su noveno emperador, Pachacuti. No pudo tener unos inicios menos auspiciosos cuando joven: era sólo uno de los muchos hijos del octavo emperador; de hecho, su hermano, Urcon, ya había sido nombrado sucesor por su padre. Pachacuti pudo haber languidecido en un segundo plano de no haber sido llamado a la obra de su vida por Inti en una visión que, si no otra cosa, sugiere el amplio alcance de la primitiva ambición del príncipe. Según una historia contada al padre Bernabé Cobo, un misionero jesuita del siglo XVII, Inti se le apareció a Pachacuti con serpientes enrolladas alrededor de sus brazos. «Al ver esa imagen –contó Cobo–, Pachacuti se sintió tan aterrado que empezó a huir.» El dios del sol le tranquilizó: «Ven aquí, hijo mío, no tengas miedo, porque soy tu padre el sol. Sé que subyugarás muchas naciones y tendrás un gran cuidado en honrarme y en recordarme en tus sacrificios».

Luego Inti le reveló por medio de un cristal mágico imágenes de

todas las regiones que Pachacuti iba a conquistar. Pero fue necesaria una crisis militar para proporcionarle al joven príncipe la oportunidad que necesitaba. En 1438, Cuzco se enfrentó a la amenaza de un ataque por parte de una poderosa fuerza de guerreros conocidos como los chancas. El peligro era tan grande que el envejecido padre de Pachacuti, Viracocha Inca, y Urcon, su heredero aparente, huyeron a una fortaleza en las montañas, llevándose consigo a sus mejores soldados.

Ya fuera impulsado por su visión o incitado por su deseo de destacar por encima de Urcon –o ambas cosas–, Pachacuti se negó a marcharse. Cuando los chancas se prepararon para tomar Cuzco por asalto, se hizo cargo de la defensa. Para aumentar sus escasas tropas, atrajo a hombres de las tribus vecinas. Cuando los chancas iniciaron su asalto al amanecer, Pachacuti estaba preparado. Vestido con la piel de un puma, un animal que los incas consideraban la encarnación de la fuerza y el poder, dirigió el contraataque. En el momento crítico, dicen las leyendas, apeló a la ayuda sobrenatural. Las propias piedras del campo de batalla se convirtieron en guerreros, y sus filas fantasmales ayudaron a repeler al enemigo. Cuzco estaba a salvo.

Entonces Pachacuti forzó a su padre a abdicar y ocupó él el trono. Luego se lanzó a toda una serie de otros triunfos militares. Con un ejército compuesto por hombres de otras tribus conquistadas pero mandados únicamente por oficiales incas, extendió gradualmente su dominio hacia el norte a las tierras altas centrales peruanas y luego al sur hasta las orillas del lago Titicaca. Como lo expresó el cronista hispano-inca Garcilaso, «la sed de conquista de un príncipe, como su ambición, se incrementa con el poder».

Pero Pachacuti tenía visión de futuro. En el pasado la guerra había sido en su mayor parte un asunto de saquear y luego retirarse al territorio de origen. Él usó la guerra de una forma distinta, no sólo para adquirir nuevos recursos, sino también para difundir la cultura y la religión incas. Sabía que los incas estaban considerados por sus enemigos como un adversario formidable. Tradicionalmente se embarcaban en nuevas campañas cantando la horrenda canción de victoria que, demasiado a menudo, se convertía en una verdad literal: «De su cráneo beberemos. Con sus dientes nos adornaremos. De sus huesos haremos flautas. Con su piel en el tambor, bailaremos». Pero Pachacuti sabía también que, para conseguir la victoria, podía ser suficiente tan sólo despertar el terror en sus enemigos, antes que enfrentarse realmente a ellos en combate. Mandaba emisarios a sus enemigos predicando las ventajas de la rendición. Las crónicas españolas hablan de cómo invitaba a sus adversarios «en nombre del Sol a reconocer su autoridad, tras lo cual serían tratados con honor y cargados con presentes.» No es sorprendente que la promesa de paz y regalos, respaldada por la amenaza de una carnicería, tuviera a menudo el efecto deseado, la capitulación sin lucha.



Enormes terrazas de piedra servían como plataformas agrícolas para la ciudadela del templo en Ollantaytambo, un retiro en la cima de una montaña a unos 14 kilómetros al noroeste de Cuzco. Bloques de pulida piedra rosa, al parecer previstos para un proyecto de edificio que nunca fue completado, salpican la prominencia rocosa que domina el lugar, debajo del cual se extiende una propiedad real planeada por Pachacuti.

Aunque los Incas no fueron los primeros indios en edificar un imperio andino, sí pudieron, gracias a la expansión de su territorio por parte de Pachacuti y su heredero, Topa Inca Yupanqui, reclamar los dominios más grandes y los más diversos ecológicamente. Cualquiera que cruce los territorios que abarcaba su imperio se sorprenderá de sus extremos geográficos. Un viajero que inicie su periplo en la costa cerca de la actual Lima, y avance hacia el este a través de las montañas, pasará por una sorprendente sucesión de paisajes y entornos. El camino se inicia a unos pocos metros por encima del nivel del mar, en uno de los más secos desiertos de la Tierra. Tras ascender a las montañas que respaldan la ciudad, el viajero asciende rápidamente por la primera cordillera de los Andes; en el paso Ticlo, a 105 kilómetros tierra adentro, ha alcanzado los 4.800 metros, una altitud superior a la de cualquier cima de las montañas Rocosas de los Estados Unidos. Desde allí desciende unos miles de metros hasta las desoladas y abiertas praderas del puma, y sigue bajando hasta el valle a 3.000 metros del río Mantaro. Y su viaje apenas ha empezado. Ahora debe cruzar los campos nevados de la cordillera Blanca, de 5.000 metros de altura, luego descender cruzando los bosques de la montaña envueltos en bruma hasta el cañón de Apurímac, a sólo unos escasos miles de metros sobre el nivel del mar. Tras girar hacia el sureste, alcanza las altas crestas de la cordillera Vilcabamba, y luego penetra en las junglas de la región de Urubamba. Ha viajado menos de 500 kilómetros siguiendo el vuelo del cóndor, desde casi el nivel del mar hasta las nubes, a través de reinos ecológicos alocadamente distintos y siguiendo las orillas de gargantas montañosas que se hunden hasta profundos abismos allá abajo. Y todavía no ha experimentado toda la dimensión del reino de los incas.

Viajar por las montañas causa severas tensiones en el cuerpo humano. La falta de oxígeno a aquellas altitudes da origen a náuseas y dolores de cabeza, y convierte cada aliento en un laborioso jadeo. La piel se cuartea

en el seco aire, y los dedos de las manos y de los pies se ponen rígidos en el frío. Con tiempo, el cuerpo se adapta; para aliviar la tensión, los incas masticaban coca, una energética hoja narcótica que crece en la montaña.

Parece extraordinario que algún pueblo pueda sobrevivir en tales extremos, y mucho más edificar una gran civilización. Más allá de la dureza de vivir a gran altitud está la peligrosa inestabilidad de la tierra en sí. Los Andes son montañas jóvenes a la escala geológica del tiempo, sometidas a una actividad adolescente. Uno u otro de la docena de volcanes existentes expulsa periódicamente su llameante contenido. Los terremotos resuenan con frecuencia en las tierras altas, enviando deslizamientos y avalanchas de lodo a los valles de abajo. Una avalancha en 1970 se cobró 20.000 vidas y sepultó toda una ciudad.

Luego está el problema de la lluvia. La costa es tan seca a lo largo de toda su extensión que la precipitación anual es demasiado escasa para poder medirla. Nada crece allí a menos que sea irrigado artificialmente. Sólo en la alta cordillera, por encima de los 3.000 metros, cae la lluvia en cantidades apreciables. Su llegada es estacional. En invierno, la tierra permanece árida; pero con la llegada de la primavera, los vientos de levante, cargados de humedad, soplan desde la cuenca del Amazonas, y los bancos de nubes oscurecen las crestas de las montañas. La lluvia se derrama sobre las montañas orientales, 2.300 mm al año en algunos lugares, mientras que las tormentas de granizo y nieve azotan las crestas más altas.

Con unos dominios tan extensos, los incas necesitaban unos sistemas que les permitieran gobernar con efectividad. Dispersos por los extremos de su desafiante geografía había diferentes grupos étnicos con muy poco en común. Tras conquistarlos, Pachacuti se enfrentó a la tarea de orquestarlos en un solo imperio naciente. No todos los conquistadores de la historia han tenido el deseo o el talento del gobierno, pero Pachacuti deseaba dedicar todo el tiempo a gobernar sus recién adquiridas tierras, así que en 1463 entregó el ejército a su hijo Topa Inca. En los años sucesivos, Pachacuti inventó ingeniosos mecanismos de gobierno y tomó prestados otros de las sociedades andinas que su ejército había dominado.

Una vez se había apoderado de un nuevo territorio, establecía una firme política calculada para impedir los desórdenes. Por ejemplo, permitía que los pueblos conquistados mantuvieran sus líderes y sus dioses, aunque esperaba que añadieran la adoración al rey sol a sus ritos regulares. Al contrario que los españoles, que insistieron en promulgar su religión con exclusión de todas las demás, daba la bienvenida a los ídolos locales al panteón inca, y les garantizaba un lugar en el reverenciado

Coricancha, lo cual era en realidad su forma de mantenerlos como rehenes. Si alguna vez surgía algún disturbio en las tierras de las que procedían los ídolos, siempre podía ordenar que las reverenciadas efigies fueran retiradas y castigadas públicamente, un acto de una deshonra tan potencial que aquellos que adoraban a esos dioses no tenían más remedio que volver a someterse.

Ahora que todo el mundo en su imperio podía comprenderse y comunicarse entre sí, Pachacuti hizo que el quechua, la lengua hablada en Cuzco, se convirtiera en el lenguaje oficial. Dejó que la gente siguiera hablando también sus distintas lenguas nativas, de las que la más extendida era el aymará, pero se les requería aprender el quechua. Cieza de León escribe que «esto estaba tan estrictamente obligado que un niño todavía no había abandonado el pecho materno cuando ya empezaban a enseñarle el lenguaje que tenía que conocer». Lo describió como «una muy buena lengua, sucinta, fácil de captar, y rica en palabras». Su vocabulario incluye las palabras equivalentes a las frases *bien hablado* y *mal hablado*, indicando un respeto hacia las sutilezas del habla. El quechua todavía sobrevive hoy, utilizado, por aproximadamente, 10 millones de andinos, y el aymará sobrevive también en algunas zonas.

Pachacuti hizo todo lo posible por justificar la legitimidad del imperio inca. Maestro propagandista, se dice que llamó a sus historiadores y les dictó una serie de nuevas historias autoglorificadoras que debían pasar por encima de todas las demás leyendas existentes. Una de estas historias se refiere a una mujer joven en la seca región costera de Ica, que supuestamente rechazó los avances de Pachacuti porque amaba a otro hombre. En vez de ponerse furioso, Pachacuti admiró su constancia y ofreció recompensarla. No deseosa de nada para ella misma, la mujer pidió agua para su poblado. Entonces el Sapa Inca ordenó que 40.000 soldados cavaran los canales que traerían el preciado líquido a la reseca zona. A través de esta historia, Pachacuti entró en la conciencia popular como el benévolo padre de la irrigación; no pareció importar el hecho de que aquel extraordinario logro de la ingeniería hubiera sido construido, de hecho, en Ica siglos antes de su reinado.

Cuando las lisonjas no producían el efecto deseado y la rebelión de sus súbditos parecía algo más que una posibilidad, Pachacuti siempre podía recurrir a la amenaza del reasentamiento. Durante su reinado, los elementos perturbadores –en ocasiones, grupos étnicos enteros– fueron desarraigados y despachados a otra parte del imperio para mezclarse con las poblaciones de provincias ya establecidas. Eran reemplazados por gente leal a Pachacuti, importada para dar ejemplo y para propagar el estilo de vida inca. Estos reasentamientos servían también para otros tres propósitos útiles: aliviaban la presión sobre las áreas densamente pobladas retirando los excesos de población, abrían tierras vírgenes a la agricultura poniendo

a su disposición fuerzas de trabajo pioneras, y proporcionaban mano de obra para proyectos especiales. Pero su efecto principal era convertir el imperio en un enorme crisol que sólo podía ser agitado desde Cuzco.

La jerarquía, con el Sapa Inca instalado firmemente en el vértice, era el principio organizador dominante del gobierno inca. Pachacuti afirmaba que, como descendiente del dios sol, gobernaba por derecho divino. La opulencia y la reverencia rodeaban a su persona. Aunque no sobreviven detalles de su vida cotidiana, una descripción de Cieza de León de los rituales que rodearon a otro monarca, Atahualpa, nos da alguna idea de cómo debió de ser tratado. Muy probablemente su comida, servida en platos de oro y plata, debía serle traída y colocada sobre una esterilla a sus pies. En el caso de Atahualpa, una sirvienta sostenía cada uno de sus platos mientras comía; otra extendía las manos para atrapar su escupitajo si tenía que aclararse la garganta. La persona de Atahualpa estaba considerada tan sagrada que los restos de su comida y de sus ropas –desechadas tras haberlas llevado sólo una vez– eran guardados y quemados ceremonialmente al final del año.

Cuando Pachacuti viajaba para inspeccionar su imperio, no lo hacía caminando como un mortal, sino que era llevado en una litera de oro con joyas incrustadas, acompañado por un séquito que podía llegar a ser de miles de personas. Celebraba sus audiencias –generalmente oculto detrás de una pared– sentado sobre un taburete bajo situado sobre una plataforma elevada, una especie de trono y asiento judicial combinado, y llevaba una corona multicolor llamada el *llautu*, una trenza de la anchura de un dedo que rodeaba cuatro o cinco veces su frente. Aunque la nobleza también podía llevar un llautu, el del emperador estaba rematado con tres plumas y adornado por delante con un fleco distintivo de borlas de lana de vicuña que colgaban sobre sus ojos y estaban unidas a tubos de oro. Nadie permanecía nunca de pie en la presencia inmediata del emperador mirándole directamente, sino que giraba su cabeza y sus hombros hacia un lado. Incluso un noble se acercaba al Sapa Inca con humildad, descalzo, con un peso al hombro. «No importaba el que su peso fuera grande o pequeño –señaló Cieza de León–, porque tan sólo era un símbolo de la reverencia debida al Inca.»

Como Sapa Inca, Pachacuti heredó las costumbres de sus predecesores, algunas de las cuales modificó para tener en cuenta el siempre creciente *status* de su posición como cabeza de un imperio que se expandía constantemente. Por tradición, el emperador tenía derecho a un harén de cientos de concubinas, que le servían como esposas secundarias. La emperatriz, o coya, sin embargo, procedía de los rangos de las hermanas completas del

Sapa Inca. Puesto que era de sangre real y una heredera del Sapa Inca por derecho propio, la coya validaba el derecho de su esposo al trono.

El emperador seleccionaba a su heredero de la descendencia de la coya. Elegía sobre la base de la competencia aparente, y a veces cambiaba más tarde de opinión. El problema de esta forma de sucesión quedó demostrado cuando el nieto de Pachacuti, Huayna Cápac, murió, al parecer de viruela, antes de designar oficialmente a su heredero. Su más probable sucesor, Ninan Cuyuchi, murió también en la epidemia de viruela que barrió la corte, dejando dos príncipes supervivientes, Huáscar y Atahualpa, que lucharon entre sí sobre quién de los dos debía de ser coronado. Así se inició la guerra civil que precedió a la caída del imperio.

La coya tenía su propia corte, y la reputación de tener un papel no oficial pero importante en los asuntos imperiales. A menudo sus súbditos se referían afectuosamente a ella como mamanchic, «nuestra madre». Una coya sobresaliente, la esposa del cuarto emperador, Mayta Cápac, supuestamente no sólo dirigió a las trabajadoras de las propiedades reales sino que también realizó investigaciones sobre ciencias naturales. Introdujo nuevas plantas para el cultivo, alentó el arte de la pesca, e incluso experimentó con extraer venenos de serpientes para hacer más letales las puntas de flecha.

En la cima de la estructura a tres niveles de la nobleza, la aristocracia hereditaria constituía la única casta que podía ser llamada realmente inca. Conocidos como Cápac Incas, eran los descendientes del legendario fundador de la dinastía inca, Manco Cápac. Controlaban todas las tierras además de la distribución de los más apreciados recursos del imperio, incluidas sus llamas, alpacas y vicuñas; el oro y la plata, las hojas de coca, los artefactos creados por los más finos artesanos, y las más hermosas mujeres del reino. Vestían túnicas largas hasta la rodilla tejidas con suave lana de vicuña, una tela prohibida a los plebeyos. En los grandes palacios de las ciudades incas, sus apartamentos podían estar adornados con finos tapices, y los marcos de las ventanas a veces revestidos con plata. Las esposas de los aristócratas llevaban largas túnicas que llegaban hasta el suelo, sujetas a la cintura por un ceñidor con símbolos heráldicos, y mantos sujetos con agujas de oro o plata labradas, conocidas como agujas *tupu*. Cada día dedicaban horas a su apariencia per-

La estatuilla de oro de la izquierda exhibe el típico peinado de las mujeres incas: largo y con la raya en medio. Las mujeres de status llevaban túnicas de recia tela y chales sujetos con una aguja ornamental, o tupu (arriba). *Los nobles llevaban discos o aros en las orejas como los que adornan la figurilla de plata de la derecha, más una capa y una túnica, un tocado, y unas bolsa para la coca* (arriba a la derecha).

sonal, se bañaban con regularidad, y mantenían su pelo negro sin cortar siempre limpio, bien peinado y brillante. Una noble inca tenía por derecho propio participación en los recursos andinos, incluida una parte del trabajo y un tributo del campesinado. El sistema de herencia que les concedía estos privilegios, independientemente del *status* de su esposo, ha sido denominado por un estudioso como descendencia paralela, en el sentido de que el varón heredaba de su padre, la mujer de su madre.

Las más altas posiciones en la burocracia, el ejército y el sacerdocio las ocupaban nobles adultos, que probablemente nunca eran más de quinientos. De entre estos rangos restringidos se elegían los cuatro prefectos de nivel superior, o *apus*, que gobernaban cada uno de los cuartos de Tahuantinsuyu y las muchas provincias en las que estaba subdividido cada cuarto. A medida que Pachacuti fue expandiendo su imperio, pronto se hizo evidente un fallo de esta disposición: No había suficientes nobles cualificados para enviar a los nuevos territorios para salvaguardar y controlar los intereses incas y para inspirar a la gente con su buen ejemplo. Siempre pragmático, Pachacuti resolvió el problema creando por decreto real un nuevo nivel de incas. Estos nobles nombrados fueron llamados Hahua Incas, lo cual significa incas por privilegio o por adopción. A menudo eran líderes de los alrededores de la zona de Cuzco cuya lealtad Pachacuti sabía que era fuerte, pero muchos indios de origen más humilde que habían realizado algún valioso servicio al Sapa Inca fueron catapultados también a los rangos de los Hahua Incas.

Nacidos o no para ostentar su título, todos los incas masculinos privilegiados llevaban grandes discos honorarios de oro o plata que estiraban los lóbulos de sus orejas e hicieron que los españoles se refirieran a ellos como *orejones*. Llevar estos adornos en las orejas era un honor tan prestigioso que tales incas consideraban a un camarada que había sufrido una herida en la oreja en batalla como un auténtico desgraciado porque nunca podría exhibir el emblema de su *status* de elite.

Por debajo de los Hahua Incas estaban los oficiales conocidos como *curacas*. Gobernantes de éxito antes de haber sido vencidos por los incas, sus conquistadores les habían permitido permanecer en el poder como parte de la práctica inca de permitir a los pueblos subyugados mantener algún vestigio de autonomía. Bajo la supervisión del gobernador provincial inca, encabezaban las entidades administrativas compuestas de familias.

En un intento por conseguir una estimación burocrática precisa, los incas descompusieron todas las familias del imperio en precisas uni-



EL ARTE DE TEJER: BIENES MÁS PRECIOSOS QUE EL ORO

Para los invasores españoles, el oro era sin cuestión el gran botín del imperio inca. Pero entre los propios incas, los textiles figuraban entre los bienes más atesorados, en gran medida debido a la cantidad de tiempo y cuidados necesarios para producirlos. Muchos segmentos de la población participaban en la creación de telas, empezando por los granjeros que cultivaban el algodón y aquellos que recogían la lana de alpacas, llamas y vicuñas. En todos los hogares, menos los de elite, las fibras eran lavadas, peinadas, teñidas e hiladas, luego tejidas en paneles que eran cosidos unos a otros –pero nunca cortados– para formar todo lo necesario, desde sacos para el grano y ropas hasta exquisitos tapices.

La mayor parte de la gente llevaba atuendos sencillos –como la túnica para hombre que se muestra abajo a la izquierda–, hecha con algodón tejido relativamente suelta o tela de alpaca conocida como *huasca*. La tela más fina, llamada *cumbi*, estaba reservada para el uso exclusivo del Sapa Inca, su familia, e individuos privilegiados que la habían recibido como un regalo del emperador. Hecha con fibras suaves teñidas en una amplia gama de sofisticados tonos y apretadamente tejida en dibujos geométricos estándar, los atuendos de cumbi proclamaban el *status* de su portador. El dibujo a cuadros y el triángulo superior de la prenda del centro, con sus cuidadosamente rematadas costuras y dobladillo, denotaban un valor sobresaliente o un alto rango militar; la brillantemente coloreada túnica de la derecha pudo ser llevada por el propio Sapa Inca o por sus herederos.

Los tejedores masculinos profesionales y las esposas de los funcionarios provinciales producían cumbi como pago de sus impuestos; las prendas especiales previstas para los ritos sagrados o para ser llevadas por el emperador solían proceder de las





hábiles manos de las mujeres al servicio religioso. La mayoría de los tejedores utilizaban un tipo de telar llamado de cintura, consistente en dos varillas, una asegurada con una cuerda *(arriba a la izquierda)* a un objeto fijo como un árbol, y la otra unida a un cinturón enrollado alrededor de la cintura, con los hilos a tejer tendidos entre ellas. La tela de este tipo de telar no podía ser así más grande que la longitud del brazo, todo lo lejos que podía alcanzar el tejedor para pasar el hilo de la trama. Los ejemplos supervivientes de los textiles incas hablan del intenso trabajo y la enorme cantidad de material implicados: una túnica con dibujos elaborados podía contener hasta 150 hilos por centímetro y 15 kilómetros de hilo.

dades decimales. Cada 10 familias eran gobernadas por el cabeza de una de ellas. Estos líderes informaban a los cabezas de grupos de 50 familias; por encima de ellos había prefectos de 100, 500, 1.000, 5.000 y 10.000 familias. Los puestos eran hereditarios para todos aquellos a cargo de grupos más grandes de cincuenta.

Gracias a esta jerarquía decimal, cuyo poder descendía a lo largo de los rangos, Pachacuti podía controlar las economías de un surtido difícil de manejar de comunidades grandes y pequeñas, ricas y pobres. Hábilmente, los incas convirtieron una mezcolanza de localidades en unidades económicas relativamente homogéneas controladas por una cadena de mando que recorría todo el camino hacia arriba hasta el Sapa Inca en Cuzco. Así se podían recaudar los impuestos y distribuir los recursos con relativa facilidad.

Los curacas que gobernaban un millar o más de familias compartían –aunque en una menor extensión que los incas nobles– la bondad otorgada por el Sapa Inca a los tres estratos superiores de la sociedad. Esto incluía donaciones de tierras, sirvientes, llamas, telas finamente tejidas, y esposas o concubinas de alto estamento. Los curacas gozaban también de privilegios especiales, como el derecho a la poligamia, viajar en litera y usar platos de oro y plata. Todos estaban exentos de impuestos. A veces incluso se les ofrecía una esposa de sangre real. En tales casos, el elemento masculino del matrimonio saltaba un nivel hacia arriba en el estrato social.

Asegurarse del cobro de los impuestos era el principal trabajo de los curacas. Para conseguir esto, llevaban una cuenta anual de la riqueza producida en cada localidad, así como un censo de la gente, clasificada por edad y ocupación. Estos inventarios de las fuerzas de trabajo permitían a los curacas, como lo expresó Garcilaso, «efectuar una distribución juiciosa de las tareas necesarias para el bienestar público».

Puesto que no había moneda, los impuestos se pagaban en forma de los frutos del trabajo. En los territorios conquistados por los incas, todos los recursos –granjas, ríos, rebaños– eran declarados propiedad del imperio, y la propia tierra era dividida en tres partes. Una parte tenía que ser trabajada por los habitantes para su propio sustento, otra para el Sapa Inca y sus nobles, y la tercera para Inti y otras deidades incas, cuyos beneficiarios, de hecho, eran los sacerdotes y otros ayudantes de los ubicuos santuarios incas.

Varios cronistas de los primeros tiempos, sin embargo, informaron que, en una provincia demasiado pobre para pagar impuestos, el Sapa Inca ordenó que cada familia proporcionara a cambio un receptáculo lleno de piojos. Cieza de León vio esto como la forma del líder de hacer que sus súb-

ditos comprendieran que siempre había que pagar un impuesto a Cuzco. Los informantes de Garcilaso explicaron que el edicto era de hecho bienintencionado; al exigir que la gente se librara de los piojos, el emperador estaba simplemente expresando su «amor hacia los pobres, porque de esta forma esa desgraciada gente estaba obligada a librarse de sus parásitos, que en su gran indigencia hubieran podido dejar de otro modo en su lugar».

El producto de la tierra era distribuido entre los incas nobles, y entre todos aquellos directamente empleados al servicio del imperio. Por todo el reino, cada cabeza de familia casado tenía garantizada suficiente comida para sostener no sólo a su familia inmediata sino a la colateral. «No tenían nada en propiedad –dijo Juan Polo de Ondegardo, que sirvió como corregidor, o magistrado, de Cuzco, refiriéndose a los plebeyos–. Ni un palmo de tierra era suyo, pero cada año se les adjudicaba tierra para

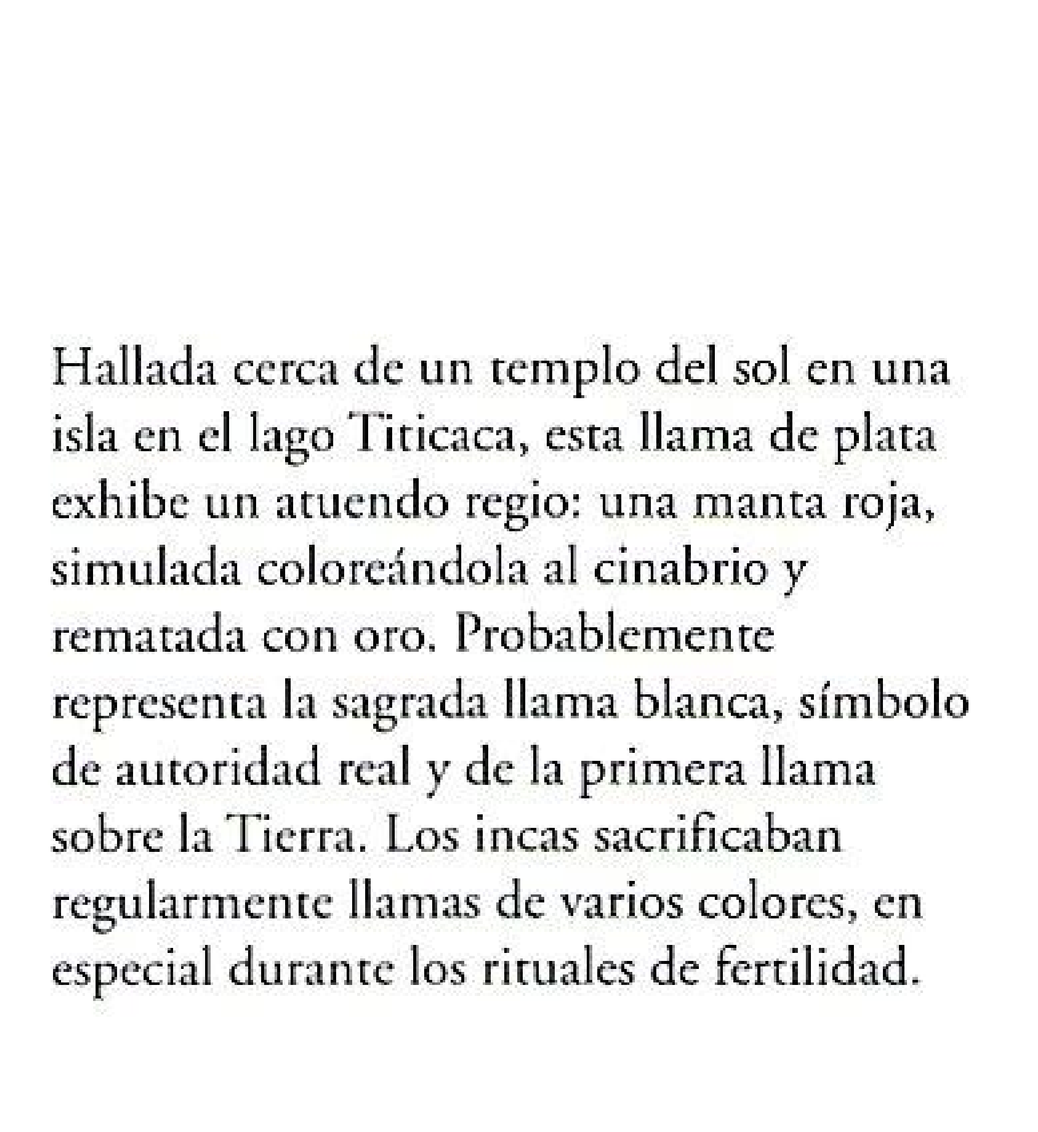
Pumas, monos, llamas, lagartos y ranas, así como seres humanos y dioses, pueblan este imaginativo paisaje tallado en la Piedra Saihuite, un peñasco de algo más de 4 metros de ancho en la cima de una montaña en los Andes peruanos. Una elaborada red de ríos y canales en miniatura canalizaban, al parecer, el agua más allá de esas figuras en alguna especie de ceremonia de adivinación.



sembrar.» Por generoso que fuera el sistema, tenían que trabajar los campos del emperador y de Inti antes de poder cuidar de aquellos señalados para su propio uso. Además, cada familia tenía que entregar al estado una cierta cantidad de tela tejida en casa.

Al contrario que los granjeros, los artesanos especializados, como los metalistas y los alfareros, que vivían en las ciudades y pueblos, pagaban sus impuestos en términos de los artefactos que producían utilizando las materias primas que la corte y los nobles les proporcionaban. Para los jardines de los palacios del Sapa Inca, por ejemplo, los orfebres podían colocar entre las plantas vivas sus maravillosas creaciones, flores, hierbas, rebaños de llamas y sus pastores, conejos, ratones, lagartos, serpientes, mariposas, zorros y linces, todos ellos elaborados con metales preciosos. Garcilaso describió rutilantes «pájaros posados en los árboles, como si estuvieran a punto de cantar, y otros inclinados sobre las flores, aspirando su néctar».

Al pueblo se le exigía además otro tipo de impuesto. Era el *mit'a*, literalmente un «turno», un período de tiempo que las familias debían dedicar a las empresas del estado. El mit'a



Hallada cerca de un templo del sol en una isla en el lago Titicaca, esta llama de plata exhibe un atuendo regio: una manta roja, simulada coloreándola al cinabrio y rematada con oro. Probablemente representa la sagrada llama blanca, símbolo de autoridad real y de la primera llama sobre la Tierra. Los incas sacrificaban regularmente llamas de varios colores, en especial durante los rituales de fertilidad.

podía significar un año en el ejército, un mes dedicado reparando las carreteras locales, una cuota de tiempo en una mina de plata o cobre. Algunas localidades proporcionaban un mit'a especializado; los rucanas proporcionaban portaliteras entrenados para el emperador, y los chumbivilcas enviaban danzarines a la corte. En general, el mit'a proporcionaba a los incas un beneficio anual de más de un millón de horas de trabajo.

La costumbre de pagar tributo a través del servicio se convirtió en algo tan profundamente integrado en los incas que incluso en los días posteriores de la dominación española, un cronista observó: «Se resienten más cuando tienen que entregar medio quintal de patatas que cuando tienen que trabajar quince días en alguna tarea con la comunidad».

A cambio de su incesante trabajo, los plebeyos gozaban de los beneficios de un rudimentario estado del bienestar, que se ocupaba de ellos en tiempos de necesidad. Una amplia porción del producto obtenido de la tierra iba a parar a miríadas de almacenes, o *qollqas*, situados en todos los centros provinciales. De ellos salían cada día las raciones y otros objetos que iban a parar a las viudas, huérfanos, crónicamente enfermos y permanentemente tullidos, y en períodos de lucha o catástrofe a la población en general. El sistema impresionó a Polo de Ondegardo lo suficiente como para hacerle informar a su soberano, Felipe II, a finales de los 1500, que «se ha comprobado que salen ayudas de los almacenes del Sapa Inca», y que como resultado de ello sus súbditos «nunca pasan hambre».

Muchas cosas además de maíz y patatas se guardaban en los qollqas; un observador español informó que los almacenes de Cuzco contenían «escudos, rodelas de cuero, vigas para techos, cuchillos y otras herramientas, sandalias y petos para equipar a los soldados. Todo ello en tan grandes cantidades que resulta difícil imaginar cómo los nativos pueden haber llegado a pagar un tributo tan inmenso de tantos objetos». Los soldados, contaba el cronista, «pueden ser completamente vestidos, armados y pertrechados» desde aquellos depósitos. A cambio de estar tan bien atendidos, se esperaba que los soldados mostraran prudencia: «El saqueo de ciudades estaba prohibido –señaló Garcilaso de la Vega–, aunque las hubieran conquistado por la fuerza de las armas».

Parcialmente gracias a los qollqas, los pueblos conquistados por los incas durante el reinado de Pachacuti consiguieron un nivel de seguridad desconocido hasta entonces. Como resultado de la política del emperador establecida a lo largo de sus dominios, las culturas se fundieron, conocimiento y recursos se compartieron, y emergió una sociedad benéfica como nunca antes se había visto. Las comunidades ya no se veían asoladas por luchas intestinas y amargas disputas sobre derechos de tierras o agua; sus habitantes ya no vivían en el mortal temor de las malas cosechas o las calamidades naturales que les podían dejar sin hogar o re-

cursos. Pero había un precio a tanta seguridad: una forma de vida regimentada, burocrática.

Al retiro de Pachacuti en 1471, su hijo, Topa Inca Yupanqui, ya al mando del ejército, se hizo cargo del gobierno del imperio y lo expandió casi hasta sus últimos límites. A la muerte de Topa Inca en 1493, el dominio inca se extendía a lo largo de unos 4.000 kilómetros. Con Cuzco en su centro, el imperio incluía el cuarto norte, Chinchaysuyu, con la mayor parte del centro y el norte de Perú y Ecuador dentro de sus límites; la provincia suroeste de Cuntisuyu; Antisuyu, en las densamente boscosas laderas orientales; y el más grande de los cuatro cuartos, Collasuyu, que incorporaba el lago Titicaca y se extendía por el norte de Chile. En su momento de mayor gloria, Tahuantinsuyu contenía al menos un centenar de grupos étnicos diferentes, todos los cuales se hallaban prensados en el molde inca.

Lo más sorprendente es que Pachacuti y su sucesor administraran este enorme imperio sin la ayuda de un lenguaje escrito. Los incas, de todos modos, desarrollaron un sustituto de la escritura, el *quipu*, único entre todos los inventos humanos y muy adaptado a sus necesidades. Consistía en tiras de algodón o lana con nudos, teñidas de muchos colores y que a veces comprendían centenares de hebras de diversas longitudes. No es sorprendente el que su nombre derive de la palabra quechua que significa nudo.

Quizás anterior a los incas, el quipu se convirtió en sus manos en el instrumento ideal de control imperial. Codificaba todos los datos estadísticos que necesitaba la burocracia, desde el total de hombres disponibles para el trabajo mit'a en un mes en particular a las cantidades de maíz almacenadas en cada granero del territorio. Gracias al quipu, los incas podían efectuar un censo de gente y propiedades tan exacto, según un cronista español, que no quedaban olvidadas ni un par de sandalias de alpaca. «El imperio –escribió otro cronista– estaba gobernado por los quipus.» Los campesinos andinos todavía siguen fabricando y utilizando primitivos quipus para anotar el número de animales en sus rebaños y el volumen de sus cosechas.

El código utilizado por los incas para registrar datos numéricos en esas cuerdas fue reelaborado parcialmente en la primera mitad del siglo XX por el arqueólogo L. Leland Locke del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York. El estudio de Locke reveló, entre otras cosas, que los incas poseían una sorprendente comprensión de importantes conceptos matemáticos, incluido el cero. Pero, pese al brillante trabajo de Locke, todavía queda mucho por aprender sobre el quipu como un medio

versátil y sutil de expresión, más allá de ser un registro de números. Los etnohistoriadores norteamericanos Marcia y Robert Ascher han analizado concienzudamente cerca de la mitad de los 400 quipus incas supervivientes. Como otros estudiosos, los Ascher creen que los colores, la situación de las cuerdas, e incluso los propios nudos, pueden significar muy bien conceptos, cosas y esquemas verbales como la repetición de una frase o una serie de frases relacionadas, en vez de tan sólo números. Garcilaso señaló que los que elaboraban los quipus, conocidos como *quipu camayocs* –«mantenedores de los quipus»– eran «no sólo contables, sino también historiadores». También indicó que los quipus servían como ayuda en la memorización y recuerdo de la historia y la literatura orales. Cuando los dignatarios de una provincia deseaban saber algún detalle histórico relativo a sus predecesores, acudían a estos recordadores oficiales que, según Garcilaso, «nunca dejaban que sus quipus se apartaran de sus manos, y no dejaban de pasar sus cuerdas y sus nudos por sus dedos a fin de no olvidar la tradición detrás de todas aquellas cuentas».

El número de quipus antiguos que han llegado hasta nosotros es limitado, lo cual hace difícil su estudio. A finales del siglo XVI, los sacerdotes españoles quemaron como obra del diablo todos los quipus que cayeron en sus manos. Estudiosos como los Ascher han tenido que basarse en quipus rescatados de tumbas –a menudo por los ladrones de tumbas– en las desérticas regiones costeras donde el seco aire ha conservado las tiras de algodón o lana. Pero el hecho de que prácticamente todos ellos procedan de un lugar que era sólo un rincón del imperio en vez de su centro deja abierta la posibilidad de que no sean representativos. Los quipus empleados en Cuzco, en el centro mismo de la burocracia del imperio, contenían probablemente mucha más información, pero aunque alguno hubiera sobrevivido a la destrucción de los españoles, lo más probable es que hubiera terminado pudriéndose en el clima húmedo de las montañas.

Se cree que los mantenedores de los quipus fueron un elemento clave en la burocracia. Con su modelaje de mensajes tridimensionales en sus cuerdas, tenían que ser una combinación de contables, lógicos y artistas, y su importancia se veía incrementada presumiblemente cuanto más cerca estaban del centro de poder en Cuzco. De hecho, el *status* de los mantenedores de los quipus era tan alto, informó Garcilaso, que «estaban exentos de todo tributo, así como de cualquier otro tipo de servicio». Esto no debería de ser sorprendente, puesto que en muchos casos sólo la persona que creaba el quipu

DESENTRAÑAR EL CÓDIGO DE NUDOS

Hasta nuestros días, los investigadores siguen inseguros acerca de la información exacta registrada en los *quipus*, las cuerdas anudadas utilizadas por los incas para llevar el control de los recursos de su imperio. Cada quipu individual es único, con su cuerda principal festoneada por diversos agrupamientos, longitudes y colores de cuerdas *(derecha)*, cuyo significado era probablemente conocido tan sólo por el creador del quipu, que actuaba también como su intérprete. Pero en 1910, el arqueólogo norteamericano L. Leland Locke descifró un rasgo clave compartido por todos los quipus: Los nudos representan unidades de un sistema de cuentas con base 10, o decimal, con las posiciones de los nudos en una cuerda señalando el lugar que



podía leerlo. Pese a algunas evidencias de intentos de estandarización –el amarillo podía indicar la categoría *oro*, por ejemplo–, la interpretación final pertenecía al propio elaborador, que muy bien había podido decidir que el amarillo significara maíz. Los incas consideraban el mantenimiento e interpretación de los quipus como algo tan vital que se decía que un error u omisión era castigable con la muerte.

Como controladores de los números, los quipu camayocs eran candidatos a la corrupción, y Pachacuti reconocía esto. En un esfuerzo por impedir los flagrantes abusos de poder, el Sapa Inca mantenía un cuerpo de inspectores especiales. Normalmente, eran nobles incas responsables directamente ante el trono, que a veces viajaban de incógnito para comprobar los trabajos de la burocracia y asegurarse de que los almacenes estaban llenos. Estos inquisitivos inspectores llevaban exactamente el nombre correcto para inspirar miedo a los funcionarios corruptos o ineficaces: *tocoyricocs*, «los que todo lo ven».

La información de los tocoyricocs, así como la de la burocracia regular, llegaba hasta la capital a través del sistema de carreteras inca. Esta red, una maravilla de la ingeniería, comprendía más de 25.000 kilómetros de carreteras, y era un elemento vital para mantener unido el imperio. Por ellas viajaban los funcionarios y agentes que administraban las provincias, que se detenían en el camino por la noche en estaciones regularmente espaciadas conocidas como *tambos*, donde podían hallar almacenados alimentos para sus comidas.

Las carreteras facilitaban enormemente la rapidez de las comunicaciones entre los distintos territorios y la capital. Corredores de relevos, conocidos como corredores *chasqui*, permanecían estacionados a varios kilómetros de distancia unos de otros. Constituían lo que Cieza de León llamó «un sistema de postas que era el mejor que podía pensarse o imaginarse. Puede que sea cierto que las noticias no hubieran podido transmitirse con más rapidez utilizando los caballos más veloces». El mensajero típico, seleccionado en su juventud por su velocidad y resistencia en el tenue aire de las montañas, corría a la carrera la distancia hasta el siguiente puesto. Con las plumas blancas de su gorro agitándose al viento, anunciaba su aproximación haciendo sonar una trompeta de concha. El segundo corredor, así alertado, se ponía a correr a su lado para escuchar y memorizar el mensaje, recorría su tramo, y luego lo transmitía a



correspondía a su valor. Por ejemplo, 1.705 llamas o nacimientos o mazorcas de maíz podían registrarse con un nudo en la posición de los millares, siete nudos en la posición de las centenas, ninguno en la de las decenas, y un nudo de cinco bucles en la posición de las unidades. Este último era un caso especial que servía como punto de referencia: el lugar de las unidades nunca contenía más que un solo nudo, con una figura de ocho para indicar *uno* y un bucle extra por cada cuenta de más desde dos hasta nueve.

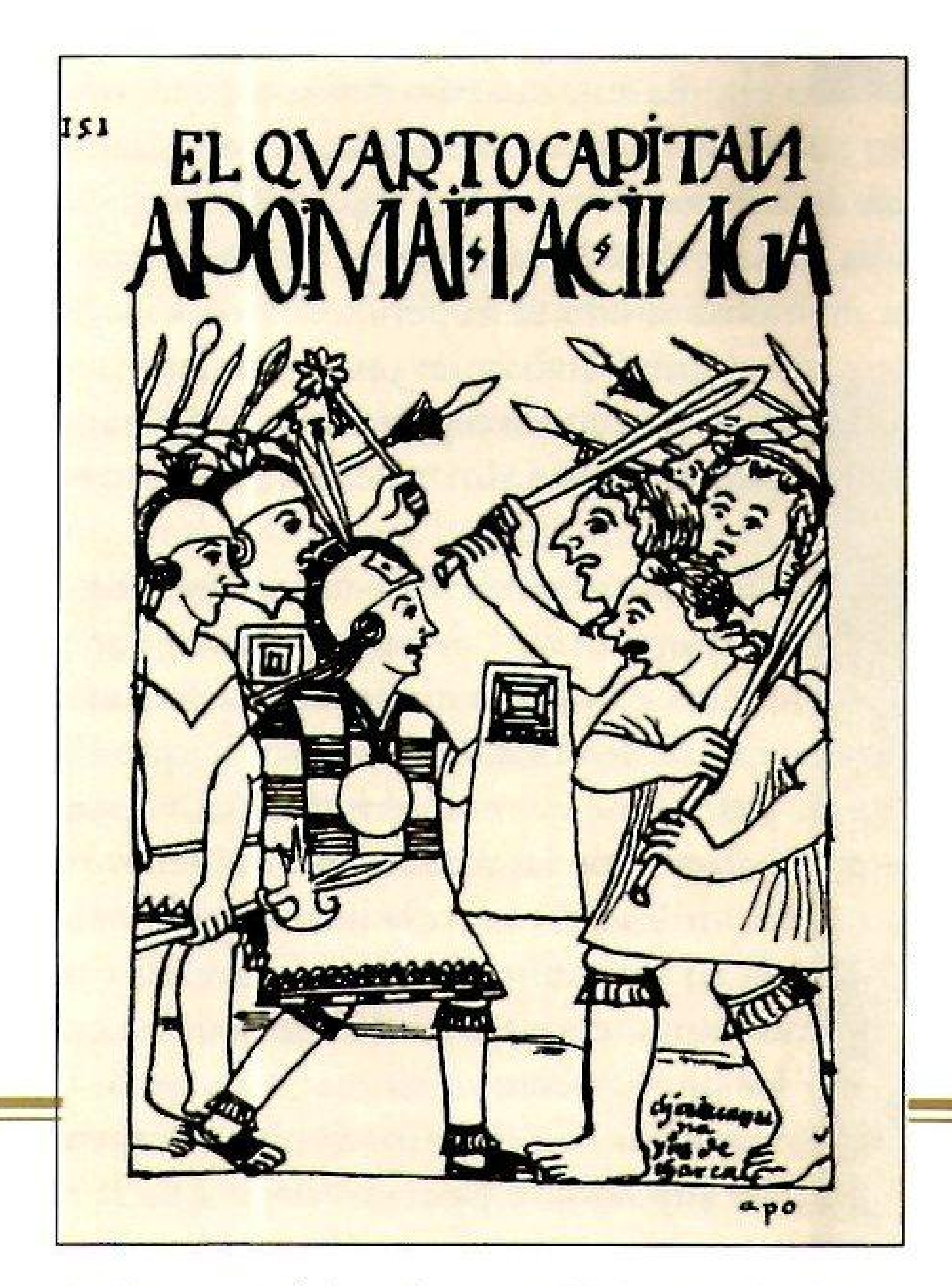
Otro rasgo parece claro. Cuerdas subsidiarias atadas a una cuerda anudada *(izquierda)* indicaban probablemente información adicional, como el número de hombres en un grupo dado que eran susceptibles al pago de impuestos.

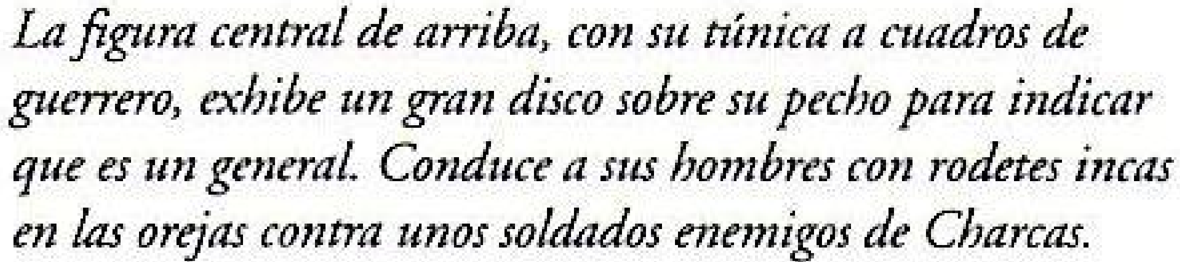
UNA HISTORIA DEL IMPERIO EN IMÁGENES

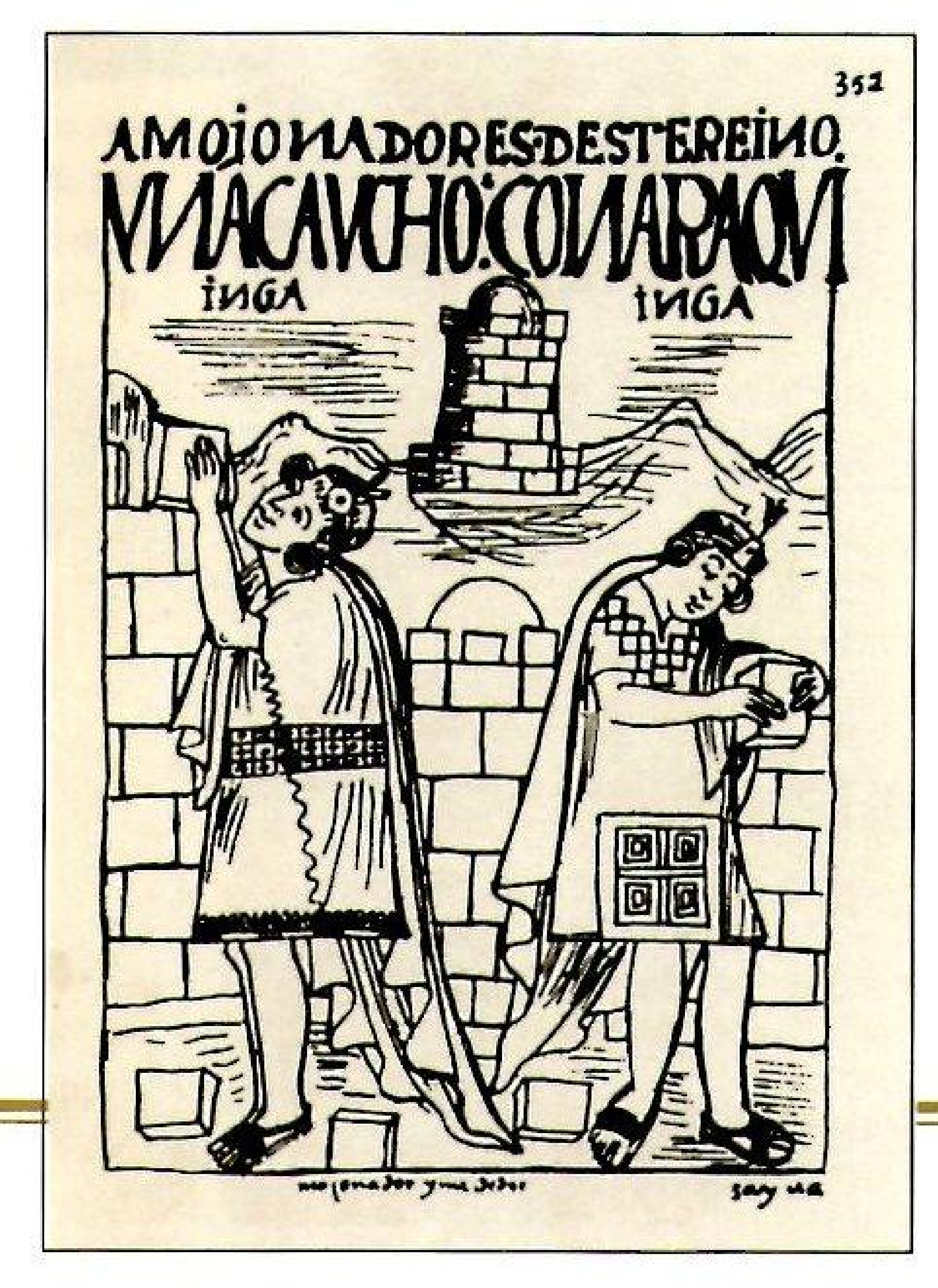
Al escribir quizá la más larga petición de todos los tiempos –una carta de 1.189 páginas al rey Felipe III describiendo el mundo inca y protestando por la autoridad de la Inquisición española–, Felipe Huamán Poma de Ayala ayudó a impedir que una civilización se deslizara en el olvido. El documento, titulado *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, fue redactado antes de 1615 en español, salpicado con quechua transliterado.

El informe de Huamán Poma, uno de un puñado de relatos semejantes, es especialmente valioso debido a que el autor ilustró su texto con 400 dibujos anotados *(abajo y derecha)*. Las evocaciones visuales de Huamán Poma de los incas, siempre ajetreados –como de hecho lo estaban– con sus ocupaciones cotidianas, proporcionan a quien las contempla una visión mucho más directa de la vida andina en esa era de lo que pueden hacerlo sólo las palabras. Varios de los dibujos se reproducen aquí y a lo largo del resto del libro.

Nacido aproximadamente en la época de la invasión europea de madre de la nobleza inca y padre del liderazgo provincial, el autor fue testigo de primera mano de los duros métodos de los conquistadores. Su apasionada queja estaba templada sin embargo por constructivos consejos, y recomendaba a Felipe un gobierno que mezclara lo mejor de ambos mundos, el sistema gubernamental inca combinado con la tecnología europea, con el cristianismo como parte del trato. Se desconoce si su heroica crónica llegó alguna vez a su pretendido receptor. Tras ser despachado a España, el manuscrito desapareció, sólo para volver a aparecer inexplicablemente en Copenhague en 1908, cuando el estudioso alemán Richard Pietschmann lo descubrió en la Biblioteca Real Danesa.




La figura central de arriba, con su túnica a cuadros de guerrero, exhibe un gran disco sobre su pecho para indicar que es un general. Conduce a sus hombres con rodetes incas en las orejas contra unos soldados enemigos de Charcas.



Un par de nobles construyen muros que simbolizan la división de la tierra entre el emperador, el establecimiento religioso y la comunidad. En realidad, la elite era quien fijaba los límites, y los plebeyos levantaban los muros.



El gobernador de las carreteras reales, con su alto rango evidente en el trapezoide de metal en su banda de cabeza, parece aceptar el tributo que financió su mantenimiento. Detrás de él hay tres *tambos*, o refugios al lado de la carretera.



El inca a cargo del puente de cuerda de Guambo (primer término) permite cruzar a un viajero. Muchos trabajadores murieron reparando estos puentes, escribió Huamán Poma, alabando la sustitución española de los puentes incas por otros de obra.



Hijo de un líder local, este mensajero de pie rápido hace sonar una trompeta de concha y lleva un llamativo tocado de plumas; ambas cosas señalan su aproximación. Sujeta sus armas, una maza y una honda.



En su inspección de un grupo de ocho almacenes, o *qollqas*, que contienen algodón, coca, batatas y maíz, el emperador Topa Inca Yupanqui conferencia con un oficial que mantiene el control del almacenaje en su *quipu*.

un tercero, que lo pasaba a un cuarto, y así sucesivamente. Las noticias viajaban a una velocidad de hasta 400 kilómetros al día por esa red. Algunos mensajeros incluso llevaban también consigo pescado fresco del Pacífico para la mesa del emperador.

Pero, por efectivo que todo esto pudiera ser a la hora de ayudar a mantener unido el imperio, Pachacuti tenía que asegurarse la lealtad de las generaciones futuras si el imperio, tal como estaba constituido, tenía que sobrevivir a su muerte. Astutamente, invitó a los hijos de los funcionarios provinciales conquistados que se habían convertido en curacas a que asistieran a la escuela con los descendientes de sus propios nobles en Cuzco. Estos jóvenes volverían finalmente a sus casas como potenciales propagandistas imbuidos en el orgullo y la cultura incas. Mientras tanto, servían, como los ídolos provinciales mantenidos en el Coricancha, como amistosos rehenes para asegurar el buen comportamiento de sus respectivos pueblos.

En las manos de maestros conocidos como *amautas*, u hombres sabios, los estudiantes aprendían religión, geometría elemental, historia, táctica militar y oratoria. Con su entrenamiento venía el adoctrinamiento del nobleza obliga, que Garcilaso describió como «la liberalidad y magnificencia hacia todo lo que los descendientes del Sol se debían a sí mismos además de a sus antepasados».

A los 16 años, los muchachos tenían que pasar una serie de arduas pruebas que demostraran sus conocimientos, su fuerza, su habilidad y su valor. Estos exámenes duraban un mes y eran realizados al aire libre para que todo el mundo pudiera verlos. Los participantes tenían que ayunar durante seis días a base de hierbas y agua y luego correr en una carrera de siete kilómetros. Otro requisito era que permanecieran de pie firmes sin retroceder mientras expertos espadachines pinchaban y sajaban a la distancia del grosor de un cabello de sus jóvenes rostros. «Eran golpeados fuertemente en los brazos y piernas con varas de caña –informó Garcilaso– para comprobar su resistencia al dolor, y un muchacho que manifestara el más ligero signo de sufrimiento era expulsado sin contemplaciones.» También señaló cómo, en sus juegos de guerra, «aunque se les entregaban armas especiales, menos peligrosas que las utilizadas en una guerra real, no había falta de heridos y, en ocasiones, incluso muertos durante estos ejercicios, tan ardientemente competían esos jóvenes por la victoria».

Para celebrar el éxito de su rito de iniciación, los graduados eran honrados en una ceremonia que presidía el propio emperador. Era el equivalente inca a conferir el título de caballero. Con una espada de oro,

Flores, papagayos y mujeres con elegantes atuendos decoran este jarro de cerámica, raro por su representación de gente y objetos antes que de dibujos abstractos. Las figuras humanas son probablemente mamaconas, *sacerdotisas que servían como esposas ceremoniales del dios sol, Inti, y de otras deidades.*

el Sapa Inca les preparaba para los grandes discos en las orejas de su casta. A medida que cada iniciado se arrodillaba ante él, perforaba los lóbulos de los hijos incas y los descendientes de los curacas. Así ocupaban los graduados sus lugares entre las filas de la clase dirigente.

Las muchachas seleccionadas también debían someterse a un arduo entrenamiento. La institución conocida como *acllacuna*, o mujeres elegidas, las preparaba para su vida como sacerdotisas o como ayudantes del propio Sapa Inca. En cualquier momento determinado, podía haber hasta 15.000 mujeres elegidas en el reino. La *Acllahuasi*, o Casa de las Mujeres Elegidas, de Cuzco estaba situada en la plaza principal cerca del Coricancha y contigua a uno de los más importantes palacios del Sapa Inca; los estudiosos consideran esta situación privilegiada como un indicio de su significado dentro de la sociedad inca. Otras Acllahuasis similares existían en distintos lugares dispersos por todo el imperio.

Aproximadamente a los diez años, las mujeres elegidas eran seleccionadas por los curacas y los agentes del Sapa Inca, que recorrían todas las localidades del imperio, sobre la base de su belleza y su inteligencia y en general según su rango social. Las seleccionadas eran llevadas a conventos provinciales y, en enclaustrados grupos de diez, recibían instrucción de una serie de mujeres mayores elegidas, las *mamaconas*, en habilidades tales como teñir y tejer, preparar comidas especiales y *chicha* (una bebida alcohólica), y conducir ritos religiosos. Tejer tenía una importancia particular, porque eran las mujeres elegidas las que elaboraban la exquisita tela llamada *cumbi*, hecha de lana de vicuña, alpaca y algodón batanado en ropa para el emperador y su coya.

Tras unos tres años de entrenamiento, las mujeres jóvenes elegidas eran sometidas a un proceso de selección. Cada convento enviaba a Cuzco la cuota de aquel año de muchachas para que asistieran al Festival del Sol. Allá tenía lugar la selección final, en la que el emperador elegía a aquellas que servirían como esposas, algunas para él mismo, algunas para sus nobles. A menudo, estas novias correspondían a aliados políticos y caciques locales que el emperador deseaba cultivar, «remunerando así con esta especie de premio los servicios que realizaban para él», escribió el cronista padre Cobo. Una investigadora moderna, la etnohistoriadora Irene Silverblatt de la Universidad de Connecticut, ha afirmado que esas mujeres eran además otro instrumento de la política imperial inca, «distribuidas como recompensas para engrasar el aparato político y económico del imperio».

El resto de las mujeres elegidas se convertían en ma-

maconas, a las que los españoles se referían como Vírgenes del Sol. Eran ceremonialmente casadas con Inti y las demás deidades y asignadas como sacerdotisas a los templos de todo el imperio, donde oficiaban rituales, preparaban la comida para los sacrificios, predecían el futuro consultando a los dioses y presidían los santuarios individuales. También cocinaban para los sacerdotes y preparaban la chicha que era ofrecida a los dioses y bebida en los festivales. Como esposas de la deidad solar, las mamaconas compartían la divinidad del dios.

Aunque encargadas junto con los sacerdotes de mantener la moralidad pública, las mujeres elegidas distaban mucho de llevar una existencia monjil. Sus privilegios diferían poco de los de los sacerdotes y, como informó un cronista español, vivían «la vida de grandes reinas y damas, y una vida de tremendo placer y diversión, y eran muy altamente consideradas, estimadas y amadas por los incas y por los grandes señores». Otro español escribió que eran consideradas con tal respeto y maravilla que ningún plebeyo, «excepto si era para servirlas y honrarlas, se atrevía jamás a mirar a sus rostros».

La lujosa Acllahuasi de Cuzco –que tras la conquista fue convertida en un convento– albergaba al menos a 1.500 mujeres elegidas bajo la guía de una alta sacerdotisa, que normalmente era una de las hermanas del emperador. En las Casas de las Mujeres Elegidas prevalecían duras reglas de castidad, fueran o no sacerdotisas todas las que moraran en ellas. La violación de esta regla significaba la muerte para la pareja transgresora y quizás incluso la destrucción de la comunidad local a la que pertenecían. Una excepción era el emperador, que ocasionalmente visitaba la Casa de las Mujeres Elegidas en Cuzco. Si el emperador había pasado la noche con una mamacona, informó el padre Coboi, a la mañana siguiente un vigilante del templo se acercaba humildemente a él y le decía con suavidad: «Ayer por la noche entrasteis en la Casa del Sol y estuvisteis con una de sus mujeres». El emperador respondía: «Pequé», y esto zanjaba el asunto.

De todas las instituciones introducidas o respaldadas por Pachacuti, quizá la más curiosa fuera la antigua del *panaca.* Un panaca era un grupo familiar formado por todos los descendientes de la línea masculina de un emperador, excepto el hijo que debía sucederle como gobernante. Su sucesor heredaba el trono pero no

Transportada en una litera por sirvientes, la momia de un emperador goza del mismo privilegiado tratamiento que tuvo durante su vida. En la época de la conquista, buena parte de la riqueza del imperio se dedicaba a mantener lujosas casas para los muertos reales.



las riquezas acumuladas por el padre, que seguían siendo propiedad del Inca muerto, y eran controladas por el panaca para el sostén de los familiares.

La momia del anterior Sapa Inca y su coya encabezaban simbólicamente el panaca, pero su auténtico líder era normalmente un hermano del nuevo gobernante. Los cuerpos eran mantenidos apuntalados sobre tronos en el palacio. Conservados mediante un todavía no desentrañado sistema de secado que muchas veces implicaba el uso de hierbas, y envueltos en capas de fino algodón, eran vestidos con suntuosas indumentarias y atendidos como si aún estuvieran vivos. Los sirvientes se ocupaban de todas sus presumibles necesidades, proporcionándoles ofrendas de comida y bebida e incluso ahuyentando las moscas. Los emperadores muertos –llevados en literas– se visitaban unos a otros, así como a los incas vivos y sus gobernantes, que no sólo los adoraban sino que les pedían consejo, con los miembros mayores del panaca actuando como mediadores. Periódicamente, todas las momias reales eran reunidas en la plaza central de Cuzco, y sentadas «en hilera según su antigüedad», señaló el padre Cobo, que escribió que con vasitos de chicha «los fallecidos brindaban entre sí; los fallecidos brindaban por los vivos, y viceversa. El brindis de los cuerpos muertos lo efectuaban en su nombre sus ayudantes».

Como sus reales predecesores, Pachacuti creía que él viviría para siempre en forma de momia. Pero la práctica inca de entregar las riquezas del emperador a sus descendientes en vez de al príncipe que le sucedía obligaba automáticamente al nuevo heredero a recurrir al imperio a fin de amasar tierras suficientes para poder crear su propio panaca. El sistema pronto se desbocaba. Menos de 50 años después de la muerte de Pachacuti, el imperio estaba sosteniendo casi una docena de panacas; cada uno tenía cientos de individuos conectados, incluidos muchos sirvientes y miembros del personal. Como escribió Pedro Pizarro, un sobrino del conquistador: «La mayor parte de la gente y la riqueza eran propiedad de los muertos». Los gastos de mantener todas esas momias reales y sus familiares se convirtió en algo demasiado gravoso para el biznieto de Pachacuti, Huáscar. Pero cuando este Sapa Inca intentó abolir la institución, se creó la enemistad de las masas de nobles influyentes que vivían del panaca. La disensión escindió este grupo y situó a Huáscar en desventaja en la guerra civil entre él y su hermanastro, Atahualpa, que condujo finalmente a la ruina del imperio.

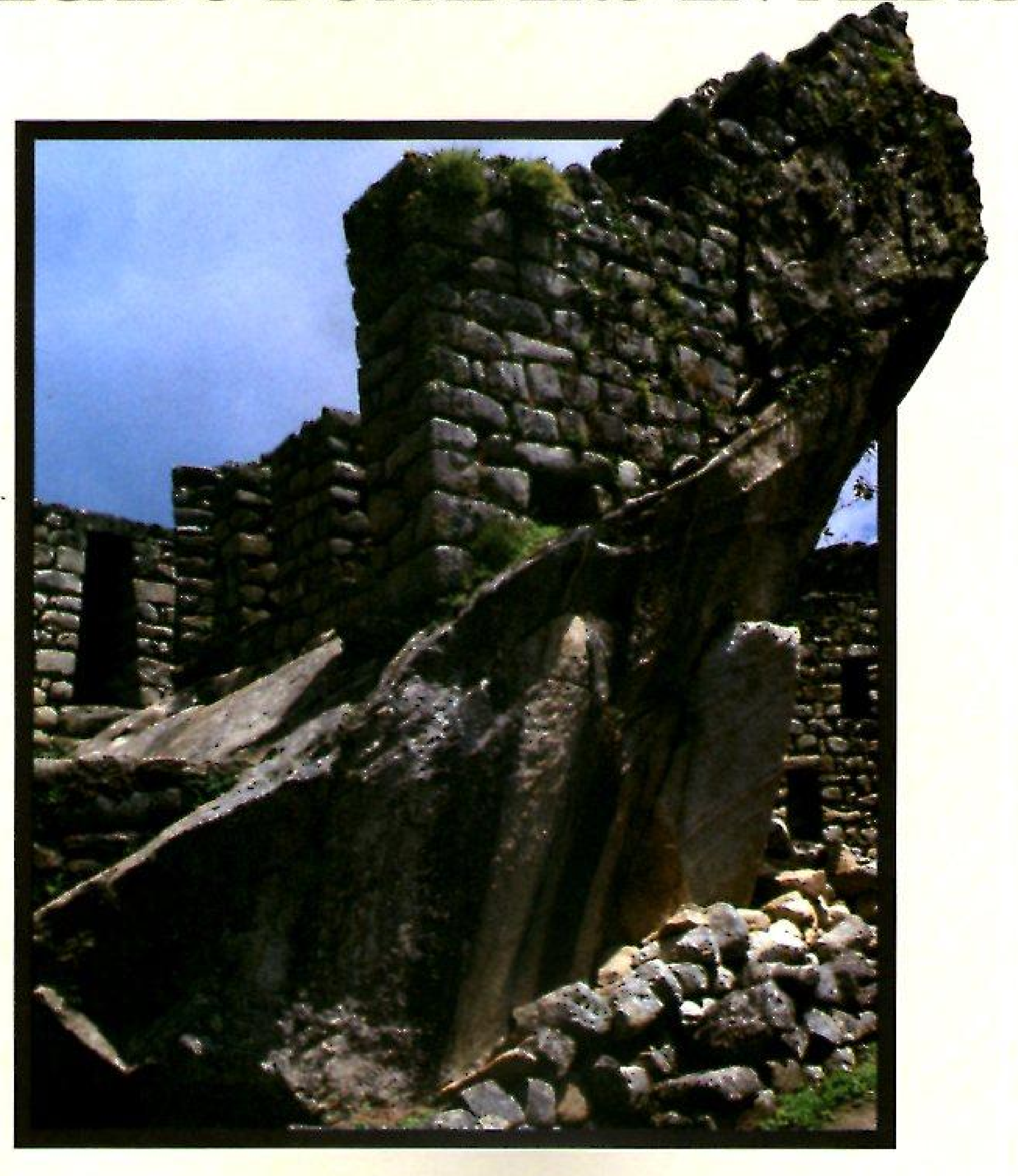
Inmediatamente antes de que los conquistadores llegaran a Cuzco, los ancianos de la ciudad sacaron subrepticiamente las momias reales fuera de la ciudad, y durante años los españoles las buscaron, algunos motivados por las visiones del oro que se decía estaba oculto con ellas. Tan poderosas eran estas reliquias como símbolos de los vencidos incas que la

iglesia llegó a considerarlas como obstáculos para la conversión, y el gobierno colonial consideraba que tenían un efecto subversivo.

Cuando el magistrado de Cuzco, Polo de Ondegardo, supo en 1559 que las momias seguían siendo adoradas en secreto, decidió encontrarlas. Tras interrogar a una asamblea de los principales ancianos incas, consiguió localizar los cuerpos de tres Sapa Incas, entre ellos el de Pachacuti, así como los de dos coyas, todos ellos vestidos como lo habían estado en vida y sentados con los brazos cruzados sobre sus pechos y los ojos bajados. Los mostró a Garcilaso, que se maravilló de que «no faltara ningún pelo, ninguna ceja, ni siquiera una pestaña». El cronista recordaba cómo tocó uno de los dedos de Huayna Cápac, el 11º emperador, y lo «halló tan duro como la madera». Se sintió impresionado por el peso de los cuerpos. Eran tan ligeros, dijo, «que los indios los llevaban en sus brazos sin la menor dificultad de una casa a otra para mostrarlos a los caballeros que deseaban verlos».

Polo de Ondegardo ordenó que las momias fueran enviadas a Lima. Garcilaso de la Vega describió su dramática partida de Cuzco. «En la calle, las cubrieron con una sábana blanca; y todos los indios que las vieron pasar se arrodillaron inmediatamente e inclinaron la cabeza, sollozando, con los rostros bañados en lágrimas. Muchos españoles también se quitaron el sombrero.» El gobierno, temeroso de los intensos sentimientos que inspiraban las momias reales, las destruyeron. Tal era su grandeza que incluso en la muerte Pachacuti, el sacudetierras, el edificador del imperio, pudo plantear una formidable amenaza a los usurpadores del dominio inca.

UN LEGADO DURADERO EN PIEDRA



Desde el conquistador hasta el moderno turista, todos aquellos que han contemplado las imponentes ruinas de los incas se han maravillado de la intrincacia y precisión de sus obras en piedra. Cómo una cultura sin el beneficio de planos escritos, herramientas de hierro o la rueda pudo construir tales recios monumentos ha intrigado durante mucho tiempo tanto a legos como a arqueólogos. Evidentemente, los incas no desarrollaron sus habilidades en un vacío; la práctica andina de construir con piedra es anterior en varios siglos a su imperio. De hecho, los incas adoptaron muchas de sus aclamadas técnicas de los pueblos que conquistaron. La zona alrededor del lago Titicaca, erizada con antiguos santuarios de la cultura de Tiahuanaco, proporcionaron al imperio sus mejores albañiles, mientras que la forma intrínseca de los complejos de habitación incas, la *cancha*, se originó con el pueblo huari de la región de Cuzco.

A estos elementos tomados prestados, los incas añadieron rasgos propios. Portales y nichos decorativos en las por otra parte austeras paredes, de forma generalmente trapezoidal. Las juntas son a menudo biseladas –por razones prácticas además de estéticas–, realzando así los bloques individuales de piedra. Los incas adaptaron también sus técnicas para que encajaran con la amplia gama de climas abarcados por su imperio.

Aunque muchos espléndidos ejemplos de construcción inca, como la cámara ritual en Machu Picchu *(arriba)*, implican una sillería *pirca* –piedras unidas con mortero de barro–, las ruinas más sorprendentes consisten en enormes bloques de construcción encajados en seco unos con otros con sorprendente habilidad. Los incas llevaron su devoción a la piedra hasta tan lejos como a esculpir el paisaje natural; rocas y cuevas distintivas fueron talladas para propósitos rituales con la misma habilidad que se usaba en templos y palacios.

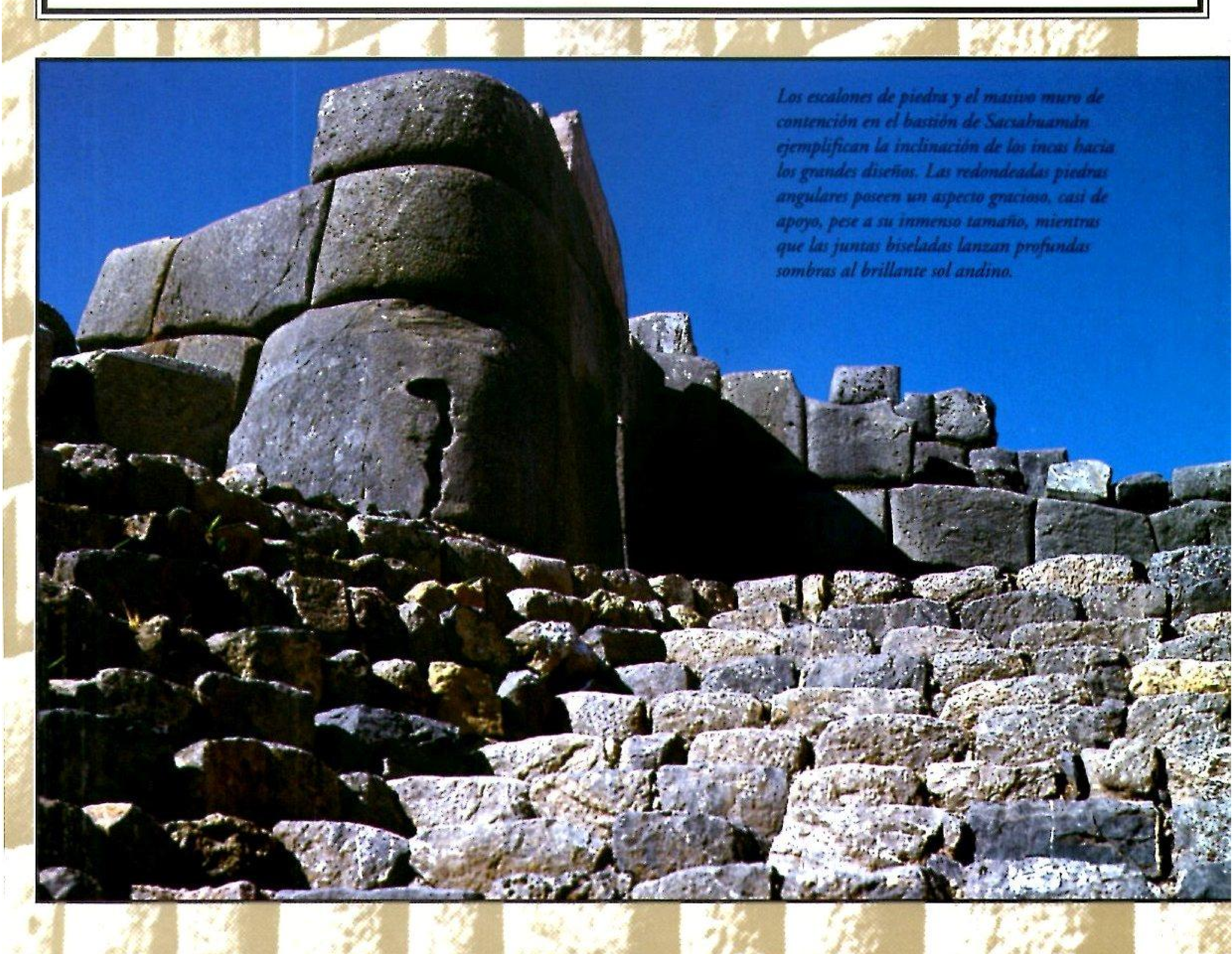
Recientemente Jean-Pierre Protzen –un arquitecto de profesión de naturaleza inquisitiva– se dedicó a aclarar algunas de las cuestiones no resueltas acerca de los métodos de construcción incas. Decidido a seguir un enfoque directo, empezó su búsqueda en una cantera inca abandonada a 34 kilómetros al sur de Cuzco.

ELEGANTE HABILIDAD ARTÍSTICA CON LAS HERRAMIENTAS MÁS SIMPLES

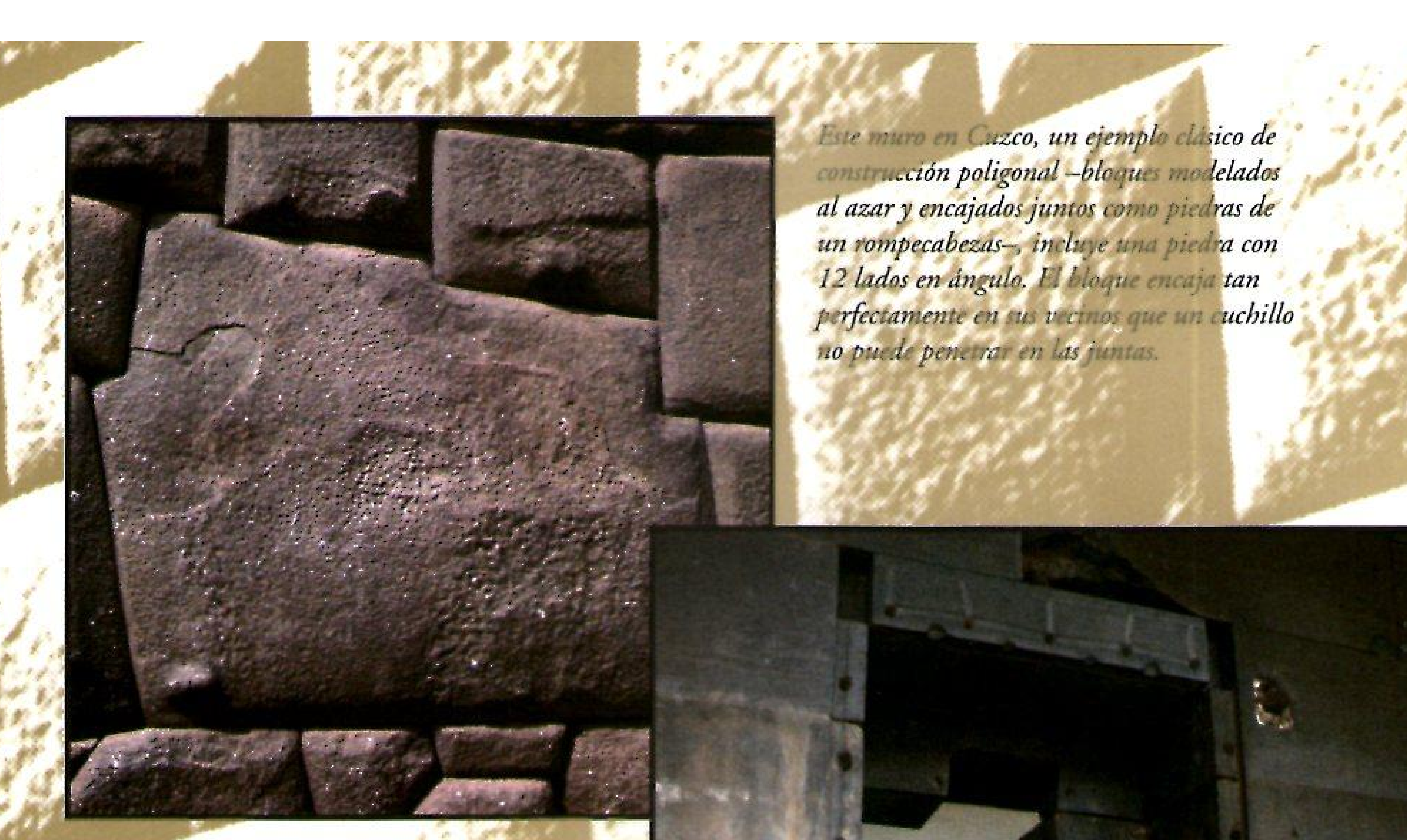
En su examen de la antigua cantera en busca de indicios de las prácticas de construcción incas, el suizo Protzen descubrió numerosos guijarros de río –piedras con forma de huevo que pesaban de más de 10 a menos de 1 kilo– con marcas de hoyos en sus extremos más pequeños, una buena indicación de que habían sido utilizadas para golpear. Tomó una de las rocas más pesadas y martilleó un trozo de piedra hasta conseguir formar un rectángulo aproximado, luego alisó los lados y afiló los ángulos con guijarros más pequeños. Protzen se sintió sorprendido al descubrir que «el proceso puede repetirse durante un largo período, y el esfuerzo requerido es pequeño».

De los muros incas existentes sabía que los bloques en cada hilera tienen la cara superior cóncava. Protzen golpeó una depresión similar en la parte superior de otra gran piedra, luego colocó el lado convexo de su propio bloque encima, dejando una huella en el fino polvo provocado por su golpear. En algunos lugares el polvo quedaba comprimido, lo cual indicaba un mal encaje. Tras repetidos golpes y encajes, consiguió ajustar exactamente los bloques.

Pero todavía queda otro misterio. Muchos de los grandes bloques presentan protuberancias, llamadas *jetas*. Protzen sugiere que estos bultos pudieron facilitar el alzado de los bloques durante el proceso de encaje. Pero otros expertos señalan que muchos *jetas* tienen el tamaño y están situados de tal forma que no son de ninguna utilidad como ayuda de construcción. Lo más probable es que los *jetas* posean una función mística antes que práctica.



Los escalones de piedra y el masivo muro de contención en el bastión de Sacsahuamán ejemplifican la inclinación de los incas hacia los grandes diseños. Las redondeadas piedras angulares poseen un aspecto gracioso, casi de apoyo, pese a su inmenso tamaño, mientras que las juntas biseladas lanzan profundas sombras al brillante sol andino.



Este muro en Cuzco, un ejemplo clásico de construcción poligonal –bloques modelados al azar y encajados juntos como piedras de un rompecabezas–, incluye una piedra con 12 lados en ángulo. El bloque encaja tan perfectamente en sus vecinos que un cuchillo no puede penetrar en las juntas.

Este elegante portal se halla debajo del Templo del Sol en Ollantaytambo. La pared que lo rodea encarna la culminación del estilo poligonal. Sus bloques exhiben muchas de las enigmáticas jetas, *cuya finalidad sigue estando envuelta en dudas.*



Encajado en una pared de mampostería en hiladas –lisos y simétricos bloques en filas perfectamente rectas–, este nicho trapezoidal en la pared del Coricancha (recinto de oro) de Cuzco representa parte del más fino trabajo en piedra inca. Pequeños agujeros en el marco del nicho fueron usados para encajar placas de oro, que adornaban el templo en grandes cantidades.

ARMONÍA DE ESTRUCTURA Y ENTORNO

Aunque quedan pocas huellas de las toscas moradas de barro que albergaban a la inmensa mayoría de la población, existen ruinas de domicilios de clase alta y centros administrativos imperiales que demuestran cómo reflejaba la arquitectura inca los distintos entornos de la región andina.

A lo largo de la árida costa del imperio, las escasas lluvias permitían que predominara el adobe y los techos fueran planos. El único rasgo que distingue aquí los edificios incas de construcciones anteriores o posteriores es el ubicuo uso de las puertas y nichos trapezoidales.

En esta templada zona evolucionó el esquema convencional de la cancha, el complejo residencial. La cancha consistía en una serie de edificios de habitación y almacenamiento agrupados alrededor de un patio central. Cuando este esquema fue transferido a las tierras altas, más húmedas, frías y ventosas, se retuvo el patio, pero los techos adquirieron gabletes para desviar la lluvia, y la piedra suplantó al adobe.

Los ejemplos de las construcciones de la época financiadas por el estado y erigidas bajo auspicios burocráticos reflejan también las consideraciones climáticas y una cierta uniformidad de estilo.

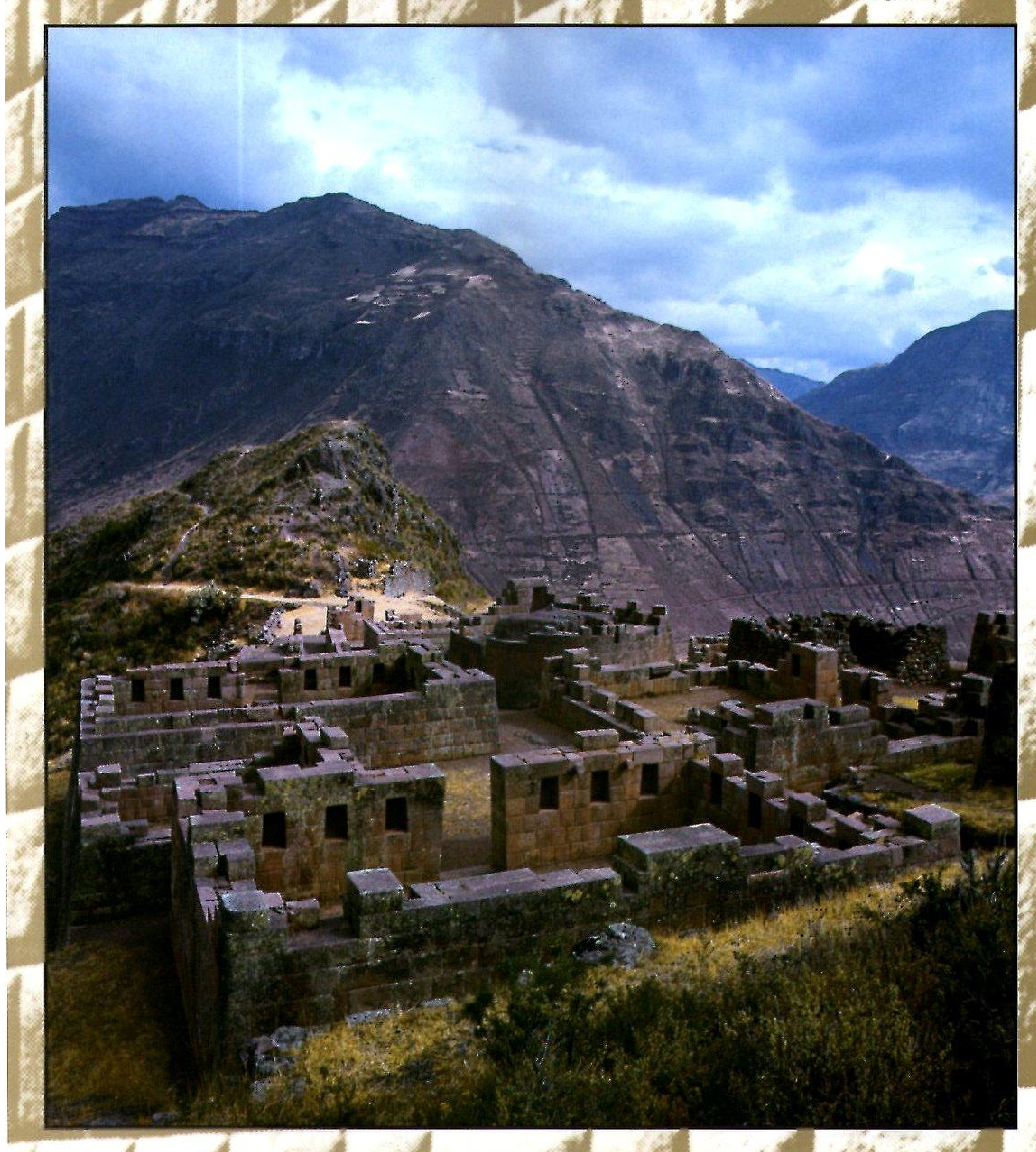


Estas desoladas paredes señalan el emplazamiento de una cancha *no muy lejos de Machu Picchu, perteneciente a un miembro de la elite inca. Los edificios están construidos con piedra y mortero de barro llamado* pirca, *la forma más común de albañilería inca. Los gabletes de piedra sostuvieron en su tiempo techos de paja muy inclinados para facilitar que la lluvia se escurriera en este húmedo clima.*

Perchado en la ladera de una colina en Ollantaytambo, se cree que este complejo de edificios fue o bien un almacén para los habitantes de la zona o acuartelamientos para una guarnición inca. Situados uno por encima de los otros, las numerosas y grandes ventanas de cada edificio ofrecen una impresionante vista del valle del Urubamba. Individualmente, los edificios tiene un aspecto ligero y aéreo. Como un conjunto, se funden de forma natural con la ladera y parecen perfectamente apropiados en su entorno montañoso.



Flanqueado por recias paredes, el retiro real de Pisac –del que así se muestra sólo un pequeño segmento– muestra una construcción a hiladas de piedra volcánica roja. El muro semicircular (centro) son las ruinas del Templo del Sol del palacio. Las terrazas que rodean los edificios centrales estaban cultivadas, en su mayoría con maíz, y servían también para dificultar la aproximación del enemigo. Encargado por Pachacuti, el diseño de Pisac sugiere que funcionaba como una fortaleza además de como una residencia imperial.



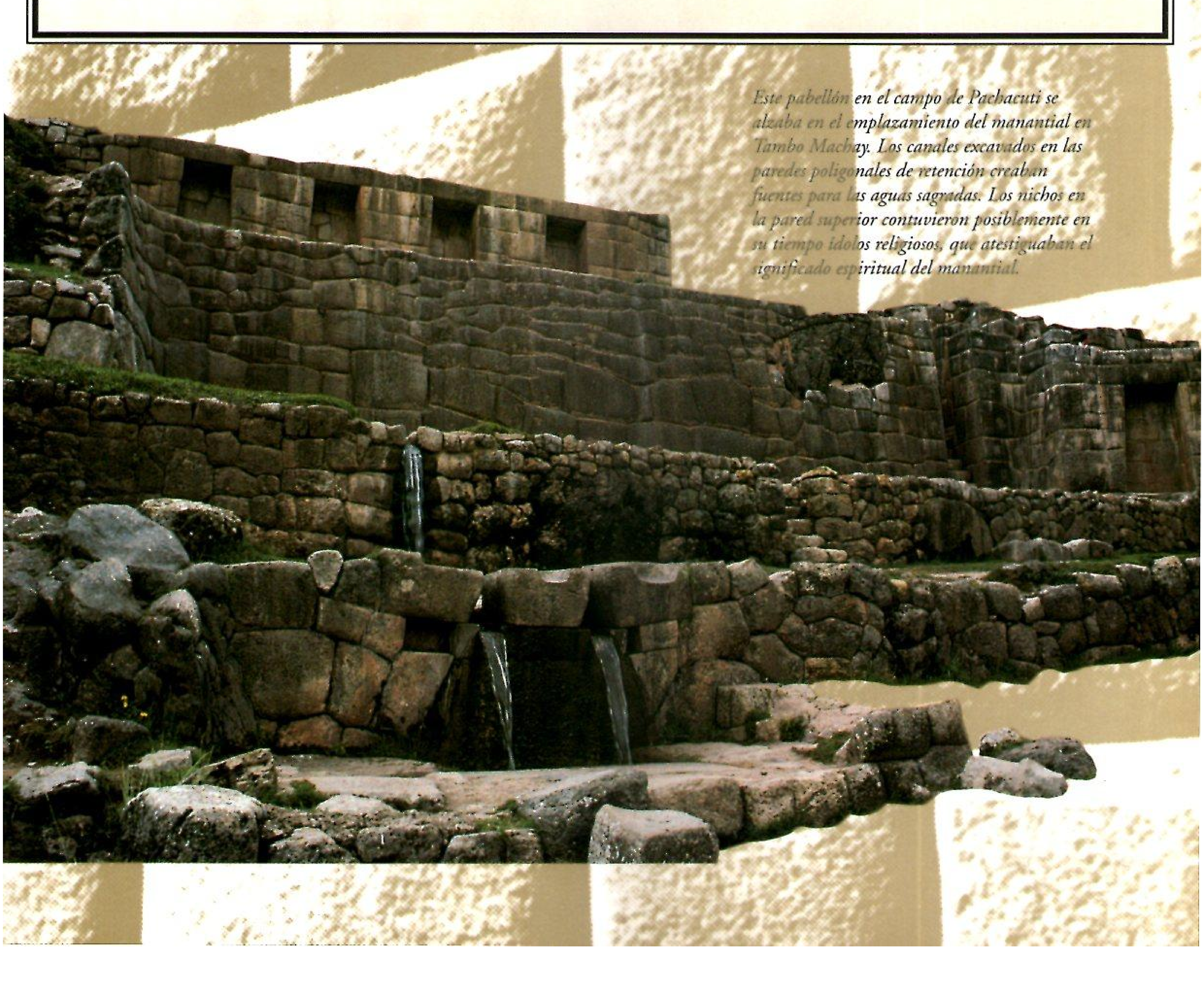
MAYESTÁTICOS PALACIOS PARA UNA CORTE MUDABLE

Durante los días de gloria del imperio inca, sus supremos emperadores construyeron varias opulentas propiedades en el campo alrededor de Cuzco. Acompañado por su séquito de cortesanos, un emperador podía refugiarse en uno de estos retiros pastorales y llevar los asuntos de estado lejos del ajetreo de la capital.

El gran gobernante Pachacuti fue responsable de algunas de las más espléndidas de estas residencias campestres. Eligió lugares que le atraían por su belleza escénica y luego, por decreto real, movilizó las ilimitadas fuerzas de trabajo del imperio para llevar a la práctica los proyectos. Las propiedades privadas de Pachacuti permanecieron en manos de sus descendientes durante generaciones después de su muerte.

Pero estos lugares eran algo más que un hogar lejos del hogar para el divino líder inca; toda la zona a su alrededor era aterrazada y cultivada con kilómetros de canales de irrigación para aumentar su riqueza.

Tal era la eficiencia de los métodos agrícolas incas que la producción de alimentos de estas tierras no sólo cubría las necesidades del personal permanente y la burocracia de visita, sino que también generaba excedentes que, bajo los estrictos dogmas de la jerarquía inca, se convertían en propiedad personal del emperador.



Este pabellón en el campo de Pachacuti se alzaba en el emplazamiento del manantial en Tambo Machay. Los canales excavados en las paredes poligonales de retención creaban fuentes para las aguas sagradas. Los nichos en la pared superior contuvieron posiblemente en su tiempo ídolos religiosos, que atestiguaban el significado espiritual del manantial.



Aferrada a la lisa cara de un risco, la mareante carretera a Machu Picchu tipifica la maestría inca de las técnicas de ingeniería. El sendero fue deliberadamente trazado a lo largo de esta vertiginosa ruta por razones defensivas: donde los troncos cubren ahora el abismo en el centro, un puente levadizo servía en su tiempo como punto de control estratégicamente situado.

REVERENCIA HACIA LA ROCA VIVA

Los incas consideraban la piedra no sólo como un fuerte y abundante material de construcción, sino también con una devoción espiritual no disimulada. En las desérticas tierras altas que dieron nacimiento a la teología inca, la piedra es algo omnipresente. Los severos pináculos de los Andes circundantes formaban el eje del universo conocido de los incas, y los afloramientos rocosos puntuaban el paisaje a través de todo su reino. Muchos de estos rasgos geológicos eran denominados *huacas*, lugares místicos que poseían inherentes poderes propios.

No es sorprendente pues que las no superadas habilidades de los albañiles incas que trabajaban la piedra se aplicaran a las formaciones rocosas naturales, tanto con propósitos utilitarios como religiosos. Usando el mismo tipo de herramientas y técnicas para la piedra experimentadas por Protzen en bloques de construcción sueltos, estos anónimos artesanos desaparecidos hace mucho tiempo crearon monumentos a su cultura que han sobrevivido a la depredación española, enormes terremotos, y medio milenio de viento y lluvia.

Considerada una huaca *o lugar místico por los incas, esta fisura natural se asienta bajo el llamado Templo del Sol en Machu Picchu. Los albañiles tallaron escalones, altares y nichos en su interior de granito y construyeron una pared, a la derecha, para unirla con el templo de arriba.*



Estas amplias plataformas cortadas en la rocosa cima de una colina, que dominan el templo parecido a una fortaleza de Sacsahuamán, fueron denominadas durante un tiempo el Trono del Inca. La opinión científica actual, sin embargo, sostiene que el lugar tenía una función espiritual, y probablemente era utilizado o bien para efectuar sacrificios o para la celebración de rituales religiosos.

En el próximo volumen

Capítulo tercero
Apropiadores de grandeza

Artesanos del imperio

Capítulo cuarto
Vidas de trabajo duro
y alegre diversión

Muertos vivientes de los Andes